

# Boletín Oficial

## OBISPADO DE OURENSE

AÑO CLXXXIII

Nº3

JULIO - SEPTIEMBRE 2020



Consultar este Boletín en formato digital (PDF).  
Código QR.



**NUESTRA PORTADA:**

*Inauguración, el 19 de septiembre de 2020, del nuevo Centro Pastoral Nuestra Señora de Covadonga en la parroquia de Santa Teresita de O Vinteún.*

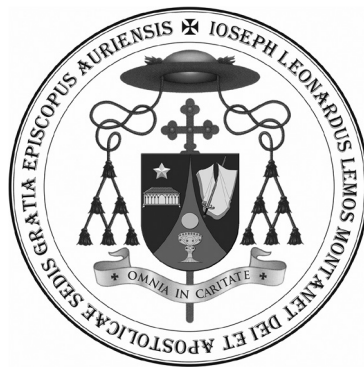
Director: Manuel Emilio Rodríguez Álvarez

Diseño, infografía y maquetación: Felipe Iglesias Mira

Teléfono: 988 366 141

Impresión: ARIGRAF

Depósito Legal: OR-13/1958



# Boletín Oficial del Obispado de Ourense

Año CLXXXIII

Julio - septiembre 2020

Nº 3

## SUMARIO

### IGLESIA UNIVERSAL

Santo Padre Francisco	
Cartas apostólicas .....	311
Audiencias generales .....	327
Santa Sede	
Congregación para la Doctrina de la Fe	
Carta, SAMARITANUS BONUS, sobre el cuidado de las personas en las fases críticas y terminales de la vida .....	352

### OBISPO

Homilías	
Misa Exequial por el Ilmo. Sr. D. José Estévez Armada .....	391
Ordenación sacerdotal de los Rvdos. D. Adrián Rodríguez Iglesias y D. Francisco López Gómez ..	395
Fiesta de Santa Clara .....	399
Funeral por Mons. Camilo Lorenzo Iglesias, Obispo Emérito de Astorga .....	402
Domingo XX del T.O., Fiesta de S. Roque .....	406
Misa de Acción de Gracias por la presencia en el Asilo de Carballiño de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados .....	408
Festividade de San Cibrao, patrono de O Carballiño. Homenaxe de despedida ao Rvdo. D. José Benito Sieiro González, párroco emérito .....	411
Discursos	
Intervención en la Toma de posesión de su canonjía por parte de los Muy Ilustres Sres. D. Luis Manuel Cuña Ramos y D. Isaac Pereiro Pereiro .....	415
En la revista diocesana Comunidade	
Julio .....	420
Agosto .....	421
Septiembre .....	422

### IGLESIA DIOCESANA

Secretaría General	
Nombramientos .....	427
Defunciones .....	429

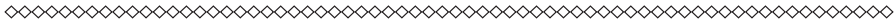
### CRÓNICA DIOCESANA

De julio a septiembre .....	433
-----------------------------	-----





# IGLESIA UNIVERSAL





---

# IGLESIA UNIVERSAL

## SANTO PADRE FRANCISCO

### CARTAS APOSTÓLICAS

#### **Carta Apostólica, *SCRIPTURAE SACRAE AFFECTUS*, del papa Francisco en el XVI centenario de la muerte de SAN JERÓNIMO**

Una estima por la Sagrada Escritura, un amor vivo y suave por la Palabra de Dios escrita es la herencia que san Jerónimo ha dejado a la Iglesia a través de su vida y sus obras. Las expresiones, tomadas de la memoria litúrgica del santo[1], nos ofrecen una clave de lectura indispensable para conocer, en el XVI centenario de su muerte, su admirable figura en la historia de la Iglesia y su gran amor por Cristo. Este amor se extiende, como un río en muchos cauces, a través de su obra de incansable estudioso, traductor, exegeta, profundo conocedor y apasionado divulgador de la Sagrada Escritura; fino intérprete de los textos bíblicos; ardiente y en ocasiones impetuoso defensor de la verdad cristiana; ascético y eremita intransigente, además de experto guía espiritual, en su generosidad y ternura. Hoy, mil seiscientos años después, su figura sigue siendo de gran actualidad para nosotros, cristianos del siglo XXI.

#### *Introducción*

El 30 de septiembre del año 420, Jerónimo concluía su vida terrena en Belén, en la comunidad que fundó junto a la gruta de la Natividad. De este modo se confiaba a ese Señor que siempre había buscado y conocido en la Escritura, el mismo que como Juez ya había encontrado en una visión, cuando padecía fiebre, quizá en la Cuaresma del año 375. En ese acontecimiento, que marcó un viraje decisivo en su vida, un momento de conversión y cambio de perspectiva, se sintió arrastrado a la presencia del Juez: «Interrogado acerca de mi condición, respondí que era cristiano. Pero el que estaba sentado me dijo: “Mientes; tú eres ciceroniano, tú no eres cristiano”»[2]. San Jerónimo, en efecto, había amado desde joven la belleza límpida de los textos clásicos latinos y, en comparación, los escritos de la Biblia le parecían, inicialmente, toscos e imprecisos, demasiado ásperos para su refinado gusto literario.

Ese episodio de su vida favoreció la decisión de consagrarse totalmente a Cristo y a su Palabra, dedicando su existencia a hacer que las palabras divinas, a través de su infatigable trabajo de traductor y comentarista, fueran cada vez más accesibles a los demás. Ese acontecimiento dio a su vida una orientación nueva y

más decidida: convertirse en servidor de la Palabra de Dios, como enamorado de la “carne de la Escritura”. Así, en la búsqueda continua que caracterizó su vida, revalorizó sus estudios juveniles y la formación recibida en Roma, reordenando su saber en un servicio más maduro a Dios y a la comunidad eclesial.

Por eso, san Jerónimo entra con pleno derecho entre las grandes figuras de la Iglesia de la época antigua, en el periodo llamado el siglo de oro de la patrística, verdadero puente entre Oriente y Occidente: fue amigo de juventud de Rufino de Aquilea, visitó a Ambrosio y mantuvo una intensa correspondencia con Agustín. En Oriente conoció a Gregorio Nacianceno, Dídimo el Ciego, Epifanio de Salamina. La tradición iconográfica cristiana lo consagró representándolo, junto con Agustín, Ambrosio y Gregorio Magno, entre los cuatro grandes doctores de la Iglesia de Occidente.

Mis predecesores también quisieron recordar su figura en diversas circunstancias. Hace un siglo, con ocasión del decimoquinto centenario de su muerte, Benedicto XV le dedicó la Carta encíclica *Spiritus Paraclitus* (15 septiembre 1920), presentándolo al mundo como «doctor maximus explanandis Scripturis»[3]. En tiempos más recientes, Benedicto XVI expuso su personalidad y sus obras en dos catequesis sucesivas[4]. Ahora, en el decimosexto centenario de su muerte, también yo deseo recordar a san Jerónimo y volver a proponer la actualidad de su mensaje y de sus enseñanzas, a partir de su gran estima por las Escrituras.

En este sentido, puede conectarse perfectamente, como guía segura y testigo privilegiado, con la XII Asamblea del Sínodo de los Obispos, dedicada a la Palabra de Dios[5], y con la Exhortación apostólica *Verbum Domini* (VD) de mi predecesor Benedicto XVI, publicada precisamente en la fiesta del santo, el 30 de septiembre de 2010[6].

#### *De Roma a Belén*

La vida y el itinerario personal de san Jerónimo se consumaron por las vías del imperio romano, entre Europa y Oriente. Nació alrededor del año 345 en Estridón, frontera entre Dalmacia y Panonia, en el territorio de la actual Croacia y Eslovenia, y recibió una sólida educación en una familia cristiana. Según el uso de la época, fue bautizado en edad adulta, en los años en que estudió retórica en Roma, entre el 358 y el 364. Precisamente en este periodo romano se convirtió en un lector insaciable de los clásicos latinos, que estudiaba bajo la guía de los maestros de retórica más ilustres de su tiempo.

Al finalizar los estudios emprendió un largo viaje a la Galia, que lo llevó a la ciudad imperial de Tréveris, hoy Alemania. Allí entró en contacto, por primera vez, con la experiencia monástica oriental difundida por san Atanasio. De este modo maduró un deseo profundo que lo acompañó a Aquilea donde inició con algunos de sus amigos «un coro de bienaventurados»[7], un periodo de vida en común.

Hacia el año 374, pasando por Antioquía, decidió retirarse al desierto de Calcis, para realizar, de forma cada vez más radical, una vida ascética, en la que estaba reservado un amplio espacio al estudio de las lenguas bíblicas, primero del griego y después del hebreo. Se confió a un hermano judío, convertido al cristianismo, que lo introdujo en el conocimiento de la nueva lengua hebrea y de los sonidos, que definió «palabras fricativas y aspiradas»[8].

Jerónimo eligió y vivió el desierto, con la consiguiente vida eremítica, en su significado más profundo: como lugar de las elecciones existenciales fundamentales, de intimidad y encuentro con Dios, donde a través de la contemplación, las pruebas interiores y el combate espiritual llegó al conocimiento de la fragilidad, con una mayor conciencia de los límites propios y ajenos, reconociendo la importancia de las lágrimas[9]. Así, en el desierto, experimentó concretamente la presencia de Dios, la necesaria relación del ser humano con Él, su consolación misericordiosa. A este respecto, me gusta recordar una anécdota, de tradición apócrifa. Jerónimo le dijo al Señor: “¿Qué quieres de mí?” Y Él le respondió: “Todavía no me has dado todo”. “Pero, Señor, yo te di esto, esto y esto...” -“Falta una cosa” -“¿Qué cosa?” -“Dame tus pecados, para que pueda tener la alegría de perdonarlos otra vez”[10].

Volvemos a encontrarlo en Antioquía, donde fue ordenado sacerdote por el obispo Paulino, después en Constantinopla, hacia el año 379, donde conoció a Gregorio Nacianceno y prosiguió sus estudios; se dedicó a traducir del griego al latín importantes obras (las homilías de Orígenes y la crónica de Eusebio), respiró el clima del Concilio celebrado en esa ciudad en el año 381. En esos años, su pasión y su generosidad se revelaron en el estudio. Una bendita inquietud lo guiaba y lo volvía incansable y apasionado en la búsqueda: «Cuántas veces me desanimé, cuántas desistí para empezar de nuevo en mi empeño de aprender», conducido por la “amarga semilla” de semejantes estudios para poder recoger “dulces frutos”[11].

En el año 382 Jerónimo volvió a Roma y se puso a disposición del papa Dámaso quien, valorando sus grandes cualidades, lo nombró su estrecho colaborador. Aquí Jerónimo se dedicó a una actividad incesante, sin olvidar la dimensión espiritual. En el Aventino, gracias al apoyo de mujeres aristocráticas romanas, deseosas de elecciones evangélicas radicales, como Marcela, Paula y su hija Eustoquio, creó un cenáculo fundado en la lectura y el estudio riguroso de la Escritura. Jerónimo fue exegeta, docente, guía espiritual. En ese tiempo comenzó una revisión de las anteriores traducciones latinas de los Evangelios, y quizá también de otras partes del Nuevo Testamento; continuó su trabajo como traductor de homilías y comentarios escriturísticos de Orígenes, desplegó una intensa actividad epistolar, se confrontó públicamente con autores heréticos, a veces con excesos e intransigencias, pero siempre movido sinceramente por el deseo de defender la verdadera

fe y el depósito de las Escrituras.

Este periodo intenso y prolífico se interrumpió con la muerte del papa Dámaso. Se vio obligado a dejar Roma y, seguido por algunos amigos y mujeres deseosas de continuar la experiencia espiritual y el estudio bíblico que habían comenzado, partió hacia Egipto -donde conoció al gran teólogo Dídimo el Ciego- y Palestina, para establecerse definitivamente en Belén en el año 386. Retomó sus estudios filológicos, arraigados en los lugares físicos que habían sido escenario de esas narraciones.

La importancia que daba a los lugares santos se evidencia no sólo por la elección de vivir en Palestina, desde el año 386 hasta su muerte, sino también por el servicio a las peregrinaciones. Precisamente en Belén, lugar privilegiado para él, cerca de la gruta de la Natividad fundó dos monasterios “gemelos”, masculino y femenino, con albergues para acoger a los peregrinos venidos *ad loca sancta*, manifestando así su generosidad para alojar a cuantos llegaban a aquella tierra para ver y tocar los lugares de la historia de la salvación, uniendo de este modo la búsqueda cultural a la espiritual[12].

Poniéndose a la escucha, Jerónimo se encontró a sí mismo en la Sagrada Escritura, como también el rostro de Dios y de los hermanos, y afinó su predilección por la vida comunitaria. De ahí su deseo de vivir con los amigos, como en los tiempos de Aquilea, y de fundar comunidades monásticas, persiguiendo el ideal cenobítico de vida religiosa que ve al monasterio como “lugar de entrenamiento” donde formar personas «que se hayan hecho los más insignificantes de todos para merecer ser los primeros», felices en la pobreza y capaces de enseñar con el propio estilo de vida. De hecho, consideraba formativo vivir «bajo la disciplina de un solo padre y en compañía de muchos hermanos» para aprender la humildad, la paciencia, el silencio y la mansedumbre, consciente de que «a la verdad no le gustan los rincones ni le hacen falta los chismosos»[13]. Además, confiesa que comenzó a «sentir [...] nostalgia de las celdas del monasterio y a echar de menos la similitud de aquellas hormigas con los monjes, entre los cuales se trabaja en común y, aunque nada sea propiedad de cada cual, todos lo tienen todo»[14].

Jerónimo no encontró en el estudio un deleite efímero centrado en sí mismo, sino un ejercicio de vida espiritual, un medio para llegar a Dios y, de este modo, su formación clásica se reordenó también en un servicio más maduro a la comunidad eclesial. Pensemos en la ayuda que dio al papa Dámaso, en la enseñanza que dedicó a las mujeres, especialmente para el hebreo, desde el primer cenáculo en el Aventino, hasta hacer entrar a Paula y Eustoquio en «las discrepancias de los traductores»[15] y, algo inaudito para ese tiempo, permitirles que pudieran leer y cantar los Salmos en la lengua original[16].

Una cultura, la suya, puesta al servicio y confirmada como necesaria para todo evangelizador. Así le recordaba al amigo Nepociano: «La palabra del presbítero

está inspirada por la lectura de las Escrituras. No te quiero ni declamador, ni deslenguado, ni charlatán, sino conocedor del misterio e instruido en los designios de tu Dios. Hablar con engolamiento o precipitadamente para suscitar admiración ante el vulgo ignorante es propio de hombres incultos. El hombre de frente altanera se lanza con frecuencia a interpretar lo que ignora, y si logra convencer a los demás, se arroga para sí mismo el saber»[17].

Hasta su muerte en el año 420, Jerónimo transcurrió en Belén el periodo más fecundo e intenso de su vida, completamente dedicado al estudio de la Escritura, comprometido en la monumental obra de traducción de todo el Antiguo Testamento a partir del original hebreo. Al mismo tiempo, comentaba los libros proféticos, los salmos, las obras paulinas, escribía subsidios para el estudio de la Biblia. El trabajo valioso que se encuentra en sus obras es fruto del diálogo y la colaboración, desde la copia y el análisis de los manuscritos hasta su reflexión y discusión: Para estudiar «los libros divinos yo nunca he confiado en mis propias fuerzas ni he tenido como maestra mi propia opinión, sino que he solido preguntar incluso sobre aquellas cosas que yo creía saber, ¡cuánto más sobre aquellas de las que yo estaba dudoso!»[18]. Por eso, consciente de sus propios límites, pedía auxilio continuamente en la oración de intercesión, para que la traducción de los textos sagrados estuviera hecha «con el mismo espíritu con que fueron escritos los libros»[19], sin olvidar traducir también otras obras de autores como Orígenes, indispensables para el trabajo exegético, para «procurar materiales a quienes quieran adelantar en el conocimiento de las cosas»[20].

El estudio de Jerónimo se reveló como un esfuerzo realizado en la comunidad y al servicio de la comunidad, modelo de sinodalidad también para nosotros, para nuestro tiempo y para las diversas instituciones culturales de la Iglesia, con vistas a que sean siempre «lugar donde el saber se vuelve servicio, porque sin el saber nacido de la colaboración y que se traduce en la cooperación no hay desarrollo humano genuino e integral»[21]. El fundamento de esa comunión es la Escritura, que no podemos leer por nuestra cuenta: «La Biblia ha sido escrita por el Pueblo de Dios y para el Pueblo de Dios, bajo la inspiración del Espíritu Santo. Sólo en esta comunión con el Pueblo de Dios podemos entrar realmente, con el “nosotros”, en el núcleo de la verdad que Dios mismo quiere comunicarnos»[22].

La vigorosa experiencia de vida de Jerónimo, alimentada por la Palabra de Dios, hizo que se convirtiera en guía espiritual, a través de una intensa correspondencia epistolar. Se hizo compañero de viaje, convencido de que «ningún arte se aprende sin maestro», como escribe a Rústico: «Todo lo que pretendo insinuarte, tomándote de la mano, todo lo que pretendo inculcarte, como el experto marino que ha pasado por muchos naufragios lo haría con un remero bisoño»[23]. Desde aquel rincón tranquilo del mundo acompañaba a la humanidad en una época de grandes cambios, marcada por acontecimientos como el saqueo de Roma del

año 410, que lo afectó profundamente.

Confiaba en sus cartas las polémicas doctrinales, siempre en defensa de la recta fe, revelándose como hombre de relaciones vividas con fuerza y con dulzura, involucrado totalmente, sin formas edulcoradas, experimentando que «el amor no tiene precio»[24]. Así vivía sus afectos, con ímpetu y sinceridad. Esta implicación en las situaciones en las que vivía y actuaba se constata también con el hecho de que ofrecía su trabajo de traducción y crítica como *munus amicitiae*. Era un don ante todo para los amigos, a quienes destinaba y dedicaba sus obras, y a quienes les pedía que las leyeran con ojos amigables más que críticos, y luego para los lectores, sus contemporáneos y los de todos los tiempos[25].

Dedicó los últimos años de su vida a la lectura orante personal y comunitaria de la Escritura, a la contemplación, al servicio a los hermanos a través de sus obras. Todo esto en Belén, junto a la gruta donde la Virgen dio a luz al Verbo, consciente de que es «dichoso aquel que porta en su pecho la cruz, la resurrección y el lugar del nacimiento de Cristo y el de la ascensión. Dichoso aquel que tiene a Belén en su corazón, y en cuyo corazón Cristo nace a diario»[26].

#### *La clave sapiencial de su retrato*

Para una plena comprensión de la personalidad de san Jerónimo es necesario conjugar dos dimensiones características de su existencia como creyente. Por un lado, su absoluta y rigurosa consagración a Dios, con la renuncia a cualquier satisfacción humana, por amor a Cristo crucificado (cf. *1 Co* 2,2; *Flp* 3,8.10); por otro lado, el esfuerzo de estudio asiduo, dirigido exclusivamente a una comprensión del misterio del Señor cada vez más profunda. Es precisamente este doble testimonio ofrecido de modo admirable por san Jerónimo, el que se propone como modelo, sobre todo, para los monjes, quienes viven de ascesis y oración, con vistas a que se dediquen al trabajo asiduo de la investigación y del pensamiento; después, para los estudiosos, que deben recordar que el saber sólo es válido religiosamente si está fundado en el amor exclusivo a Dios, y expoliado de toda ambición humana y aspiración mundana.

Tales dimensiones fueron incorporadas en el campo de la historia del arte, donde la presencia de san Jerónimo es frecuente: grandes maestros de la pintura occidental nos han dejado sus representaciones. Podríamos organizar las diversas tipologías iconográficas en dos líneas distintas. Una lo define sobre todo como monje y penitente, con un cuerpo marcado por el ayuno, retirado en zonas desérticas, de rodillas o postrado en tierra, en muchos casos apretando una piedra en la mano derecha para golpearse el pecho, y con los ojos vueltos al Crucificado. En esta línea se sitúa la conmovedora obra maestra de Leonardo da Vinci conservada en la Pinacoteca Vaticana. Otro modo de representar a Jerónimo es el que lo muestra vestido como un estudioso, sentado en su escritorio, dedicado a la traducción y al comentario de la Sagrada Escritura, rodeado de libros y per-

gaminos, consagrado a la misión de defender la fe a través del pensamiento y la escritura. Albrecht Dürer, por citar otro ejemplo ilustre, lo representó más de una vez en esta actitud.

Los dos aspectos evocados anteriormente se encuentran unidos en el lienzo de Caravaggio, en la Galería Borghese de Roma. En una única escena se representa al anciano asceta, vestido ligeramente con un manto rojo, que tiene un cráneo sobre la mesa, símbolo de la vanidad de las realidades terrenas; pero al mismo tiempo también se manifiesta con vehemencia su cualidad de estudioso, que tiene los ojos fijos en el libro, mientras su mano mete la pluma en el tintero, como acto que caracteriza al escritor.

De manera análoga -que llamaría sapiencial- debemos comprender el doble perfil del itinerario biográfico de Jerónimo. Cuando, como un verdadero «León de Belén», exageraba en los tonos, lo hacía por la búsqueda de una verdad que estaba dispuesto a servir incondicionalmente. Y como él mismo explica en el primero de sus escritos, *Vida de san Pablo*, ermitaño de Tebas, los leones son capaces de «desaforados rugidos», pero también de lágrimas[27]. Por este motivo, las dos fisonomías contrapuestas que aparecen en su figura son, en realidad, elementos con los que el Espíritu Santo le permitió madurar su unidad interior.

#### *Amor por la Sagrada Escritura*

El rasgo peculiar de la figura espiritual de san Jerónimo sigue siendo, sin duda, su amor apasionado por la Palabra de Dios, transmitida a la Iglesia en la Sagrada Escritura. Si todos los Doctores de la Iglesia -y en particular los de la época cristiana primitiva- obtuvieron explícitamente de la Biblia el contenido de sus enseñanzas, Jerónimo lo hizo de una manera más sistemática y en algunos aspectos única.

En los últimos tiempos los exegetas han descubierto el genio narrativo y poético de la Biblia, exaltado precisamente por su calidad expresiva. Jerónimo, en cambio, lo que enfatizaba de las Escrituras era más bien el carácter humilde con el que Dios se reveló, expresándose en la naturaleza áspera y casi primitiva de la lengua hebrea, comparada con el refinamiento del latín ciceroniano. Por tanto, no se dedicaba a la Sagrada Escritura por un gusto estético, sino -como es bien conocido- sólo porque lo llevaba a conocer a Cristo, porque ignorar las Escrituras es ignorar a Cristo[28].

Jerónimo nos enseña que no sólo se deben estudiar los Evangelios, y que no es solamente la tradición apostólica, presente en los Hechos de los Apóstoles y en las Cartas, la que hay que comentar, sino que todo el Antiguo Testamento es indispensable para penetrar en la verdad y la riqueza de Cristo[29]. Las mismas páginas del Evangelio lo atestiguan: nos hablan de Jesús como Maestro que, para explicar su misterio, recurre a Moisés, a los profetas y a los Salmos (cf. *Lc* 4,16-21; 24,27.44-47). Incluso la predicación de Pedro y Pablo, en los Hechos, se

fundamenta emblemáticamente en las antiguas Escrituras; sin ellas, no puede entenderse plenamente la figura del Hijo de Dios, el Mesías Salvador. El Antiguo Testamento no debe considerarse como un vasto repertorio de citas que demuestran el cumplimiento de las profecías en la persona de Jesús de Nazaret. En cambio, más radicalmente, sólo a la luz de las “figuras” veterotestamentarias es posible comprender plenamente el significado del acontecimiento de Cristo, cumplido en su muerte y resurrección. De ahí la necesidad de redescubrir, en la práctica catequética y en la predicación, así como en las discusiones teológicas, el aporte indispensable del Antiguo Testamento, que debe ser leído y asimilado como alimento precioso (cf. *Ez* 3,1-11; *Ap* 10,8-11)[30].

La dedicación total de Jerónimo a las Escrituras se manifestó en una forma de expresión apasionada, semejante a la de los antiguos profetas. De ellos sacaba nuestro Doctor su fuego interior, que se convertía en palabra impetuosa y explosiva (cf. *Jr* 5,14; 20,9; 23,29; *Ml* 3,2; *Si* 48,1; *Mt* 3,11; *Lc* 12,49), necesaria para expresar el celo ardiente del servidor de la causa de Dios. Siguiendo los pasos de Elías, Juan el Bautista e incluso el apóstol Pablo, el desdén ante la mentira, la hipocresía y las falsas doctrinas enciende el discurso de Jerónimo haciéndolo provocativo y aparentemente duro. La dimensión polémica de sus escritos se comprende mejor si se lee como una especie de calco y actualización de la tradición profética más auténtica. Jerónimo, por tanto, es un modelo de testimonio inflexible de la verdad, que asume la severidad del reproche para inducir a la conversión. En la intensidad de las locuciones e imágenes se manifiesta la valentía del siervo que no quiere agradar a los hombres sino sólo a su Señor (*Ga* 1,10), por quien ha consumido toda la energía espiritual.

#### *El estudio de la Sagrada Escritura*

El amor apasionado de san Jerónimo por las divinas Escrituras está impregnado de obediencia. En primer lugar respecto a Dios, que se ha comunicado con palabras que exigen una escucha reverente[31] y, en consecuencia, también la obediencia a quienes en la Iglesia representan la tradición interpretativa viva del mensaje revelado. Sin embargo, la «obediencia de la fe» (*Rm* 1,5; 16,26) no es una mera recepción pasiva de lo que es conocido; al contrario, requiere el compromiso activo de la investigación personal. Podemos considerar a san Jerónimo como un “servidor” de la Palabra, fiel y trabajador, completamente consagrado a favorecer en sus hermanos de fe una comprensión más adecuada del «depósito» sagrado que les ha sido confiado (cf. *1 Tm* 6,20; *2 Tm* 1,14). Si no se entiende lo escrito por los autores inspirados, la misma Palabra de Dios carece de eficacia (cf. *Mt* 13,19) y el amor a Dios no puede surgir.

Ahora bien, las páginas bíblicas no siempre son accesibles de inmediato. Como se dice en Isaías (29,11), incluso para aquellos que saben “leer” -es decir, que han tenido una formación intelectual suficiente- el libro sagrado aparece “sellado”,

cerrado herméticamente a la interpretación. Por tanto, es necesario que intervenga un testigo competente para proporcionar la llave liberadora, la de Cristo Señor, único capaz de desatar los sellos y abrir el libro (cf. *Ap* 5,1-10), para revelar la prodigiosa efusión de la gracia (cf. *Lc* 4,17-21). Muchos entonces, incluso entre los cristianos practicantes, declaran abiertamente que no saben leer (cf. *Is* 29,12), no por analfabetismo, sino porque no están preparados para el lenguaje bíblico, sus modos expresivos y las tradiciones culturales antiguas, por lo que el texto bíblico resulta indescifrable, como si estuviera escrito en un alfabeto desconocido y en una lengua poco comprensible.

Se vuelve necesario, por tanto, la mediación del intérprete, ejerciendo su función “diaconal”, al ponerse al servicio de quienes no pueden comprender el sentido de lo escrito proféticamente. La imagen que se puede evocar, a este respecto, es la del diácono Felipe, impulsado por el Señor para ir en ayuda del eunuco que está leyendo un pasaje de Isaías en su carroza (53,7-8), pero sin poder comprender su significado: «¿Crees entender lo que estás leyendo?», pregunta Felipe; y el eunuco responde: «¿Cómo voy a entender si nadie me lo explica?» (*Hch* 8,30-31) [32].

Jerónimo es nuestro guía sea porque, como lo hizo Felipe (cf. *Hch* 8,35), lleva a quien lee al misterio de Jesús, sea también porque asume responsable y sistemáticamente las mediaciones exegéticas y culturales necesarias para una lectura correcta y fecunda de la Sagrada Escritura[33]. La competencia en las lenguas en las que se transmitió la Palabra de Dios, el cuidadoso análisis y evaluación de los manuscritos, la investigación arqueológica precisa, además del conocimiento de la historia de la interpretación, en definitiva, todos los recursos metodológicos que estaban disponibles en su época histórica los supo utilizar armónica y sabiamente, para orientar hacia una comprensión correcta de la Escritura inspirada.

Una dimensión tan ejemplar de la actividad de san Jerónimo es muy importante incluso en la Iglesia de hoy. Como nos enseña la *Dei Verbum*, si la Biblia es «como el alma de la sagrada teología»[34] y la columna vertebral espiritual de la práctica religiosa cristiana[35], es indispensable que el acto interpretativo de la misma esté sostenido por competencias específicas.

A este propósito sirven ciertamente los centros especializados para la investigación bíblica -como el Pontificio Instituto Bíblico en Roma y L'École Biblique y el Studium Biblicum Franciscanum en Jerusalén- y patrística -como el Augustinianum en Roma-, pero también las Facultades de Teología deben esforzarse para que la enseñanza de la Sagrada Escritura esté programada de tal manera que se asegure a los estudiantes una capacidad interpretativa competente, tanto en la exégesis de los textos como en la síntesis de la teología bíblica. La riqueza de las Escrituras es desafortunadamente ignorada o minimizada por muchos, porque no se les han proporcionado las bases esenciales del conocimiento. Por

tanto, junto a un incremento de los estudios eclesiásticos dirigidos a sacerdotes y catequistas, que valoricen de manera más adecuada la competencia en la Sagrada Escritura, se debe promover una formación extendida a todos los cristianos, para que cada uno sea capaz de abrir el libro sagrado y extraer los frutos inestimables de sabiduría, esperanza y vida[36].

Aquí quisiera recordar lo que expresó mi predecesor en la Exhortación apostólica *Verbum Domini*: «La sacramentalidad de la Palabra se puede entender en analogía con la presencia real de Cristo bajo las especies del pan y del vino consagrados. [...] Sobre la actitud que se ha de tener con respecto a la Eucaristía y la Palabra de Dios, dice san Jerónimo: “Nosotros leemos las Sagradas Escrituras. Yo pienso que el Evangelio es el Cuerpo de Cristo; yo pienso que las Sagradas Escrituras son su enseñanza. Y cuando él dice: ‘Quien no come mi carne y bebe mi sangre’ (Jn 6,53), aunque estas palabras puedan entenderse como referidas también al Misterio [eucarístico], sin embargo, el cuerpo de Cristo y su sangre es realmente la palabra de la Escritura, es la enseñanza de Dios”»[37].

Lamentablemente, en muchas familias cristianas nadie se siente capaz -como en cambio está prescrito en la Torá (cf. Dt 6,6)- de dar a conocer a sus hijos la Palabra del Señor, con toda su belleza, con toda su fuerza espiritual. Por eso quise establecer el Domingo de la Palabra de Dios[38], animando a la lectura orante de la Biblia y a la familiaridad con la Palabra de Dios[39]. Todas las demás manifestaciones de la religiosidad se enriquecerán así de sentido, estarán orientadas por una jerarquía de valores y se dirigirán a lo que constituye la cumbre de la fe: la adhesión plena al misterio de Cristo.

#### *La Vulgata*

El “fruto más dulce de la ardua siembra”[40] del estudio del griego y el hebreo, realizado por Jerónimo, es la traducción del Antiguo Testamento del hebreo original al latín. Hasta ese momento, los cristianos del imperio romano sólo podían leer la Biblia en griego en su totalidad. Mientras que los libros del Nuevo Testamento se habían escrito en griego, para los del Antiguo existía una traducción completa, la llamada *Septuaginta* (es decir, la versión de los Setenta) realizada por la comunidad judía de Alejandría alrededor del siglo II a.C. Para los lectores de lengua latina, sin embargo, no había una versión completa de la Biblia en su propio idioma, sino sólo algunas traducciones, parciales e incompletas, que procedían del griego. Jerónimo, y después de él sus seguidores, tuvieron el mérito de haber emprendido una revisión y una nueva traducción de toda la Escritura. Con el estímulo del papa Dámaso, Jerónimo comenzó en Roma la revisión de los Evangelios y los Salmos, y luego, en su retiro en Belén, empezó la traducción de todos los libros veterotestamentarios, directamente del hebreo; una obra que duró años.

Para completar este trabajo de traducción, Jerónimo hizo un buen uso de sus

conocimientos de griego y hebreo, así como de su sólida formación latina, y utilizó las herramientas filológicas que tenía a su disposición, en particular las *Hexaplas* de Orígenes. El texto final combinó la continuidad en las fórmulas, ahora de uso común, con una mayor adherencia al estilo hebreo, sin sacrificar la elegancia de la lengua latina. El resultado es un verdadero monumento que ha marcado la historia cultural de Occidente, dando forma al lenguaje teológico. Superados algunos rechazos iniciales, la traducción de Jerónimo se convirtió inmediatamente en patrimonio común tanto de los eruditos como del pueblo cristiano, de ahí el nombre de *Vulgata*[41]. La Europa medieval aprendió a leer, orar y razonar en las páginas de la Biblia traducidas por Jerónimo. «La Sagrada Escritura se ha convertido así en una especie de “inmenso vocabulario” (P. Claudel) y de “Atlas iconográfico” (M. Chagall) del que se han nutrido la cultura y el arte cristianos»[42]. La literatura, las artes e incluso el lenguaje popular se han inspirado constantemente en la versión jeronimiana de la Biblia, dejándonos tesoros de belleza y devoción.

En relación a este hecho indiscutible, el Concilio de Trento estableció el carácter «auténtico» de la *Vulgata* en el decreto *Insuper*, rindiendo homenaje al uso secular que la Iglesia había hecho de ella y certificando su valor como instrumento de estudio, predicación y discusión pública[43]. Sin embargo, no pretendía minimizar la importancia de las lenguas originales, como no dejaba de recordar Jerónimo, ni mucho menos prohibir nuevos trabajos de traducción integral en el futuro. San Pablo VI, asumiendo el mandato de los Padres del Concilio Vaticano II, quiso que la revisión de la traducción de la *Vulgata* se completara y se pusiera a disposición de toda la Iglesia. Así es como san Juan Pablo II, en la Constitución apostólica *Scripturarum thesaurus* [44], promulgó en 1979 la edición típica llamada *Neovulgata*.

#### *La traducción como inculturación*

Con su traducción, Jerónimo logró “inculturar” la Biblia en la lengua y la cultura latina, y esta obra se convirtió en un paradigma permanente para la acción misionera de la Iglesia. En efecto, «cuando una comunidad acoge el anuncio de la salvación, el Espíritu Santo fecunda su cultura con la fuerza transformadora del Evangelio»[45], y de este modo se establece una especie de circularidad: así como la traducción de Jerónimo está en deuda con la lengua y la cultura de los clásicos latinos, cuyas huellas son claramente visibles, así ella, con su lengua y su contenido simbólico y de imágenes, se ha convertido a su vez en un elemento creador de cultura.

El trabajo de traducción de Jerónimo nos enseña que los valores y las formas positivas de cada cultura representan un enriquecimiento para toda la Iglesia. Los diferentes modos en que la Palabra de Dios se anuncia, se comprende y se vive con cada nueva traducción enriquecen la Escritura misma, puesto que -según la

conocida expresión de Gregorio Magno- crece con el lector[46], recibiendo a lo largo de los siglos nuevos acentos y nueva sonoridad. La inserción de la Biblia y del Evangelio en las diferentes culturas hace que la Iglesia se manifieste cada vez más como «sponsa ornata monilibus suis» (Is 61,10). Y atestigua, al mismo tiempo, que la Biblia necesita ser traducida constantemente a las categorías lingüísticas y mentales de cada cultura y de cada generación, incluso en la secularizada cultura global de nuestro tiempo[47].

Ha sido recordado, con razón, que es posible establecer una analogía entre la traducción, como acto de hospitalidad lingüística, y otras formas de hospitalidad[48]. Por eso, la traducción no es un trabajo que concierne únicamente al lenguaje, sino que corresponde, de hecho, a una decisión ética más amplia, que está relacionada con toda la visión de la vida. Sin traducción, las diferentes comunidades lingüísticas no podrían comunicarse entre sí; nosotros cerraríamos las puertas de la historia y negaríamos la posibilidad de construir una cultura del encuentro[49]. En efecto, sin traducción no hay hospitalidad y se fortalecen las acciones de hostilidad. El traductor es un constructor de puentes. ¡Cuántos juicios temerarios, cuántas condenas y conflictos surgen del hecho de ignorar el idioma de los demás y de no esforzarnos, con tenaz esperanza, en esta prueba infinita de amor que es la traducción!

Jerónimo también tuvo que oponerse al pensamiento dominante de su época. Si en los albores del imperio romano, el saber griego era relativamente común, en ese momento ya era una rareza. Sin embargo, llegó a ser uno de los mejores conocedores de la lengua y literatura griega cristiana y se embarcó solo en un viaje aún más arduo cuando se dedicó al estudio del hebreo. Como fue escrito, si «los límites de mi lenguaje son los límites de mi mundo»[50], podemos decir que le debemos al poliglotismo de san Jerónimo una comprensión más universal del cristianismo y, al mismo tiempo, más acorde con sus fuentes.

Con la celebración del centenario de la muerte de san Jerónimo, nuestra mirada se vuelve hacia la extraordinaria vitalidad misionera expresada por la traducción de la Palabra de Dios a más de tres mil idiomas. Muchos son los misioneros a quienes debemos la preciosa labor de publicar gramáticas, diccionarios y otras herramientas lingüísticas que ofrecen las bases de la comunicación humana y son un vehículo del «sueño misionero de llegar a todos»[51]. Es necesario valorar todo este trabajo e invertir en él, contribuyendo a superar las fronteras de la incomunicabilidad y de la falta de encuentro. Todavía queda mucho por hacer. Como ha sido afirmado, no existe comprensión sin traducción[52]; no nos comprenderemos a nosotros mismos, ni a los demás.

#### *Jerónimo y la cátedra de Pedro*

Jerónimo siempre tuvo una relación especial con la ciudad de Roma: Roma es el puerto espiritual al que regresó continuamente; en Roma se formó el huma-

nista y se forjó el cristiano; él era *homo romanus*. Este vínculo se daba, de manera muy peculiar, en la lengua de la Urbe, el latín, del que fue maestro y conocedor, pero estuvo sobre todo vinculado a la Iglesia de Roma y, en especial, a la cátedra de Pedro. La tradición iconográfica, de manera anacrónica, lo representaba con la púrpura cardenalicia, para señalar su pertenencia al presbiterio de Roma junto al papa Dámaso. Fue en Roma donde comenzó la revisión de la traducción; e incluso cuando la envidia y la incompreensión lo obligaron a abandonar la ciudad, siempre permaneció fuertemente vinculado a la cátedra de Pedro.

Para Jerónimo, la Iglesia de Roma era el terreno fértil donde la semilla de Cristo da fruto abundante[53]. En una época agitada, en la que la túnica inconsútil de la Iglesia se veía a menudo desgarrada por las divisiones entre los cristianos, Jerónimo consideraba la cátedra de Pedro como un punto de referencia seguro: «Yo, que no sigo más primacía que la de Cristo, me uno por la comunión a tu beatitud, es decir, a la cátedra de Pedro. Sé que la Iglesia está edificada sobre esa roca». En medio de las disputas contra los arrianos, escribió a Dámaso: «Quien no recoge contigo, desparrama; es decir, el que no es de Cristo es del anticristo»[54]. Por eso podía afirmar también: «El que se adhiera a la cátedra de Pedro es mío»[55].

Jerónimo a menudo se vio involucrado en discusiones ásperas a causa de la fe. Su amor por la verdad y la ardiente defensa de Cristo quizá lo llevaron a exagerar la violencia verbal en sus cartas y escritos. Sin embargo, vivía orientado a la paz: «También nosotros queremos la paz, y no sólo la queremos, sino que la pedimos suplicantes. Pero la paz de Cristo, la paz verdadera, una paz sin enemistades, una paz que no lleve escondida la guerra, una paz que no esclavice a los adversarios, sino que los una como amigos»[56].

Nuestro mundo necesita más que nunca la medicina de la misericordia y la comunión. Permítanme repetir una vez más: Demos un testimonio de comunión fraterna que sea atractivo y luminoso[57]. «En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os amáis unos a otros» (Jn 13,35). Es lo que pidió intensamente Jesús con su oración al Padre: «Para que todos sean uno [...] en nosotros, para que el mundo crea» (Jn 17,21).

#### *Amar lo que Jerónimo amó*

Como conclusión de esta Carta, quisiera hacer un nuevo llamamiento a todos. Entre los muchos elogios que la posteridad le rinde a san Jerónimo está el de no ser considerado solamente uno de los más grandes estudiosos de la “biblioteca” de la que el cristianismo se nutre a lo largo del tiempo, comenzando por el tesoro de las Sagradas Escrituras; sino que también se le puede aplicar lo que él mismo escribió sobre Nepociano: «Por la asidua lectura y la meditación prolongada, había hecho de su corazón una biblioteca de Cristo»[58]. Jerónimo no escatimó esfuerzos para enriquecer su biblioteca, en la que siempre vio un laboratorio in-

dispensable para la comprensión de la fe y la vida espiritual; y en esto constituye un maravilloso ejemplo también para el presente. Pero, además, fue más lejos. Para él, el estudio no se limitaba a sus primeros años juveniles de formación, sino que era un compromiso constante, una prioridad de todos los días de su vida. En definitiva, podemos decir que asimiló toda una biblioteca y se convirtió en dispensador de conocimiento para muchos otros. Postumiano, que en el siglo IV viajó a Oriente para descubrir los movimientos monásticos, fue testigo ocular del estilo de vida de Jerónimo, con quien permaneció unos meses, y lo describió de la siguiente manera: «Él es todo en la lectura, todo en los libros; no descansa ni de día ni de noche; siempre lee o escribe algo»[59].

En este sentido, a menudo pienso en la experiencia que puede tener un joven hoy al entrar en una librería de su ciudad, o en una página de internet, y buscar el sector de libros religiosos. Es un espacio que, cuando existe, en la mayoría de los casos no sólo es marginal, sino carente de obras sustanciales. Al examinar esos estantes, o esas páginas en la red, es difícil para un joven comprender cómo la investigación religiosa pueda ser una aventura emocionante que une pensamiento y corazón; cómo la sed de Dios haya encendido grandes mentes a lo largo de los siglos hasta hoy; cómo la maduración de la vida espiritual haya contagiado a teólogos y filósofos, artistas y poetas, historiadores y científicos. Uno de los problemas actuales, no sólo de religión, es el analfabetismo: escasean las competencias hermenéuticas que nos hagan intérpretes y traductores creíbles de nuestra propia tradición cultural. Deseo lanzar un desafío, de modo particular, a los jóvenes: Vayan en busca de su herencia. El cristianismo los convierte en herederos de un patrimonio cultural insuperable del que deben tomar posesión. Apasionense de esta historia, que es de ustedes. Atrévanse a fijar la mirada en Jerónimo, ese joven inquieto que, como el personaje de la parábola de Jesús, vendió todo lo que tenía para comprar «la perla de gran valor» (*Mt* 13,46).

Verdaderamente, Jerónimo es la «biblioteca de Cristo», una biblioteca perenne que dieciséis siglos después sigue enseñándonos lo que significa el amor de Cristo, un amor que no se puede separar del encuentro con su Palabra. Por esta razón, el centenario actual representa una llamada a amar lo que Jerónimo amó, redescubriendo sus escritos y dejándonos tocar por el impacto de una espiritualidad que puede describirse, en su núcleo más vital, como el deseo inquieto y apasionado de un conocimiento más profundo del Dios de la Revelación. ¿Cómo no escuchar, en nuestros días, lo que Jerónimo exhortaba incesantemente a sus contemporáneos: «Lee muy a menudo las Divinas Escrituras, o mejor, nunca el texto sagrado se te caiga de las manos»?[60].

Un ejemplo luminoso es la Virgen María, evocada por Jerónimo sobre todo como madre virginal, pero también en su actitud de lectora orante de la Escritura. María meditaba en su corazón (cf. *Lc* 2,19.51) porque «era santa y había leído

las Sagradas Escrituras, conocía a los profetas y recordaba lo que el ángel Gabriel le había anunciado y lo que se le había augurado por boca de los profetas. [...] Veía a Aquel recién nacido, que era su Hijo, su único Hijo, acostado y dando vagidos, en ese pesebre, pero a quien en realidad estaba viendo allí acostado era al Hijo de Dios; y lo que ella estaba viendo andaba comparándolo con cuanto había oído y leído»[61]. Encomendémonos a ella, que mejor que nadie puede enseñarnos a leer, meditar, rezar y contemplar a Dios, que se hace presente en nuestra vida sin cansarse jamás.

*Roma, San Juan de Letrán, 30 de septiembre, memoria de san Jerónimo, del año 2020, octavo de mi pontificado.*

## NOTAS:

- [1] «Deus qui beato Hieronymo presbitero suavem et vivum Scripturae Sacrae affectum tribuisti, da, ut populus tuus verbo tuo uberius alatur et in eo fontem vitae inveniet» (Collecta Missae Sancti Hieronymi, *Missale Romanum*, editio typica tertia, Civitas Vaticana 2002). Traducción en lengua española: «Oh, Dios, que concediste al presbítero san Jerónimo un amor suave y vivo a la Sagrada Escritura, haz que tu pueblo se alimente de tu palabra con mayor abundancia y encuentre en ella la fuente de la vida» (Oración colecta Memoria litúrgica de san Jerónimo, *Misal Romano*, Madrid 2017).
- [2] *Epistula* (en adelante: *Ep.*) 22, 30: *CSEL* 54, 190.
- [3] *AAS* 12 (1920), 385-423.
- [4] Cfr. Audiencias Generales 7 y 14 noviembre 2007: *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española (9 noviembre 2007), p. 12; *ibid.* (16 noviembre 2007), p. 16.
- [5] Sínodo de los Obispos, *Mensaje al Pueblo de Dios de la XII Asamblea general ordinaria* (24 octubre 2008).
- [6] Cfr. *AAS* 102 (2010), 681-787.
- [7] *Chronicum* 374: *PL* 27, 697-698.
- [8] *Ep.* 125, 12: *CSEL* 56, 131.
- [9] Cfr. *Ep.* 122, 3: *CSEL* 56, 63.
- [10] Cfr. *Homilía en la Santa Misa*, Domus Sanctae Marthae (10 diciembre 2015): *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española (18 diciembre 2015), p. 13. La anécdota se encuentra en A. Louf, *Sotto la guida dello Spirito*, Qiqiaon, Magnano (BI) 1990, 154-155.
- [11] Cfr. *Ep.* 125, 12: *CSEL* 56, 131.
- [12] Cfr. *VD*, 89: *AAS* 102 (2010), 761-762.
- [13] Cfr. *Ep.* 125, 9.15.19: *CSEL* 56, 128.133-134.139.
- [14] *Vita Malchi monachi captivi* 7, 3: *PL* 23, 59-60; S. Jerónimo, *Vidas de tres monjes: Obras completas, edición bilingüe*, vol. II, ed. BAC, Madrid 2002, 631.
- [15] *Praef. Esther* 2: *PL* 28, 1505.
- [16] Cfr. *Ep.* 108, 26: *CSEL* 55, 344-345.
- [17] *Ep.* 52, 8: *CSEL* 54, 428-429; cf. *VD*, 60: *AAS* 102 (2010), 739.
- [18] *Praef. Paralipomenon LXX* 1.10-15: *SCh* 592, 340.
- [19] *Praef. in Pentateuchum*: *PL* 28, 184.
- [20] *Ep.* 80, 3: *CSEL* 55, 105.
- [21] *Mensaje con motivo de la XXIV solemne Sesión pública de las Academias Pontificias* (4 diciembre 2019): *L'Osservatore Romano* (6 diciembre 2019), p. 8.

- [22] VD, 30: AAS 102 (2010), 709.
- [23] Ep. 125, 15.2: CSEL 56, 133.120.
- [24] Ep. 3, 6: CSEL 54, 18.
- [25] Cfr. Praef. Josue 1, 9-12: SCb 592, 316.
- [26] Homilia in Psalmum 95: PL 26, 1181; cf. S. Jerónimo, *Obras homiléticas. Comentario a los Salmos: Obras completas, edición bilingüe*, vol. I, ed. BAC, Madrid 1999, 359.
- [27] Cfr. Vita S. Pauli primi eremitaie, 16, 2: PL 23, 28; S. Jerónimo, *Vida de tres monjes: Obras completas, edición bilingüe*, vol. II, ed. BAC, Madrid 2002, 615.
- [28] Cfr. In Isaiam Prol.: PL 24, 17. S. Jerónimo, *Comentario a Isaias (Libros I-XII): Obras completas, edición bilingüe*, vol. VIa, ed. BAC, Madrid 2007, 5.
- [29] Cfr. Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Dei Verbum*, sobre la divina revelación, 14.
- [30] Cfr. *ibid.*
- [31] Cfr. *ibid.*, 7.
- [32] Cfr. Ep. 53, 5: CSEL 54, 451; S. Jerónimo, *Epistolario I (Cartas 1-85): Obras completas, edición bilingüe*, vol. Xa, ed. BAC, Madrid 2013, 505.
- [33] Cfr. Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Dei Verbum*, sobre la divina revelación, 12.
- [34] *Ibid.*, 24.
- [35] Cfr. *ibid.*, 25.
- [36] Cfr. *ibid.*, 21.
- [37] N. 56; cfr. In Psalmum 147: CCL 78, 337-338; S. Jerónimo, *Obras homiléticas. Comentario a los Salmos: Obras completas, edición bilingüe*, vol. I, ed. BAC, Madrid 1999, 635-636.
- [38] Cfr. Carta Ap. en forma de Motu Proprio *Aperuit illis* (30 septiembre 2019).
- [39] Cfr. Exhort. Ap. *Evangelii gaudium*, 152.175: AAS 105 (2013), 1083-1084.1093.
- [40] Cfr. Ep. 52,3: CSEL 54, 417.
- [41] Cfr. VD, 72: AAS 102 (2010), 746-747.
- [42] S. Juan Pablo II, *Carta a los artistas* (4 abril 1999), 5: AAS 91 (1999), 1159-1160.
- [43] Cfr. Denzinger-Schönmetzer, *Enchiridion Symbolorum*, 1506.
- [44] (25 abril 1979): AAS 71 (1979), 557-559.
- [45] Exhort. Ap. *Evangelii gaudium*, 116: AAS 105 (2013), 1068.
- [46] Homilia in Ezech. I, 7: PL 76, 843D.
- [47] Cfr. Exhort. Ap. *Evangelii gaudium*, 116: AAS 105 (2013), 1068.
- [48] Cfr. P. Ricœur, *Sur la traduction*, Bayard, París 2004.
- [49] Cfr. Exhort. Ap. *Evangelii gaudium*, 24: AAS 105 (2013), 1029-1030.
- [50] L. Wittgenstein, *Tractatus logico-philosophicus*, 5.6.
- [51] Exhort. Ap. *Evangelii gaudium*, 31: AAS 105 (2013), 1033.
- [52] Cfr. G. Steiner, *After Babel. Aspects of language and translation*, Oxford University Press, Nueva York 1975.
- [53] Cfr. Ep. 15, 1: CSEL 54, 63.
- [54] *Ibid.*, 15, 2: CSEL 54, 62-64.
- [55] *Ibid.*, 16, 2: CSEL 54, 69.
- [56] *Ibid.*, 82, 2: CSEL 55, 109.
- [57] Cfr. Exhort. Ap. *Evangelii gaudium*, 99: AAS 105 (2013), 1061.
- [58] Ep. 60, 10: CSEL 54, 561.
- [59] Sulpicius Severus, *Dialogus* I, 9, 5: SCb 510, 136-138.
- [60] Ep. 52, 7: CSEL 54, 426.
- [61] Homilia de nativitate Domini IV: PLSuppl. 2, 191; S. Jerónimo, *Obras homiléticas. Comentario a los Salmos: Obras completas, edición bilingüe*, vol. I, ed. BAC, Madrid 1999, 961.

## AUDIENCIAS GENERALES

### *Biblioteca del Palacio Apostólico. Miércoles, 5 de agosto de 2020* **Catequesis - “Curar el mundo”: 1. Introducción**

*Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!*

La pandemia sigue causando heridas profundas, desenmascarando nuestras vulnerabilidades. Son muchos los difuntos, muchísimos los enfermos, en todos los continentes. Muchas personas y muchas familias viven un tiempo de incertidumbre, a causa de los problemas socio-económicos, que afectan especialmente a los más pobres.

Por eso debemos tener bien fija nuestra mirada en Jesús (cfr. *Hb* 12, 2) y con esta fe abrazar la esperanza del Reino de Dios que Jesús mismo nos da (cfr. *Mc* 1,5; *Mt* 4,17; *CIC*, 2816). Un Reino de sanación y de salvación que está ya presente en medio de nosotros (cfr. *Lc* 10,11). Un Reino de justicia y de paz que se manifiesta con obras de caridad, que a su vez aumentan la esperanza y refuerzan la fe (cfr. *1 Cor* 13,13). En la tradición cristiana, fe, esperanza y caridad son mucho más que sentimientos o actitudes. Son virtudes infundidas en nosotros por la gracia del Espíritu Santo (cfr. *CIC*, 1812-1813): dones que nos sanan y que nos hacen sanadores, dones que nos abren a nuevos horizontes, también mientras navegamos en las difíciles aguas de nuestro tiempo.

Un nuevo encuentro con el Evangelio de la fe, de la esperanza y del amor nos invita a asumir un espíritu creativo y renovado. De esta manera, seremos capaces de transformar las raíces de nuestras enfermedades físicas, espirituales y sociales. Podremos sanar en profundidad las estructuras injustas y sus prácticas destructivas que nos separan los unos de los otros, amenazando la familia humana y nuestro planeta.

El ministerio de Jesús ofrece muchos ejemplos de sanación. Cuando sana a aquellos que tienen fiebre (cfr. *Mc* 1,29-34), lepra (cfr. *Mc* 1,40-45), parálisis (cfr. *Mc* 2,1-12); cuando devuelve la vista (cfr. *Mc* 8,22-26; *Jn* 9,1-7), el habla o el oído (cfr. *Mc* 7,31-37), en realidad sana no solo un mal físico, sino toda la persona. De tal manera la lleva también a la comunidad, sanada; la libera de su aislamiento porque la ha sanado.

Pensemos en el bellissimo pasaje de la sanación del paralítico de Cafarnaúm (cfr. *Mc* 2,1-12), que hemos escuchado al principio de la audiencia. Mientras Jesús está predicando en la entrada de la casa, cuatro hombres llevan a su amigo paralítico donde Jesús; y como no podían entrar, porque había una gran multitud, hacen un agujero en el techo y descuelgan la camilla delante de él que está predicando. «Viendo Jesús la fe de ellos, dice al paralítico: Hijo, tus pecados te son perdonados» (v. 5). Y después, como signo visible, añade: «Levántate, toma

tu camilla y vete a tu casa» (v. 11).

¡Qué maravilloso ejemplo de sanación! La acción de Cristo es una respuesta directa a la fe de esas personas, a la esperanza que depositan en Él, al amor que demuestran tener los unos por los otros. Y por tanto Jesús sana, pero no sana simplemente la parálisis, sana todo, perdona los pecados, renueva la vida del parálítico y de sus amigos. Hace nacer de nuevo, digamos así. Una sanación física y espiritual, todo junto, fruto de un encuentro personal y social. Imaginamos cómo esta amistad, y la fe de todos los presentes en esa casa, hayan crecido gracias al gesto de Jesús. ¡El encuentro sanador con Jesús!

Y entonces nos preguntamos: ¿de qué modo podemos ayudar a sanar nuestro mundo, hoy? Como discípulos del Señor Jesús, que es médico de las almas y de los cuerpos, estamos llamados a continuar «su obra de curación y de salvación» (CIC, 1421) en sentido físico, social y espiritual.

La Iglesia, aunque administre la gracia sanadora de Cristo mediante los Sacramentos, y aunque proporcione servicios sanitarios en los rincones más remotos del planeta, no es experta en la prevención o en el cuidado de la pandemia. Y tampoco da indicaciones socio-políticas específicas (cfr. S. Pablo VI, Cart. ap. *Octogesima adveniens*, 14 de mayo 1971, 4). Esta es tarea de los dirigentes políticos y sociales. Sin embargo, a lo largo de los siglos, y a la luz del Evangelio, la Iglesia ha desarrollado algunos principios sociales que son fundamentales (cfr. *Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia*, 160-208), principios que pueden ayudarnos a ir adelante, para preparar el futuro que necesitamos. Cito los principales, entre ellos estrechamente relacionados entre sí: el principio de la dignidad de la persona, el principio del bien común, el principio de la opción preferencial por los pobres, el principio de la destinación universal de los bienes, el principio de la solidaridad, de la subsidiariedad, el principio del cuidado de nuestra casa común. Estos principios ayudan a los dirigentes, los responsables de la sociedad a llevar adelante el crecimiento y también, como en este caso de pandemia, la sanación del tejido personal y social. Todos estos principios expresan, de formas diferentes, las virtudes de la fe, de la esperanza y del amor.

En las próximas semanas, os invito a afrontar juntos las cuestiones apremiantes que la pandemia ha puesto de relieve, sobre todo las enfermedades sociales. Y lo haremos a la luz del Evangelio, de las virtudes teologales y de los principios de la doctrina social de la Iglesia. Exploraremos juntos cómo nuestra tradición social católica puede ayudar a la familia humana a sanar este mundo que sufre de graves enfermedades. Es mi deseo reflexionar y trabajar todos juntos, como seguidores de Jesús que sana, para construir un mundo mejor, lleno de esperanza para las generaciones futuras (cfr. Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 24 de noviembre 2013, 183).

***Biblioteca del Palacio Apostólico. Miércoles, 12 de agosto de 2020***  
***Catequesis - “Curar el mundo”: 2. Fe y dignidad humana***

*Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!*

La pandemia ha puesto de relieve lo vulnerables e interconectados que estamos todos. Si no cuidamos el uno del otro, empezando por los últimos, por los que están más afectados, incluso de la creación, no podemos sanar el mundo.

Es loable el compromiso de tantas personas que en estos meses están demostrando el amor humano y cristiano hacia el prójimo, dedicándose a los enfermos poniendo también en riesgo su propia salud. ¡Son héroes! Sin embargo, el coronavirus no es la única enfermedad que hay que combatir, sino que la pandemia ha sacado a la luz patologías sociales más amplias. Una de estas es la visión distorsionada de la persona, una mirada que ignora su dignidad y su carácter relacional. A veces miramos a los otros como objetos, para usar y descartar. En realidad, este tipo de mirada ciega y fomenta una cultura del descarte individualista y agresiva, que transforma el ser humano en un bien de consumo (cfr. Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 53; Enc. *Laudato si'* [LS], 22).

A la luz de la fe sabemos, sin embargo, que Dios mira al hombre y a la mujer de otra manera. Él nos ha creado no como objetos, sino como personas amadas y capaces de amar; nos ha creado a su imagen y semejanza (cfr. *Gen* 1, 27). De esta manera nos ha donado una dignidad única, invitándonos a vivir en comunión con Él, en comunión con nuestras hermanas y nuestros hermanos, en el respeto de toda la creación. En comunión, en armonía, podemos decir. La creación es una armonía en la que estamos llamados a vivir. Y en esta comunión, en esta armonía que es comunión, Dios no dona la capacidad de procrear y de custodiar la vida (cfr. *Gen* 1, 28-29), de trabajar y cuidar la tierra (cfr. *Gen* 2,15; LS, 67). Se entiende que no se puede procrear y custodiar la vida sin armonía; será destruida.

De esa mirada individualista, la que no es armonía, tenemos un ejemplo en los Evangelios, en la petición que la madre de Santiago y Juan hace a Jesús (cfr. *Mt* 20, 20-28). Ella quiere que sus hijos puedan sentarse a la derecha y a la izquierda del nuevo rey. Pero Jesús propone otro tipo de visión: la del servicio y del dar la vida por los otros, y la confirma devolviendo inmediatamente después la vista a dos ciegos y haciéndoles sus discípulos (cfr. *Mt* 20, 29-34). Tratar de trepar en la vida, de ser superiores a los otros, destruye la armonía. Es la lógica del dominio, de dominar a los otros. La armonía es otra cosa: es el servicio.

Pidamos, por tanto, al Señor que nos dé ojos atentos a los hermanos y a las hermanas, especialmente a aquellos que sufren. Como discípulos de Jesús no queremos ser indiferentes ni individualistas, estas son las dos actitudes malas contra la armonía. Indiferente: yo miro a otro lado. Individualistas: mirar solamente el propio interés. La armonía creada por Dios nos pide mirar a los otros,

las necesidades de los otros, los problemas de los otros, estar en comunión. Queremos reconocer la dignidad humana en cada persona, cualquiera que sea su raza, lengua o condición. La armonía te lleva a reconocer la dignidad humana, esa armonía creada por Dios, con el hombre en el centro.

El Concilio Vaticano II subraya que esta dignidad es inalienable, porque «ha sido creada a imagen de Dios» (Const. past. *Gaudium et spes*, 12). Es el fundamento de toda la vida social y determina los principios operativos. En la cultura moderna, la referencia más cercana al principio de la dignidad inalienable de la persona es la Declaración Universal de los Derechos del Hombre, que San Juan Pablo II definió «piedra miliar puesta en el largo y difícil camino del género humano»[1], y como «una de las más altas expresiones de la conciencia humana»[2]. Los derechos no son solo individuales, sino también sociales; son de los pueblos, de las naciones[3]. El ser humano, de hecho, en su dignidad personal, es un ser social, creado a imagen de Dios Uno y Trino. Nosotros somos seres sociales, necesitamos vivir en esta armonía social, pero cuando hay egoísmo, nuestra mirada no va a los otros, a la comunidad, sino que vuelve sobre nosotros mismos y esto nos hace feos, malos, egoístas, destruyendo la armonía.

Esta renovada conciencia de la dignidad de todo ser humano tiene serias implicaciones sociales, económicas y políticas. Mirar al hermano y a toda la creación como don recibido por el amor del Padre suscita un comportamiento de atención, de cuidado y de estupor. Así el creyente, contemplando al prójimo como un hermano y no como un extraño, lo mira con compasión y empatía, no con desprecio o enemistad. Y contemplando el mundo a la luz de la fe, se esfuerza por desarrollar, con la ayuda de la gracia, su creatividad y su entusiasmo para resolver los dramas de la historia. Concibe y desarrolla sus capacidades como responsabilidades que brotan de su fe[4], como dones de Dios para poner al servicio de la humanidad y de la creación.

Mientras todos nosotros trabajamos por la cura de un virus que golpea a todos indistintamente, la fe nos exhorta a comprometernos seria y activamente para contrarrestar la indiferencia delante de las violaciones de la dignidad humana. Esta cultura de la indiferencia que acompaña la cultura del descarte: las cosas que no me tocan no me interesan. La fe siempre exige que nos dejemos sanar y convertir de nuestro individualismo, tanto personal como colectivo; un individualismo de partido, por ejemplo.

Que el Señor pueda “devolvernos la vista” para redescubrir qué significa ser miembros de la familia humana. Y esta mirada pueda traducirse en acciones concretas de compasión y respeto para cada persona y de cuidado y custodia para nuestra casa común.

---

## NOTAS:

[1] *Discurso a la Asamblea General de las Naciones Unidas* (2 de octubre de 1979), 7.

[2] *Discurso a la Asamblea General de las Naciones Unidas* (5 de octubre de 1995), 2.

[3] Cfr. *Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia*, 157.

[4] *Ibid.*

### ***Biblioteca del Palacio Apostólico. Miércoles, 19 de agosto de 2020***

#### ***Catequesis - “Curar el mundo”: 3. La opción preferencial por los pobres y la virtud de la caridad***

*Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!*

La pandemia ha dejado al descubierto la difícil situación de los pobres y la gran desigualdad que reina en el mundo. Y el virus, si bien no hace excepciones entre las personas, ha encontrado, en su camino devastador, grandes desigualdades y discriminación. ¡Y las ha incrementado!

Por tanto, la respuesta a la pandemia es doble. Por un lado, es indispensable encontrar la cura para un virus pequeño pero terrible, que pone de rodillas a todo el mundo. Por el otro, tenemos que curar un gran virus, el de la injusticia social, de la desigualdad de oportunidades, de la marginación y de la falta de protección de los más débiles. En esta doble respuesta de sanación hay una elección que, según el Evangelio, no puede faltar: es la opción preferencial por los pobres (cfr. Exhort. ap. *Evangelii gaudium* [EG], 195). Y esta no es una opción política; ni tampoco una opción ideológica, una opción de partidos. La opción preferencial por los pobres está en el centro del Evangelio. Y el primero en hacerlo ha sido Jesús; lo hemos escuchado en el pasaje de la Carta a los Corintios que se ha leído al inicio. Él, siendo rico, se ha hecho pobre para enriquecernos a nosotros. Se ha hecho uno de nosotros y por esto, en el centro del Evangelio, en el centro del anuncio de Jesús está esta opción.

Cristo mismo, que es Dios, se ha despojado a sí mismo, haciéndose igual a los hombres; y no ha elegido una vida de privilegio, sino que ha elegido la condición de siervo (cfr. *Fil* 2, 6-7). Se aniquiló a sí mismo convirtiéndose en siervo. Nació en una familia humilde y trabajó como artesano. Al principio de su predicación, anunció que en el Reino de Dios los pobres son bienaventurados (cfr. *Mt* 5, 3; *Lc* 6, 20; EG, 197). Estaba en medio de los enfermos, los pobres y los excluidos, mostrándoles el amor misericordioso de Dios (cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 2444). Y muchas veces ha sido juzgado como un hombre impuro porque iba donde los enfermos, los leprosos, que según la ley de la época eran impuros. Y Él ha corrido el riesgo por estar cerca de los pobres.

Por esto, los seguidores de Jesús se reconocen por su cercanía a los pobres, a los pequeños, a los enfermos y a los presos, a los excluidos, a los olvidados, a

quien está privado de alimento y ropa (cfr. *Mt* 25, 31-36; *CIC*, 2443). Podemos leer ese famoso parámetro sobre el cual seremos juzgados todos, seremos juzgados todos. Es Mateo, capítulo 25. Este es un criterio-clave de autenticidad cristiana (cfr. *Gal* 2,10; *EG*, 195). Algunos piensan, erróneamente, que este amor preferencial por los pobres sea una tarea para pocos, pero en realidad es la misión de toda la Iglesia, decía San Juan Pablo II (cfr. S. Juan Pablo II, Enc. *Sollicitudo rei socialis*, 42). «Cada cristiano y cada comunidad están llamados a ser instrumentos de Dios para la liberación y promoción de los pobres» (*EG*, 187).

La fe, la esperanza y el amor necesariamente nos empujan hacia esta preferencia por los más necesitados,[1] que va más allá de la pura necesaria asistencia (cfr. *EG*, 198). Implica de hecho el caminar juntos, el dejarse evangelizar por ellos, que conocen bien al Cristo sufriente, el dejarse “contagiar” por su experiencia de la salvación, de su sabiduría y de su creatividad (cfr. *ibid.*). Compartir con los pobres significa enriquecerse mutuamente. Y, si hay estructuras sociales enfermas que les impiden soñar por el futuro, tenemos que trabajar juntos para sanarlas, para cambiarlas (cfr. *ibid.*, 195). Y a esto conduce el amor de Cristo, que nos ha amado hasta el extremo (cfr. *Jn* 13, 1) y llega hasta los confines, a los márgenes, a las fronteras existenciales. Llevar las periferias al centro significa centrar nuestra vida en Cristo, que «se ha hecho pobre» por nosotros, para enriquecernos «por medio de su pobreza» (*2 Cor* 8, 9).[2]

Todos estamos preocupados por las consecuencias sociales de la pandemia. Todos. Muchos quieren volver a la normalidad y retomar las actividades económicas. Cierto, pero esta “normalidad” no debería comprender las injusticias sociales y la degradación del ambiente. La pandemia es una crisis y de una crisis no se sale iguales: o salimos mejores o salimos peores. Nosotros debemos salir mejores, para mejorar las injusticias sociales y la degradación ambiental. Hoy tenemos una ocasión para construir algo diferente. Por ejemplo, podemos hacer crecer una economía de desarrollo integral de los pobres y no de asistencialismo. Con esto no quiero condenar la asistencia, las obras de asistencia son importantes. Pensemos en el voluntariado, que es una de las estructuras más bellas que tiene la Iglesia italiana. Pero tenemos que ir más allá y resolver los problemas que nos impulsan a hacer asistencia. Una economía que no recurra a remedios que en realidad envenenan la sociedad, como los rendimientos disociados de la creación de puestos de trabajo dignos (cfr. *EG*, 204). Este tipo de beneficios está disociado por la economía real, la que debería dar beneficio a la gente común (cfr. Enc. *Laudato si’* [*LS*], 109), y además resulta a veces indiferente a los daños infligidos a la casa común. La opción preferencial por los pobres, esta exigencia ético-social que proviene del amor de Dios (cfr. *LS*, 158), nos da el impulso a pensar y a diseñar una economía donde las personas, y sobre todo los más pobres, estén en el centro. Y nos anima también a proyectar

la cura del virus privilegiando a aquellos que más lo necesitan. ¡Sería triste si en la vacuna para el Covid-19 se diera la prioridad a los ricos! Sería triste si esta vacuna se convirtiera en propiedad de esta o aquella nación y no sea universal y para todos. Y qué escándalo sería si toda la asistencia económica que estamos viendo -la mayor parte con dinero público- se concentrase en rescatar industrias que no contribuyen a la inclusión de los excluidos, a la promoción de los últimos, al bien común o al cuidado de la creación (*ibid.*). Hay criterios para elegir cuáles serán las industrias para ayudar: las que contribuyen a la inclusión de los excluidos, a la promoción de los últimos, al bien común y al cuidado de la creación. Cuatro criterios.

Si el virus tuviera nuevamente que intensificarse en un mundo injusto para los pobres y los más vulnerables, tenemos que cambiar este mundo. Con el ejemplo de Jesús, el médico del amor divino integral, es decir de la sanación física, social y espiritual (cfr. *Jn* 5, 6-9) -como era la sanación que hacía Jesús-, tenemos que actuar ahora, para sanar las epidemias provocadas por pequeños virus invisibles, y para sanar esas provocadas por las grandes y visibles injusticias sociales. Propongo que esto se haga a partir del amor de Dios, poniendo las periferias en el centro y a los últimos en primer lugar. No olvidar ese parámetro sobre el cual seremos juzgados, Mateo, capítulo 25. Pongámoslo en práctica en este repunte de la epidemia. Y a partir de este amor concreto, anclado en la esperanza y fundado en la fe, un mundo más sano será posible. De lo contrario, saldremos peor de esta crisis. Que el Señor nos ayude, nos dé la fuerza para salir mejores, respondiendo a la necesidad del mundo de hoy.

## NOTAS:

- 
- [1] Cfr. Congregación para la Doctrina de la Fe, *Instrucción sobre algunos aspectos de la "Teología de la Liberación"* (1984), cap. V.
- [2] Benedicto XVI, *Discurso inaugural de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe* (13 de mayo de 2007), 3.

***Biblioteca del Palacio Apostólico. Miércoles, 26 de agosto de 2020******Catequesis - “Curar el mundo”: 4. El destino universal de los bienes y la virtud de la esperanza***

*Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!*

Ante de la pandemia y sus consecuencias sociales, muchos corren el riesgo de perder la esperanza. En este tiempo de incertidumbre y de angustia, invito a todos a acoger el don de la esperanza que viene de Cristo. Él nos ayuda a navegar en las aguas turbulentas de la enfermedad, de la muerte y de la injusticia, que no tienen la última palabra sobre nuestro destino final.

La pandemia ha puesto de relieve y agravado problemas sociales, sobre todo la desigualdad. Algunos pueden trabajar desde casa, mientras que para muchos otros esto es imposible. Ciertos niños, a pesar de las dificultades, pueden seguir recibiendo una educación escolar, mientras que para muchísimos otros esta se ha interrumpido bruscamente. Algunas naciones poderosas pueden emitir moneda para afrontar la emergencia, mientras que para otras esto significaría hipotecar el futuro.

Estos síntomas de desigualdad revelan una enfermedad social; es un virus que viene de una economía enferma. Tenemos que decirlo sencillamente: la economía está enferma. Se ha enfermado. Es el fruto de un crecimiento económico injusto -esta es la enfermedad: el fruto de un crecimiento económico injusto- que prescinde de los valores humanos fundamentales. En el mundo de hoy, unos pocos muy ricos poseen más que todo el resto de la humanidad. Repito esto porque nos hará pensar: pocos muy ricos, un grupito, poseen más que todo el resto de la humanidad. Esto es estadística pura. ¡Es una injusticia que clama al cielo! Al mismo tiempo, este modelo económico es indiferente a los daños infligidos a la casa común. No cuida de la casa común. Estamos cerca de superar muchos de los límites de nuestro maravilloso planeta, con consecuencias graves e irreversibles: de la pérdida de biodiversidad y del cambio climático hasta el aumento del nivel de los mares y a la destrucción de los bosques tropicales. La desigualdad social y el degrado ambiental van de la mano y tienen la misma raíz (cfr. Enc. *Laudato si'*, 101): la del pecado de querer poseer, de querer dominar a los hermanos y las hermanas, de querer poseer y dominar la naturaleza y al mismo Dios. Pero este no es el diseño de la creación.

«Al comienzo Dios confió la tierra y sus recursos a la administración común de la humanidad para que tuviera cuidado de ellos» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 2402). Dios nos ha pedido dominar la tierra en su nombre (cfr. *Gen* 1, 28), cultivándola y cuidándola como un jardín, el jardín de todos (cfr. *Gen* 2,15). «Mientras “labrar” significa cultivar, arar o trabajar [...], “cuidar” significa proteger, custodiar, preservar» (*LS*, 67). Pero cuidado con no interpretar esto como

carta blanca para hacer de la tierra lo que uno quiere. No. Existe «una relación de reciprocidad responsable» (*ibid.*) entre nosotros y la naturaleza. Una relación de reciprocidad responsable entre nosotros y la naturaleza. Recibimos de la creación y damos a nuestra vez. «Cada comunidad puede tomar de la bondad de la tierra lo que necesita para su supervivencia, pero también tiene el deber de protegerla» (*ibid.*). Ambas partes.

De hecho, la tierra «nos precede y nos ha sido dada» (*ibid.*), ha sido dada por Dios «a toda la humanidad» (*CIC*, 2402). Y por tanto es nuestro deber hacer que sus frutos lleguen a todos, no solo a algunos. Y este es un elemento-clave de nuestra relación con los bienes terrenos. Como recordaban los padres del Concilio Vaticano II «el hombre, al usarlos, no debe tener las cosas exteriores que legítimamente posee como exclusivamente suyas, sino también como comunes, en el sentido de que no le aprovechen a él solamente, sino también a los demás» (Const. past. *Gaudium et spes*, 69). De hecho, «la propiedad de un bien hace de su dueño un administrador de la providencia para hacerlo fructificar y comunicar sus beneficios a otros» (*CIC*, 2404). Nosotros somos administradores de los bienes, no dueños. Administradores. “Sí, pero el bien es mío”. Es verdad, es tuyo, pero para administrarlo, no para tenerlo egoístamente para ti.

Para asegurar que lo que poseemos lleve valor a la comunidad, «la *autoridad política* tiene el derecho y el deber de regular en función del bien común el ejercicio legítimo del derecho de propiedad» (*ibid.*, 2406)[1]. La «subordinación de la propiedad privada al *destino universal de los bienes* [...] es una “regla de oro” del comportamiento social y el primer principio de todo el ordenamiento ético-social» (*LS*, 93)[2].

Las propiedades, el dinero son instrumentos que pueden servir a la misión. Pero los transformamos fácilmente en fines, individuales o colectivos. Y cuando esto sucede, se socavan los valores humanos esenciales. El *homo sapiens* se deforma y se convierte en una especie de *homo aeconomicus* -en un sentido peor- individualista, calculador y dominador. Nos olvidamos de que, siendo creados a imagen y semejanza de Dios, somos seres sociales, creativos y solidarios, con una inmensa capacidad de amar. Nos olvidamos a menudo de esto. De hecho, somos los seres más cooperativos entre todas las especies, y florecemos en comunidad, como se ve bien en la experiencia de los santos[3]. Hay un dicho español que me ha inspirado esta frase, y dice así: florecemos en racimo como los santos. Florecemos en comunidad como se ve en la experiencia de los santos.

Cuando la obsesión por poseer y dominar excluye a millones de personas de los bienes primarios; cuando la desigualdad económica y tecnológica es tal que lacera el tejido social; y cuando la dependencia de un progreso material ilimitado amenaza la casa común, entonces no podemos quedarnos mirando. No, esto es desolador. ¡No podemos quedarnos mirando! Con la mirada fija en Jesús

(cfr. *Heb* 12, 2) y con la certeza de que su amor obra mediante la comunidad de sus discípulos, debemos actuar todos juntos, en la esperanza de generar algo diferente y mejor. La esperanza cristiana, enraizada en Dios, es nuestra ancla. Ella sostiene la voluntad de compartir, reforzando nuestra misión como discípulos de Cristo, que ha compartido todo con nosotros.

Y esto lo entendieron las primeras comunidades cristianas, que como nosotros vivieron tiempos difíciles. Conscientes de formar un solo corazón y una sola alma, ponían todos sus bienes en común, testimoniando la gracia abundante de Cristo sobre ellos (cfr. *Hch* 4, 32-35). Nosotros estamos viviendo una crisis. La pandemia nos ha puesto a todos en crisis. Pero recordad: de una crisis no se puede salir iguales, o salimos mejores, o salimos peores. Esta es nuestra opción. Después de la crisis, ¿seguiremos con este sistema económico de injusticia social y de desprecio por el cuidado del ambiente, de la creación, de la casa común? Pensémoslo. Que las comunidades cristianas del siglo XXI puedan recuperar esta realidad -el cuidado de la creación y la justicia social: van juntas-, dando así testimonio de la Resurrección del Señor. Si cuidamos los bienes que el Creador nos dona, si ponemos en común lo que poseemos de forma que a nadie le falte, entonces realmente podremos inspirar esperanza para regenerar un mundo más sano y más justo.

Y para finalizar, pensemos en los niños. Leed las estadísticas: cuántos niños, hoy, mueren de hambre por una no buena distribución de las riquezas, por un sistema económico como he dicho antes; y cuántos niños, hoy, no tienen derecho a la escuela, por el mismo motivo. Que esta imagen, de los niños necesitados por hambre y por falta de educación, nos ayude a entender que después de esta crisis debemos salir mejores. Gracias.

## NOTAS:

[1] Cfr. *GS*, 71; S. Juan Pablo II, Carta Enc. *Sollicitudo rei socialis*, 42; Cart. Enc. *Centesimus annus*, 40.48.

[2] Cfr. S. Juan Pablo II, Carta Enc. *Laborem exercens*, 19.

[3] “*Florece en racimo, como los santos*”: expresión común en lengua española.

***Patio de San Dámaso. Miércoles, 2 de septiembre de 2020***

***Catequesis - “Curar el mundo”: 5. La solidaridad y la virtud de la fe***

*Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!*

Después de tantos meses retomamos nuestro encuentro cara a cara y no pantalla a pantalla. Cara a cara. ¡Esto es bonito! La pandemia actual ha puesto de re-

lieve nuestra interdependencia: todos estamos vinculados, los unos con los otros, tanto en el bien como en el mal. Por eso, para salir mejores de esta crisis, debemos hacerlo juntos. Juntos, no solos, juntos. Solos no, ¡porque no se puede! O se hace juntos o no se hace. Debemos hacerlo juntos, todos, en la solidaridad. Hoy quisiera subrayar esta palabra: solidaridad.

Como familia humana tenemos el origen común en Dios; vivimos en una casa común, el planeta-jardín, la tierra en la que Dios nos ha puesto; y tenemos un destino común en Cristo. Pero cuando olvidamos todo esto, nuestra interdependencia se convierte en dependencia de unos hacia otros - perdemos esta armonía de interdependencia en la solidaridad -, aumentando la desigualdad y la marginación; se debilita el tejido social y se deteriora el ambiente. Siempre es lo mismo que actuar.

Por tanto, el principio de solidaridad es hoy más necesario que nunca, como ha enseñado Juan Pablo II (cfr. Enc. *Sollicitudo rei socialis*, 38-40). De una forma interconectada, experimentamos qué significa vivir en la misma “aldea global”. Es bonita esta expresión: el gran mundo no es otra cosa que una aldea global, porque todo está interconectado. Pero no siempre transformamos esta interdependencia en solidaridad. Hay un largo camino entre la interdependencia y la solidaridad. Los egoísmos - individuales, nacionales y de los grupos de poder - y las rigideces ideológicas alimentan, al contrario, «estructuras de pecado» (*ibid.*, 36).

«La palabra “solidaridad” está un poco desgastada y a veces se la interpreta mal, pero es mucho más que algunos actos esporádicos de generosidad. ¡Es más! Supone crear una nueva mentalidad que piense en términos de comunidad, de prioridad de la vida de todos sobre la apropiación de los bienes por parte de algunos» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 188). Esto significa solidaridad. No es solo cuestión de ayudar a los otros -esto está bien hacerlo, pero es más-: se trata de justicia (cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1938-1940). La interdependencia, para ser solidario y fructífero, necesita raíces fuertes en la humanidad y en la naturaleza creada por Dios, necesita respeto por los rostros y la tierra.

La Biblia, desde el principio, nos advierte. Pensemos en el pasaje de la Torre de Babel (cfr. *Gen* 11, 1-9) que describe lo que sucede cuando tratamos de llegar al cielo -nuestra meta- ignorando el vínculo con la humanidad, con la creación y con el Creador. Es una forma de hablar: esto sucede cada vez que uno quiere subir, subir, sin tener en cuenta a los otros. ¡Yo solo! Pensemos en la torre. Construimos torres y rascacielos, pero destruimos la comunidad. Unificamos edificios y lenguas, pero mortificamos la riqueza cultural. Queremos ser amos de la Tierra, pero arruinamos la biodiversidad y el equilibrio ecológico. Os conté en alguna otra audiencia de esos pescadores de San Benedetto del Tronto que vinieron este año y me dijeron: “Hemos sacado del mar 24 toneladas de basura, de las cuales la mitad era plástico”. ¡Pensad! Estos tienen el espíritu de recoger los peces, sí,

pero también la basura y sacarla para limpiar el mar. Pero esta [contaminación] es arruinar la tierra, no tener solidaridad con la tierra que es un don y un equilibrio ecológico.

Recuerdo una historia medieval que describe este “síndrome de Babel”, que es cuando no hay solidaridad. Esta historia medieval dice que, durante la construcción de la torre, cuando un hombre caía -eran esclavos- y moría nadie decía nada, como mucho: “Pobrecillo, se ha equivocado y ha caído”. Sin embargo, si caía un ladrillo, todos se lamentaban. ¡Y si alguno era culpable, era castigado! ¿Por qué? Porque un ladrillo era caro de hacer, de preparar, de cocer. Se necesitaba tiempo y trabajo para hacer un ladrillo. Un ladrillo valía más que la vida humana. Cada uno de nosotros piense en qué sucede hoy. Lamentablemente también hoy puede suceder algo parecido. Cae la cuota del mercado financiero -lo hemos visto en los periódicos estos días- y la noticia está en todas las agencias. Caen miles de personas por el hambre, la miseria y nadie habla de ello.

Diametralmente opuesto a Babel es Pentecostés (cfr. *Hch* 2, 1-3), lo hemos escuchado al principio de la audiencia. El Espíritu Santo, descendiendo del alto como viento y fuego, inviste la comunidad cerrada en el cenáculo, la infunde la fuerza de Dios, la impulsa a salir, a anunciar a todos a Jesús Señor. El Espíritu crea la unidad en la diversidad, crea la armonía. En la historia de la Torre de Babel no hay armonía; había ese ir adelante para ganar. Allí, el hombre era un mero instrumento, mera “fuerza-trabajo”, pero aquí, en Pentecostés, cada uno de nosotros es un instrumento, pero un instrumento comunitario que participa con todo su ser a la edificación de la comunidad. San Francisco de Asís lo sabía bien, y animado por el Espíritu daba a todas las personas, es más, a las criaturas, el nombre de hermano o hermana (cfr. *LS*, 11; cfr. San Buenaventura, *Legenda maior*, VIII, 6: *FF* 1145). También el hermano lobo, recordemos.

Con Pentecostés, Dios se hace presente e inspira la fe de la comunidad unida en la diversidad y en la solidaridad. Diversidad y solidaridad unidas en armonía, este es el camino. Una diversidad solidaria posee los “anticuerpos” para que la singularidad de cada uno - que es un don, único e irrepetible - no se enferme de individualismo, de egoísmo. La diversidad solidaria posee también los anticuerpos para sanar estructuras y procesos sociales que han degenerado en sistemas de injusticia, en sistemas de opresión (cfr. *Compendio de la doctrina social de la Iglesia*, 192). Por tanto, la solidaridad hoy es el camino para recorrer hacia un mundo post-pandemia, hacia la sanación de nuestras enfermedades interpersonales y sociales. No hay otra. O vamos adelante con el camino de la solidaridad o las cosas serán peores. Quiero repetirlo: de una crisis no se sale igual que antes. La pandemia es una crisis. De una crisis se sale o mejores o peores. Tenemos que elegir nosotros. Y la solidaridad es precisamente un camino para salir de la crisis mejores, no con cambios superficiales, con una capa de pintura así y todo está

bien. No. ¡Mejores!

En medio de la crisis, una solidaridad guiada por la fe nos permite traducir el amor de Dios en nuestra cultura globalizada, no construyendo torres o muros -y cuántos muros se están construyendo hoy- que dividen pero después caen, sino tejiendo comunidad y apoyando procesos de crecimiento verdaderamente humano y solidario. Y para esto ayuda la solidaridad. Hago una pregunta: ¿yo pienso en las necesidades de los otros? Cada uno que responda en su corazón.

En medio de crisis y tempestades, el Señor nos interpela y nos invita a despertar y activar esta solidaridad capaz de dar solidez, apoyo y un sentido a estas horas en las que todo parece naufragar. Que la creatividad del Espíritu Santo pueda animarnos a generar nuevas formas de hospitalidad familiar, de fraternidad fecunda y de solidaridad universal. Gracias.

***Patío de San Dámaso. Miércoles, 9 de septiembre de 2020***  
***Catequesis - “Curar el mundo”: 6. Amor y bien común***

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

La crisis que estamos viviendo a causa de la pandemia golpea a todos; podemos salir mejores si buscamos todos juntos el bien común; al contrario, saldremos peores. Lamentablemente, asistimos al surgimiento de intereses partidistas. Por ejemplo, hay quien quisiera apropiarse de posibles soluciones, como en el caso de las vacunas y después venderlas a los otros. Algunos aprovechan la situación para fomentar divisiones: para buscar ventajas económicas o políticas, generando o aumentando conflictos. Otros simplemente no se interesan por el sufrimiento de los demás, pasan por encima y van por su camino (cfr. Lc 10, 30-32). Son los devotos de Poncio Pilato, se lavan las manos.

La respuesta cristiana a la pandemia y a las consecuentes crisis socio-económicas se basa en el amor, ante todo el amor de Dios que siempre nos precede (cfr. 1 Jn 4, 19). Él nos ama primero, Él siempre nos precede en el amor y en las soluciones. Él nos ama incondicionalmente, y cuando acogemos este amor divino, entonces podemos responder de forma parecida. Amo no solo a quien me ama: mi familia, mis amigos, mi grupo, sino también a los que no me aman, amo también a los que no me conocen, amo también a lo que son extranjeros, y también a los que me hacen sufrir o que considero enemigos (cfr. Mt 5, 44). Esta es la sabiduría cristiana, esta es la actitud de Jesús. Y el punto más alto de la santidad, digamos así, es amar a los enemigos, y no es fácil. Ciertamente, amar a todos, incluidos los enemigos, es difícil -¡diría que es un arte!-. Pero es un arte que se puede aprender y mejorar. El amor verdadero, que nos hace fecundos y libres, es

siempre expansivo e inclusivo. Este amor cura, sana y hace bien. Muchas veces hace más bien una caricia que muchos argumentos, una caricia de perdón y no tantos argumentos para defenderse. Es el amor inclusivo que sana.

Por tanto, el amor no se limita a las relaciones entre dos o tres personas, o a los amigos, o a la familia, va más allá. Incluye las relaciones cívicas y políticas (cfr. Catecismo de la Iglesia Católica [CIC], 1907-1912), incluso la relación con la naturaleza (Enc. *Laudato si'* [LS], 231). Como somos seres sociales y políticos, una de las más altas expresiones de amor es precisamente la social y política, decisiva para el desarrollo humano y para afrontar todo tipo de crisis (ibid., 231). Sabemos que el amor fructifica a las familias y las amistades; pero está bien recordar que fructifica también las relaciones sociales, culturales, económicas y políticas, permitiéndonos construir una “civilización del amor”, como le gustaba decir a san Pablo VI[1] y, siguiendo su huella, a san Juan Pablo II. Sin esta inspiración, prevalece la cultura del egoísmo, de la indiferencia, del descarte, es decir descartar lo que yo no quiero, lo que no puedo amar o aquellos que a mí me parece que son inútiles en la sociedad. Hoy a la entrada una pareja me ha dicho: “Rece por nosotros porque tenemos un hijo discapacitado”. Yo he preguntado: “¿Cuántos años tiene? -Tantos -¿Y qué hace? -Nosotros le acompañamos, le ayudamos”. Toda una vida de los padres para ese hijo discapacitado. Esto es amor. Y los enemigos, los adversarios políticos, según nuestra opinión, parecen ser discapacitados políticos o sociales, pero parecen. Solo Dios sabe si lo son o no. Pero nosotros debemos amarles, debemos dialogar, debemos construir esta civilización del amor, esta civilización política, social, de la unidad de toda la humanidad. Todo esto es lo opuesto a las guerras, divisiones, envidias, también de las guerras en familia. El amor inclusivo es social, es familiar, es político: ¡el amor lo impregna todo!

El coronavirus nos muestra que el verdadero bien para cada uno es un bien común y, viceversa, el bien común es un verdadero bien para la persona (cfr. CIC, 1905-1906). Si una persona busca solamente el propio bien es un egoísta. Sin embargo la persona es más persona, precisamente cuando el propio bien lo abre a todos, lo comparte. La salud, además de individual, es también un bien público. Una sociedad sana es la que cuida de la salud de todos.

Un virus que no conoce barreras, fronteras o distinciones culturales y políticas debe ser afrontado con un amor sin barreras, fronteras o distinciones. Este amor puede generar estructuras sociales que nos animen a compartir más que a competir, que nos permitan incluir a los más vulnerables y no descartarlos, y que nos ayuden a expresar lo mejor de nuestra naturaleza humana y no lo peor. El verdadero amor no conoce la cultura del descarte, no sabe qué es. De hecho, cuando amamos y generamos creatividad, cuando generamos confianza y solidaridad, es ahí que emergen iniciativas concretas por el bien común[2]. Y esto vale tanto a nivel de las pequeñas y grandes comunidades, como a nivel internacional. Lo que

se hace en familia, lo que se hace en el barrio, lo que se hace en el pueblo, lo que se hace en la gran ciudad e internacionalmente es lo mismo: es la misma semilla que crece y da fruto. Si tú en familia, en el barrio empiezas con la envidia, con la lucha, al final habrá la “guerra”. Sin embargo si tú empiezas con el amor, a compartir el amor, el perdón, entonces habrá amor y perdón para todos.

Al contrario, si las soluciones a la pandemia llevan la huella del egoísmo, ya sea de personas, empresas o naciones, quizá podamos salir del coronavirus, pero ciertamente no de la crisis humana y social que el virus ha resaltado y acentuado. Por tanto, ¡estad atentos con construir sobre la arena (cfr. Mt 7, 21-27)! Para construir una sociedad sana, inclusiva, justa y pacífica, debemos hacerlo encima de la roca del bien común[3]. El bien común es una roca. Y esto es tarea de todos nosotros, no solo de algún especialista. Santo Tomás de Aquino decía que la promoción del bien común es un deber de justicia que recae sobre cada ciudadano. Cada ciudadano es responsable del bien común. Y para los cristianos es también una misión. Como enseña san Ignacio de Loyola, orientar nuestros esfuerzos cotidianos hacia el bien común es una forma de recibir y difundir la gloria de Dios.

Lamentablemente, la política a menudo no goza de buena fama, y sabemos el porqué. Esto no quiere decir que los políticos sean todos malos, no, no quiero decir esto. Solamente digo que lamentablemente la política a menudo no goza de buena fama. Pero no hay que resignarse a esta visión negativa, sino reaccionar demostrando con los hechos que es posible, es más, necesaria una buena política[4], la que pone en el centro a la persona humana y el bien común. Si vosotros leéis la historia de la humanidad encontraréis muchos políticos santos que han ido por este camino. Es posible en la medida en la que cada ciudadano, y de forma particular quien asume compromisos y encargos sociales y políticos, arraigue su actuación en los principios éticos y la anime con el amor social y político. Los cristianos, de forma particular los fieles laicos, están llamados a dar buen testimonio de esto y pueden hacerlo gracias a la virtud de la caridad, cultivando la intrínseca dimensión social.

Es por tanto tiempo de incrementar nuestro amor social -quiero subrayar esto: nuestro amor social-, contribuyendo todos, a partir de nuestra pequeñez. El bien común requiere la participación de todos. Si cada uno pone de su parte, y si no se deja a nadie fuera, podremos regenerar buenas relaciones a nivel comunitario, nacional, internacional y también en armonía con el ambiente (cfr. LS, 236). Así en nuestros gestos, también en los más humildes, se hará visible algo de la imagen de Dios que llevamos en nosotros, porque Dios es Trinidad, Dios es amor. Esta es la definición más bonita de Dios en la Biblia. Nos la da el apóstol Juan, que amaba mucho a Jesús: Dios es amor. Con su ayuda, podemos sanar al mundo trabajando todos juntos por el bien común, no solo por el propio bien, sino por el bien común, de todos.

**NOTAS:**

- [1] Mensaje para la X Jornada Mundial de la Paz 1 de enero de 1977: AAS 68 (1976), 709.  
[2] Cfr. S. Juan Pablo II, Carta Enc. *Sollicitudo rei socialis*, 38.  
[3] *Ibid.*, 10.  
[4] Cfr. Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz 1 de enero de 2019 (8 de diciembre de 2018).

***Patio de San Dámaso. Miércoles, 16 de septiembre de 2020***  
***Catequesis - “Curar el mundo”: 7. Cuidado de la casa común y actitud contemplativa***

*Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!*

Para salir de una pandemia, es necesario cuidarse y cuidarnos mutuamente. También debemos apoyar a quienes cuidan a los más débiles, a los enfermos y a los ancianos. Existe la costumbre de dejar de lado a los ancianos, de abandonarlos: está muy mal. Estas personas -bien definidas por el término español “cuidadores”-, los que cuidan de los enfermos, desempeñan un papel esencial en la sociedad actual, aunque a menudo no reciban ni el reconocimiento ni la remuneración que merecen. El cuidado es una regla de oro de nuestra humanidad y trae consigo salud y esperanza (cf. Enc. *Laudato si’* [LS], 70). Cuidar de quien está enfermo, de quien lo necesita, de quien ha sido dejado de lado: es una riqueza humana y también cristiana,

Este cuidado abraza también a nuestra casa común: la tierra y cada una de sus criaturas. Todas las formas de vida están interconectadas (cf. *ibid.*, 137-138), y nuestra salud depende de la de los ecosistemas que Dios ha creado y que nos ha encargado cuidar (cf. *Gn* 2, 15). Abusar de ellos, en cambio, es un grave pecado que daña, que perjudica y hace enfermar (cf. *LS*, 8; 66). El mejor antídoto contra este abuso de nuestra casa común es la contemplación (cf. *ibid.*, 85; 214). ¿Pero cómo? ¿No hay una vacuna al respecto, para el cuidado de la casa común, para no dejarla de lado? ¿Cuál es el antídoto para la enfermedad de no cuidar la casa común? Es la contemplación. «Cuando alguien no aprende a detenerse para percibir y valorar lo bello, no es extraño que todo se convierta para él en objeto de uso y abuso inescrupuloso» (*ibid.*, 215). Incluso en objeto de “usar y tirar”. Sin embargo, nuestro hogar común, la creación, no es un mero “recurso”. Las criaturas tienen un valor en sí y “reflejan, cada una a su manera, un rayo de la sabiduría y de la bondad infinitas de Dios” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 339). Pero ese valor y ese rayo de luz divina hay que descubrirlo y, para hacerlo, necesitamos silencio, necesitamos escuchar, necesitamos contemplar. También la contemplación cura el alma.

Sin contemplación es fácil caer en un antropocentrismo desviado y soberbio, el “yo” en el centro de todo, que sobredimensiona nuestro papel de seres humanos y nos posiciona como dominadores absolutos de todas las criaturas. Una interpretación distorsionada de los textos bíblicos sobre la creación ha contribuido a esta visión equivocada, que lleva a explotar la tierra hasta el punto de asfixiarla. Explotar la creación: ese es el pecado. Creemos que estamos en el centro, pretendiendo que ocupamos el lugar de Dios; y así arruinamos la armonía del diseño de Dios. Nos convertimos en depredadores, olvidando nuestra vocación de custodios de la vida. Naturalmente, podemos y debemos trabajar la tierra para vivir y desarrollarnos. Pero el trabajo no es sinónimo de explotación, y siempre va acompañado de cuidados: arar y proteger, trabajar y cuidar... Esta es nuestra misión (cf. *Gn* 2,15). No podemos esperar seguir creciendo a nivel material, sin cuidar la casa común que nos acoge. Nuestros hermanos y hermanas más pobres y nuestra madre tierra gimen por el daño y la injusticia que hemos causado y reclaman otro rumbo. Reclaman de nosotros una conversión, un cambio de ruta: cuidar también de la tierra, de la creación.

Es importante, pues, recuperar la dimensión contemplativa, es decir mirar la tierra y la creación como un don, no como algo que explotar para sacar beneficios. Cuando contemplamos, descubrimos en los demás y en la naturaleza algo mucho más grande que su utilidad. He aquí la clave del problema: contemplar es ir más allá de la utilidad de una cosa. Contemplar la belleza no significa explotarla: contemplar es gratuidad. Descubrimos el valor intrínseco de las cosas que les ha dado Dios. Como muchos maestros espirituales han enseñado, el cielo, la tierra, el mar, cada criatura posee esta capacidad icónica, esta capacidad mística para llevarnos de vuelta al Creador y a la comunión con la creación. Por ejemplo, San Ignacio de Loyola, al final de sus Ejercicios Espirituales, nos invita a la “Contemplación para alcanzar amor”, es decir, a considerar cómo Dios mira a sus criaturas y a regocijarse con ellas; a descubrir la presencia de Dios en sus criaturas y, con libertad y gracia, a amarlas y cuidarlas.

La contemplación, que nos lleva a una actitud de cuidado, no es mirar a la naturaleza desde el exterior, como si no estuviéramos inmersos en ella. Pero nosotros estamos dentro de la naturaleza, somos parte de la naturaleza. Se hace más bien desde dentro, reconociéndonos como parte de la creación, haciéndonos protagonistas y no meros espectadores de una realidad amorfa que solo serviría para explotaría. El que contempla de esta manera siente asombro no sólo por lo que ve, sino también porque se siente parte integral de esta belleza; y también se siente llamado a guardarla, a protegerla. Y hay algo que no debemos olvidar: quien no sabe contemplar la naturaleza y la creación, no sabe contemplar a las personas con toda su riqueza. Y quien vive para explotar la naturaleza, termina explotando a las personas y tratándolas como esclavos. Esta es una ley universal: si no sabes

contemplar la naturaleza, te será muy difícil contemplar a las personas, la belleza de las personas, a tu hermano, a tu hermana.

El que sabe contemplar, se pondrá más fácilmente manos a la obra para cambiar lo que produce degradación y daño a la salud. Se comprometerá a educar y a promover nuevos hábitos de producción y consumo, a contribuir a un nuevo modelo de crecimiento económico que garantice el respeto de la casa común y el respeto de las personas. El contemplativo en acción tiende a convertirse en custodio del medio ambiente: ¡qué hermoso es esto! Cada uno de nosotros debe ser custodio del ambiente, de la pureza del ambiente, tratando de conjugar los saberes ancestrales de las culturas milenarias con los nuevos conocimientos técnicos, para que nuestro estilo de vida sea sostenible.

En fin, *contemplar y cuidar*: ambas actitudes muestran el camino para corregir y reequilibrar nuestra relación como seres humanos con la creación. Muchas veces, nuestra relación con la creación parece ser una relación entre enemigos: destruir la creación para mi ventaja; explotar la creación para mi ventaja. No olvidemos que se paga caro; no olvidemos el dicho español: “Dios perdona siempre; nosotros perdonamos a veces; la naturaleza no perdona nunca”. Hoy leía en el periódico acerca de los dos grandes glaciares de la Antártida, cerca del Mar de Amundsen: están a punto de caer. Será terrible, porque el nivel del mar subirá y esto acarreará muchas, muchas dificultades y muchos males. ¿Y por qué? Por el sobrecalentamiento, por no cuidar del medio ambiente, por no cuidar de la casa común. En cambio, si tenemos esta relación -me permito usar la palabra- “fraternal”, en sentido figurado, con la creación, nos convertimos en custodios de la casa común, en custodios de la vida y en custodios de la esperanza, custodiaremos el patrimonio que Dios nos ha confiado para que las generaciones futuras puedan disfrutarlo. Y alguno podría decir: “Pero, yo me las arreglo así”. Pero el problema no es cómo te las arreglas hoy -esto lo decía un teólogo alemán, protestante, muy bueno: Bonhoeffer- el problema no es cómo te las arreglas hoy; el problema es: ¿cuál será la herencia, la vida de la futura generación? Pensemos en los hijos, en los nietos: ¿qué les dejaremos si explotamos la creación? Custodiemos este camino para que podamos convertirnos en “custodios” de la casa común, custodios de la vida y de la esperanza.

Custodiemos el patrimonio que Dios nos ha confiado para que las futuras generaciones puedan disfrutarlo. Pienso de manera especial en los pueblos indígenas, con los que todos tenemos una deuda de gratitud, incluso de penitencia, para reparar el daño que les hemos causado. Pero también pienso en aquellos movimientos, asociaciones y grupos populares, que se esfuerzan por proteger su territorio con sus valores naturales y culturales. Sin embargo, no siempre son apreciados e incluso, a veces, se les obstaculiza porque no producen dinero, cuando, en realidad, contribuyen a una revolución pacífica que podríamos llamar la

“revolución del cuidado”. Contemplar para cuidar, contemplar para custodiar, custodiarnos nosotros, a la creación, a nuestros hijos, a nuestros nietos, y custodiar el futuro. Contemplar para curar y para custodiar y para dejar una herencia a la futura generación.

Ahora bien, no hay que delegar en algunos lo que es la tarea de todo ser humano. Cada uno de nosotros puede y debe convertirse en un “custodio de la casa común”, capaz de alabar a Dios por sus criaturas, de contemplarlas y protegerlas.

***Patio de San Dámaso. Miércoles, 23 de septiembre de 2020***

**Catequesis - “Curar el mundo”: 8. Subsidiariedad y virtud de la esperanza**

Queridos hermanos y hermanas, ¡parece que el tiempo no es muy bueno, pero os digo buenos días igualmente!

Para salir mejores de una crisis como la actual, que es una crisis sanitaria y al mismo tiempo una crisis social, política y económica, cada uno de nosotros está llamado a asumir su parte de responsabilidad, es decir compartir la responsabilidad. Tenemos que responder no solo como individuos, sino también a partir de nuestro grupo de pertenencia, del rol que tenemos en la sociedad, de nuestros principios y, si somos creyentes, de la fe en Dios. Pero a menudo muchas personas no pueden participar en la reconstrucción del bien común porque son marginadas, son excluidas o ignoradas; ciertos grupos sociales no logran contribuir porque están ahogados económica o políticamente. En algunas sociedades, muchas personas no son libres de expresar la propia fe y los propios valores, las propias ideas: si las expresan van a la cárcel. En otros lugares, especialmente en el mundo occidental, muchos auto-reprimen las propias convicciones éticas o religiosas. Pero así no se puede salir de la crisis, o en cualquier caso no se puede salir mejores. Saldremos peores.

Para que todos podamos participar en el cuidado y la regeneración de nuestros pueblos, es justo que cada uno tenga los recursos adecuados para hacerlo (cfr. *Compendio de la doctrina social de la Iglesia [CDSC]*, 186). Después de la gran depresión económica de 1929, el Papa Pío XI explicó lo importante que era para una verdadera reconstrucción el *principio de subsidiariedad* (cfr. Enc. *Quadragesimo anno*, 79-80). Tal principio tiene un doble dinamismo: de arriba hacia abajo y de abajo hacia arriba. Quizá no entendamos qué significa esto, pero es un principio social que nos hace más unidos.

Por un lado, y sobre todo en tiempos de cambio, cuando los individuos, las familias, las pequeñas asociaciones o las comunidades locales no son capaces de alcanzar los objetivos primarios, entonces es justo que intervengan los niveles

más altos del cuerpo social, como el Estado, para proveer los recursos necesarios e ir adelante. Por ejemplo, debido al confinamiento por el coronavirus, muchas personas, familias y actividades económicas se han encontrado y todavía se encuentran en grave dificultad, por eso las instituciones públicas tratan de ayudar con apropiadas intervenciones sociales, económicas, sanitarias: esta es su función, lo que deben hacer.

Pero por otro lado, los vértices de la sociedad deben respetar y promover los niveles intermedios o menores. De hecho, la contribución de los individuos, de las familias, de las asociaciones, de las empresas, de todos los cuerpos intermedios y también de las Iglesias es decisiva. Estos, con los propios recursos culturales, religiosos, económicos o de participación cívica, revitalizan y refuerzan el cuerpo social (cfr. *CDSC*, 185). Es decir, hay una colaboración de arriba hacia abajo, del Estado central al pueblo y de abajo hacia arriba: de las asociaciones populares hacia arriba. Y esto es precisamente el ejercicio del principio de subsidiariedad.

Cada uno debe tener la posibilidad de asumir la propia responsabilidad en los procesos de sanación de la sociedad de la que forma parte. Cuando se activa algún proyecto que se refiere directa o indirectamente a determinados grupos sociales, estos no pueden ser dejados fuera de la participación. Por ejemplo: “¿Qué haces tú? -Yo voy a trabajar por los pobres. -Qué bonito, y ¿qué haces? -Yo enseñé a los pobres, yo digo a los pobres lo que deben hacer”. -No, esto no funciona, el primer paso es dejar que los pobres te digan cómo viven, qué necesitan: ¡Hay que dejar hablar a todos! Es así que funciona el principio de subsidiariedad. No podemos dejar fuera de la participación a esta gente; su sabiduría, la sabiduría de los grupos más humildes no puede dejarse de lado (cfr. Exhort. ap. postsin. *Querida Amazonia [QA]*, 32; Enc. *Laudato si'*, 63). Lamentablemente, esta injusticia se verifica a menudo allí donde se concentran grandes intereses económicos o geopolíticos, como por ejemplo ciertas actividades extractivas en algunas zonas del planeta (cfr. *QA*, 9.14). Las voces de los pueblos indígenas, sus culturas y visiones del mundo no se toman en consideración. Hoy, esta falta de respeto del *principio de subsidiariedad* se ha difundido como un virus. Pensemos en las grandes medidas de ayudas financieras realizadas por los Estados. Se escucha más a las grandes compañías financieras que a la gente o aquellos que mueven la economía real. Se escucha más a las compañías multinacionales que a los movimientos sociales. Queriendo decir esto con el lenguaje de la gente común: se escucha más a los poderosos que a los débiles y este no es el camino, no es el camino humano, no es el camino que nos ha enseñado Jesús, no es realizar el principio de subsidiariedad. Así no permitimos a las personas que sean «protagonistas del propio rescate»[1]. En el subconsciente colectivo de algunos políticos o de algunos sindicalistas está este lema: todo por el pueblo, nada con el pueblo. De arriba hacia abajo pero sin escuchar la sabiduría del pueblo, sin implementar esta sabiduría en el resolver los

problemas, en este caso para salir de la crisis. O pensemos también en la forma de curar el virus: se escucha más a las grandes compañías farmacéuticas que a los trabajadores sanitarios, comprometidos en primera línea en los hospitales o en los campos de refugiados. Este no es un buen camino. Todos tienen que ser escuchados, los que están arriba y los que están abajo, todos.

Para salir mejores de una crisis, el *principio de subsidiariedad* debe ser implementado, respetando la autonomía y la capacidad de iniciativa de todos, especialmente de los últimos. Todas las partes de un cuerpo son necesarias y, como dice San Pablo, esas partes que podrían parecer más débiles y menos importantes, en realidad son las más necesarias (cfr. *1 Cor* 12, 22). A la luz de esta imagen, podemos decir que el principio de subsidiariedad permite a cada uno asumir el propio rol para el cuidado y el destino de la sociedad. Aplicarlo, aplicar el principio de subsidiariedad da esperanza, da esperanza en un futuro más sano y justo; y este futuro lo construimos juntos, aspirando a las cosas más grandes, ampliando nuestros horizontes[2]. O juntos o no funciona. O trabajamos juntos para salir de la crisis, a todos los niveles de la sociedad, o no saldremos nunca. Salir de la crisis no significa dar una pincelada de barniz a las situaciones actuales para que parezcan un poco más justas. Salir de la crisis significa cambiar, y el verdadero cambio lo hacen todos, todas las personas que forman el pueblo. Todos los profesionales, todos. Y todos juntos, todos en comunidad. Si no lo hacen todos, el resultado será negativo.

En una catequesis precedente hemos visto cómo la solidaridad es el camino para salir de la crisis: nos une y nos permite encontrar propuestas sólidas para un mundo más sano. Pero este camino de solidaridad necesita la *subsidiariedad*. Alguien podrá decirme: “¡Pero padre hoy está hablando con palabras difíciles! Pero por esto trato de explicar qué significa. Solidarios, porque vamos en el camino de la subsidiariedad. De hecho, no hay verdadera solidaridad sin participación social, sin la contribución de los cuerpos intermedios: de las familias, de las asociaciones, de las cooperativas, de las pequeñas empresas, de las expresiones de la sociedad civil. Todos deben contribuir, todos. Tal participación ayuda a prevenir y corregir ciertos aspectos negativos de la globalización y de la acción de los Estados, como sucede también en el cuidado de la gente afectada por la pandemia. Estas contribuciones “desde abajo” deben ser incentivadas. Pero qué bonito es ver el trabajo de los voluntarios en la crisis. Los voluntarios que vienen de todas las partes sociales, voluntarios que vienen de las familias acomodadas y que vienen de las familias más pobres. Pero todos, todos juntos para salir. Esta es solidaridad y esto es el principio de subsidiariedad.

Durante el confinamiento nació de forma espontánea el gesto del aplauso para los médicos y los enfermeros y las enfermeras como signo de aliento y de esperanza. Muchos han arriesgado la vida y muchos han dado la vida. Extendemos

este aplauso a cada miembro del cuerpo social, a todos, a cada uno, por su valiosa contribución, por pequeña que sea. “¿Pero qué podrá hacer ese de allí? -Escúchale, dale espacio para trabajar, consúltale”. Aplaudimos a los “descartados”, los que esta cultura califica de “descartados”, esta cultura del descarte, es decir aplaudimos a los ancianos, a los niños, las personas con discapacidad, aplaudimos a los trabajadores, todos aquellos que se ponen al servicio. Todos colaboran para salir de la crisis. ¡Pero no nos detengamos solo en el aplauso! La esperanza es audaz, así que animémonos a soñar en grande. Hermanos y hermanas, ¡aprendamos a soñar en grande! No tengamos miedo de soñar en grande, buscando los ideales de justicia y de amor social que nacen de la esperanza. No intentemos reconstruir el pasado, el pasado es pasado, nos esperan cosas nuevas. El Señor ha prometido: “Yo haré nuevas todas las cosas”. Animémonos a soñar en grande buscando estos ideales, no tratemos de reconstruir el pasado, especialmente el que era injusto y ya estaba enfermo. Construyamos un futuro donde la dimensión local y la global se enriquecen mutuamente -cada uno puede dar su parte, cada uno debe dar su parte, su cultura, su filosofía, su forma de pensar-, donde la belleza y la riqueza de los grupos menores, también de los grupos descartados, pueda florecer porque también allí hay belleza, y donde quien tiene más se comprometa a servir y dar más a quien tiene menos.

## NOTAS:

- 
- [1] *Mensaje para la 106 Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado 2020* (13 de mayo de 2020).
- [2] Cfr. *Discurso a los jóvenes del Centro Cultural Padre Félix Varela*, La Habana – Cuba, 20 de septiembre de 2015.

*Patio de San Dámaso. Miércoles, 30 de septiembre de 2020*

**Catequesis - “Curar el mundo”: 9. Preparar el futuro junto con Jesús que salva y sana**

*Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!*

En las semanas pasadas, hemos reflexionado juntos, a la luz del Evangelio, sobre cómo sanar al mundo que sufre por un malestar que la pandemia ha evidenciado y acentuado. El malestar estaba: la pandemia lo ha evidenciado más, lo ha acentuado. Hemos recorrido los caminos de la dignidad, de la solidaridad y de la subsidiariedad, caminos indispensables para promover la dignidad humana y el bien común. Y como discípulos de Jesús, nos hemos propuesto seguir sus pasos optando por los pobres, repensando el uso de los bienes y cuidando la casa

común. En medio de la pandemia que nos aflige, nos hemos anclado en los principios de la doctrina social de la Iglesia, dejándonos guiar por la fe, la esperanza y la caridad. Aquí hemos encontrado una ayuda sólida para ser trabajadores de transformaciones que sueñan en grande, no se detienen en las mezquindades que dividen y hieren, sino que animan a generar un mundo nuevo y mejor.

Quisiera que este camino no termine con estas catequesis mías, sino que se pueda continuar caminando juntos, teniendo «fijos los ojos en Jesús» (*Hb* 12, 2), como hemos escuchado al principio; la mirada en Jesús que salva y sana al mundo. Como nos muestra el Evangelio, Jesús ha sanado a enfermos de todo tipo (cfr. *Mt* 9, 35), ha dado la vista a los ciegos, la palabra a los mudos, el oído a los sordos. Y cuando sanaba las enfermedades y las dolencias físicas, sanaba también el espíritu perdonando los pecados, porque Jesús siempre perdona, así como los “dolores sociales” incluyendo a los marginados (cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1421). Jesús, que renueva y reconcilia a cada criatura (cfr. *2 Cor* 5, 17; *Col* 1, 19-20), nos regala los dones necesarios para amar y sanar como Él sabía hacerlo (cfr. *Lc* 10, 1-9; *Jn* 15, 9-17), para cuidar de todos sin distinción de raza, lengua o nación.

Para que esto suceda realmente, necesitamos contemplar y apreciar la belleza de cada ser humano y de cada criatura. Hemos sido concebidos en el corazón de Dios (cfr. *Ef* 1, 3-5). «Cada uno de nosotros es el fruto de un pensamiento de Dios. Cada uno de nosotros es querido, cada uno de nosotros es amado, cada uno es necesario»[1]. Además, cada criatura tiene algo que decirnos de Dios creador (cfr. Enc. *Laudato si'*, 69. 239). Reconocer tal verdad y dar las gracias por los vínculos íntimos de nuestra comunión universal con todas las personas y con todas las criaturas, activa «un cuidado generoso y lleno de ternura» (*ibid.*, 220). Y nos ayuda también a reconocer a Cristo presente en nuestros hermanos y hermanas pobres y sufrientes, a encontrarles y escuchar su clamor y el clamor de la tierra que se hace eco (cfr. *ibid.*, 49).

Interiormente movilizados por estos gritos que nos reclaman otra ruta (cfr. *ibid.*, 53), reclaman cambiar, podremos contribuir a la nueva sanación de las relaciones con nuestros dones y nuestras capacidades (cfr. *ibid.*, 19). Podremos regenerar la sociedad y no volver a la llamada “normalidad”, que es una normalidad enferma, en realidad enferma antes de la pandemia: ¡la pandemia lo ha evidenciado! “Ahora volvemos a la normalidad”: no, esto no va porque esta normalidad estaba enferma de injusticias, desigualdades y degrado ambiental. La normalidad a la cual estamos llamados es la del Reino de Dios, donde «los ciegos ven y los cojos andan, los leprosos quedan limpios y los sordos oyen, los muertos resucitan y se anuncian a los pobres la Buena Nueva» (*Mt* 11, 5). Y nadie se hace pasar por tonto mirando a otro lado. Esto es lo que debemos hacer, para cambiar. En la normalidad del Reino de Dios el pan llega a todos y sobra, la organización

social se basa en el contribuir, compartir y distribuir, no en el poseer, excluir y acumular (cfr. *Mt* 14, 13-21). El gesto que hace ir adelante a una sociedad, una familia, un barrio, una ciudad, todos, es el de darse, dar, que no es dar una limosna, sino que es un darse que viene del corazón. Un gesto que aleja el egoísmo y el ansia de poseer. Pero la forma cristiana de hacer esto no es una forma mecánica: es una forma humana. Nosotros no podremos salir nunca de la crisis que se ha evidenciado por la pandemia, mecánicamente, con nuevos instrumentos -que son importantísimos, nos hacen ir adelante y de los cuales no hay que tener miedo-, sino sabiendo que los medios más sofisticados podrán hacer muchas cosas pero una cosa no la podrán hacer: la ternura. Y la ternura es la señal propia de la presencia de Jesús. Ese acercarse al prójimo para caminar, para sanar, para ayudar, para sacrificarse por el otro.

Así es importante esa normalidad del Reino de Dios: que el pan llegue a todos, que la organización social se base en el contribuir, compartir y distribuir, con ternura, no en el poseer, excluir y acumular. ¡Porque al final de la vida no llevaremos nada a la otra vida!

Un pequeño virus sigue causando heridas profundas y desenmascara nuestras vulnerabilidades físicas, sociales y espirituales. Ha expuesto la gran desigualdad que reina en el mundo: desigualdad de oportunidades, de bienes, de acceso a la sanidad, a la tecnología, a la educación: millones de niños no pueden ir al colegio, y así sucesivamente la lista. Estas injusticias no son naturales ni inevitables. Son obras del hombre, provienen de un modelo de crecimiento desprendido de los valores más profundos. El derroche de la comida que sobra: con ese derroche se puede dar de comer a todos. Y esto ha hecho perder la esperanza en muchos y ha aumentado la incertidumbre y la angustia. Por esto, para salir de la pandemia, tenemos que encontrar la cura no solamente para el coronavirus -¡que es importante!-, sino también para los grandes virus humanos y socioeconómicos. No hay que esconderlos, haciendo una capa de pintura para que no se vean. Y ciertamente no podemos esperar que el modelo económico que está en la base de un desarrollo injusto e insostenible resuelva nuestros problemas. No lo ha hecho y no lo hará, porque no puede hacerlo, incluso si ciertos falsos profetas siguen prometiendo “el efecto cascada” que no llega nunca[2]. Habéis escuchado vosotros, el teorema del vaso: lo importante es que el vaso se llene y así después cae sobre los pobres y sobre los otros, y reciben riquezas. Pero esto es un fenómeno: el vaso empieza a llenarse y cuando está casi lleno crece, crece y crece y no sucede nunca la cascada. Es necesario estar atentos.

Tenemos que ponernos a trabajar con urgencia para generar buenas políticas, diseñar sistemas de organización social en la que se premie la participación, el cuidado y la generosidad, en vez de la indiferencia, la explotación y los intereses particulares. Tenemos que ir adelante con la ternura. Una sociedad solidaria y

justa es una sociedad más sana. Una sociedad participativa -donde a los “últimos” se les tiene en consideración igual que a los “primeros”- refuerza la comunión. Una sociedad donde se respeta la diversidad es mucho más resistente a cualquier tipo de virus.

Ponemos este camino de sanación bajo la protección de la Virgen María, Virgen de la Salud. Ella, que llevó en el vientre a Jesús, nos ayude a ser confiados. Animados por el Espíritu Santo, podremos trabajar juntos por el Reino de Dios que Cristo ha inaugurado en este mundo, viniendo entre nosotros. Es un Reino de luz en medio de la oscuridad, de justicia en medio de tantos ultrajes, de alegría en medio de tantos dolores, de sanación y de salvación en medio de las enfermedades y la muerte, de ternura en medio del odio. Dios nos conceda “viralizar” el amor y globalizar la esperanza a la luz de la fe.

#### **NOTAS:**

---

- [1] Benedicto XVI, *Homilía por el inicio del ministerio petrino* (24 de abril de 2005); cfr. Carta Enc. *Laudato si'*, 65.
- [2] “*Trickle-down effect*” en inglés, “*derrame*” en español (cfr. Exhort. Ap. *Evangelii gaudium*, 54).

# SANTA SEDE

## CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE

Carta, *SAMARITANUS BONUS*, sobre el cuidado de las personas en las fases críticas y terminales de la vida

### ÍNDICE

#### Introducción

#### I. Hacerse cargo del prójimo

#### II. La experiencia viviente del Cristo sufriente y el anuncio de la esperanza

#### III. El “corazón que ve” del Samaritano: la vida humana es un don sagrado e inviolable

#### IV. Los obstáculos culturales que oscurecen el valor sagrado de toda vida humana

#### V. La enseñanza del Magisterio

1. *La prohibición de la eutanasia y el suicidio asistido*

2. *La obligación moral de evitar el ensañamiento terapéutico*

3. *Los cuidados básicos: el deber de alimentación e hidratación*

4. *Los cuidados paliativos*

5. *El papel de la familia y los hospices*

6. *El acompañamiento y el cuidado en la edad prenatal y pediátrica*

7. *Terapias analgésicas y supresión de la conciencia*

8. *El estado vegetativo y el estado de mínima consciencia*

9. *La objeción de conciencia por parte de los agentes sanitarios y de las instituciones sanitarias católicas*

10. *El acompañamiento pastoral y el apoyo de los sacramentos*

11. *El discernimiento pastoral hacia quien pide la eutanasia o el suicidio asistido*

12. *La reforma del sistema educativo y la formación de los agentes sanitarios*

#### Conclusión

#### Introducción

El Buen Samaritano que deja su camino para socorrer al hombre enfermo (cfr. *Lc* 10, 30-37) es la imagen de Jesucristo que encuentra al hombre necesitado de salvación y cuida de sus heridas y su dolor con «el aceite del consuelo y el vino de la esperanza»[1]. Él es el médico de las almas y de los cuerpos y «el testigo fiel» (*Ap* 3, 14) de la presencia salvífica de Dios en el mundo. Pero, ¿cómo concretar hoy este mensaje? ¿Cómo traducirlo en una capacidad de acompañamiento de la persona enferma en las fases terminales de la vida de manera que se le ayude

respetando y promoviendo siempre su inalienable dignidad humana, su llamada a la santidad y, por tanto, el valor supremo de su misma existencia?

El extraordinario y progresivo desarrollo de las tecnologías biomédicas ha acrecentado de manera exponencial las capacidades clínicas de la medicina en el diagnóstico, en la terapia y en el cuidado de los pacientes. La Iglesia mira con esperanza la investigación científica y tecnológica, y ve en ellas una oportunidad favorable de servicio al bien integral de la vida y de la dignidad de todo ser humano[2]. Sin embargo, estos progresos de la tecnología médica, si bien preciosos, no son determinantes por sí mismos para calificar el sentido propio y el valor de la vida humana. De hecho, todo progreso en las destrezas de los agentes sanitarios reclama una creciente y sabia capacidad de discernimiento moral[3] para evitar el uso desproporcionado y deshumanizante de las tecnologías, sobre todo en las fases críticas y terminales de la vida humana.

Por otro lado, la gestión organizativa y la elevada articulación y complejidad de los sistemas sanitarios contemporáneos pueden reducir la relación de confianza entre el médico y el paciente a una relación meramente técnica y contractual, un riesgo que afecta, sobre todo, a los países donde se están aprobando leyes que legitiman formas de suicidio asistido y de eutanasia voluntaria de los enfermos más vulnerables. Estas niegan los límites éticos y jurídicos de la autodeterminación del sujeto enfermo, oscureciendo de manera preocupante el valor de la vida humana en la enfermedad, el sentido del sufrimiento y el significado del tiempo que precede a la muerte. El dolor y la muerte, de hecho, no pueden ser los criterios últimos que midan la dignidad humana, que es propia de cada persona, por el solo hecho de ser un “ser humano”.

Ante tales desafíos, capaces de poner en juego nuestro modo de pensar la medicina, el significado del cuidado de la persona enferma y la responsabilidad social frente a los más vulnerables, el presente documento intenta iluminar a los pastores y a los fieles en sus preocupaciones y en sus dudas acerca de la atención médica, espiritual y pastoral debida a los enfermos en las fases críticas y terminales de la vida. Todos son llamados a dar testimonio junto al enfermo y transformarse en “comunidad sanadora” para que el deseo de Jesús, que todos sean una sola carne, a partir de los más débiles y vulnerables, se lleve a cabo de manera concreta[4]. Se percibe en todas partes, de hecho, la necesidad de una aclaración moral y de una orientación práctica sobre cómo asistir a estas personas, ya que «es necesaria una unidad de doctrina y praxis»[5] respecto a un tema tan delicado, que afecta a los enfermos más débiles en las etapas más delicadas y decisivas de la vida de una persona.

Diversas Conferencias Episcopales en el mundo han publicado documentos y cartas pastorales, con las que han buscado dar una respuesta a los desafíos planteados por el suicidio asistido y la eutanasia voluntaria -legitimadas por algunas legislaciones nacionales- con una específica referencia a cuantos trabajan

o se recuperan dentro de los hospitales, también en los hospitales católicos. Pero la atención espiritual y las dudas emergentes, en determinadas circunstancias y contextos particulares, acerca de la celebración de los Sacramentos por aquellos que intentan poner fin a la propia vida, reclaman hoy una intervención más clara y puntual de parte de la Iglesia, con el fin de:

- reafirmar el mensaje del Evangelio y sus expresiones como fundamentos doctrinales propuestos por el Magisterio, invocando la misión de cuantos están en contacto con los enfermos en las fases críticas y terminales (los familiares o los tutores legales, los capellanes de hospital, los ministros extraordinarios de la Eucaristía y los agentes de pastoral, los voluntarios de los hospitales y el personal sanitario), además de los mismos enfermos;

- proporcionar pautas pastorales precisas y concretas, de tal manera que a nivel local se puedan afrontar y gestionar estas situaciones complejas para favorecer el encuentro personal del paciente con el Amor misericordioso de Dios.

### **I. Hacerse cargo del prójimo**

Es difícil reconocer el profundo valor de la vida humana cuando, a pesar de todo esfuerzo asistencial, esta continúa mostrándose en su debilidad y fragilidad. El sufrimiento, lejos de ser eliminado del horizonte existencial de la persona, continúa generando una inagotable pregunta por el sentido de la vida[6]. La solución a esta dramática cuestión no podrá jamás ofrecerse solo a la luz del pensamiento humano, porque en el sufrimiento está contenida la *grandeza de un misterio específico* que solo la Revelación de Dios nos puede desvelar[7]. Especialmente, a cada agente sanitario le ha sido confiada la misión de una fiel custodia de la vida humana hasta su cumplimiento natural[8], a través de un proceso de asistencia que sea capaz de re-generar en cada paciente el sentido profundo de su existencia, cuando viene marcada por el sufrimiento y la enfermedad. Es por esto necesario partir de una atenta consideración del propio significado del cuidado, para comprender el significado de la misión específica confiada por Dios a cada persona, agente sanitario y de pastoral, así como al mismo enfermo y a su familia.

La experiencia del cuidado médico parte de aquella condición humana, marcada por la finitud y el límite, que es la vulnerabilidad. En relación a la persona, esta se inscribe en la fragilidad de nuestro ser juntos “cuerpo”, material y temporalmente finito, y “alma”, deseo de infinito y destinada a la eternidad. Nuestro ser criaturas “finitas”, y también destinadas a la eternidad, revela tanto nuestra dependencia de los bienes materiales y de la ayuda reciproca de los hombres, como nuestra relación originaria y profunda con Dios. Esta vulnerabilidad da fundamento a *la ética del cuidado*, de manera particular en el ámbito de la medicina, entendida como solicitud, premura, coparticipación y responsabilidad hacia las mujeres y hombres que se nos han confiado porque están necesitados de

atención física y espiritual.

De manera específica, la relación de cuidado revela un principio de justicia, en su doble dimensión de promoción de la vida humana (*suum cuique tribuere*) y de no hacer daño a la persona (*alterum non laedere*): es el mismo principio que Jesús transforma en la regla de oro positiva «todo lo que deseáis que los demás hagan con vosotros, hacedlo vosotros con ellos» (Mt 7, 12). Es la regla que, en la ética médica tradicional, encuentra un eco en el aforismo *primum non nocere*.

El cuidado de la vida es, por tanto, la primera responsabilidad que el médico experimenta en el encuentro con el enfermo. Esta no puede reducirse a la capacidad de curar al enfermo, siendo su horizonte antropológico y moral más amplio: también cuando la curación es imposible o improbable, el acompañamiento médico y de enfermería (el cuidado de las funciones esenciales del cuerpo), psicológico y espiritual, es un deber ineludible, porque lo contrario constituiría un abandono inhumano del enfermo. La medicina, de hecho, que se sirve de muchas ciencias, posee también una importante dimensión de “arte terapéutica” que implica una relación estrecha entre el paciente, los agentes sanitarios, familiares y miembros de las varias comunidades de pertenencia del enfermo: *arte terapéutica*, *actos clínicos* y *cuidado* están inseparablemente unidos en la práctica médica, sobre todo en las fases críticas y terminales de la vida.

El Buen Samaritano, de hecho, «no sólo se acerca, sino que se hace cargo del hombre medio muerto que encuentra al borde del camino»[9]. Invierte en él no solo el dinero que tiene, sino también aquel que no tiene y que espera ganar en Jericó, prometiendo que pagará a su regreso. Así Cristo nos invita a fiarnos de su gracia invisible y nos empuja a la generosidad basada en la caridad sobrenatural, identificándose con cada enfermo: «Cada vez que lo hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis» (Mt 25, 40). La afirmación de Jesús es una verdad moral de alcance universal: «se trata de “*hacerse cargo*” de toda la vida y de la vida de todos»[10], para revelar el Amor originario e incondicionado de Dios, fuente del sentido de toda vida.

Por este motivo, sobre todo en las estructuras hospitalarias y asistenciales inspiradas en los valores cristianos, es más necesario que nunca hacer un esfuerzo, también espiritual, para dejar espacio a una relación construida a partir del reconocimiento de la *fragilidad* y la *vulnerabilidad* de la persona enferma. De hecho, la debilidad nos recuerda nuestra dependencia de Dios, y nos invita a responder desde el respeto debido al prójimo. De aquí nace la responsabilidad moral ligada a la conciencia de todo sujeto que se hace cargo del enfermo (médico, enfermero, familiar, voluntario, pastor) de encontrarse frente a un bien fundamental e inalienable -la persona humana- que impone no poder saltarse el límite en el que se da el respeto de sí y del otro, es decir la acogida, la tutela y la promoción de la vida humana hasta la llegada natural de la muerte. Se trata, en este sentido, de

tener una *mirada contemplativa*[11], que sabe captar en la existencia propia y la de los otros un prodigio único e irrepetible, recibido y acogido como un don. Es la mirada de quién no pretende apoderarse de la realidad de la vida, sino acogerla así como es, con sus fatigas y sufrimientos, buscando reconocer en la enfermedad un sentido del que dejarse interpelar y “guiar”, con la confianza de quien se abandona al Señor de la vida que se manifiesta en él.

Ciertamente, la medicina debe aceptar el límite de la muerte como parte de la condición humana. Llega un momento en el que ya no queda más que reconocer la imposibilidad de intervenir con tratamientos específicos sobre una enfermedad, que aparece en poco tiempo como mortal. Es un hecho dramático, que se debe comunicar al enfermo con gran humanidad y también con confiada apertura a la perspectiva sobrenatural, conscientes de la angustia que la muerte genera, sobre todo en una cultura que la esconde. No se puede pensar en la vida física como algo que hay que conservar a toda costa -algo que es imposible-, sino como algo por vivir alcanzando la libre aceptación del sentido de la existencia corpórea: «sólo con referencia a la persona humana en su “totalidad unificada”, es decir, “alma que se expresa en el cuerpo informado por un espíritu inmortal”, se puede entender el significado específicamente humano del cuerpo»[12].

Reconocer la imposibilidad de curar ante la cercana eventualidad de la muerte, no significa, sin embargo, el final del obrar médico y de enfermería. Ejercitar la responsabilidad hacia la persona enferma, significa asegurarle el cuidado hasta el final: «*curar si es posible, cuidar siempre (to cure if possible, always to care)*»[13]. Esta intención de cuidar siempre al enfermo ofrece el criterio para evaluar las diversas acciones a llevar a cabo en la situación de enfermedad “incurable”; incurable, de hecho, no es nunca sinónimo de “in-cuidable”. La mirada contemplativa invita a ampliar la noción de cuidado. El objetivo de la asistencia debe mirar a la integridad de la persona, garantizando con los medios adecuados y necesarios el apoyo físico, psicológico, social, familiar y religioso. La fe viva, mantenida en las almas de las personas que la rodean, puede contribuir a la verdadera vida teologal de la persona enferma, aunque esto no sea inmediatamente visible. El cuidado pastoral de todos, familiares, médicos, enfermeros y capellanes, puede ayudar al enfermo a persistir en la gracia santificante y a morir en la caridad, en el Amor de Dios. Frente a lo inevitable de la enfermedad, sobre todo si es crónica y degenerativa, si falta la fe, el miedo al sufrimiento y a la muerte, y el desánimo que se produce, constituyen hoy en día las causas principales de la tentación de controlar y gestionar la llegada de la muerte, aun anticipándola, con la petición de la eutanasia o del suicidio asistido.

## **II. La experiencia viviente del Cristo sufriente y el anuncio de la esperanza**

Si la figura del Buen samaritano ilumina de luz nueva la práctica del cuidado,

la experiencia viviente del Cristo sufriente, su agonía en la Cruz y su Resurrección, son los espacios en los que se manifiesta la cercanía del Dios hecho hombre en las múltiples formas de la angustia y del dolor, que pueden golpear a los enfermos y sus familiares, durante las largas jornadas de la enfermedad y en el final de la vida.

No solo en las palabras del profeta Isaías se anuncia la persona de Cristo como el hombre familiarizado con el dolor y el padecimiento (cfr. *Is* 53), si releemos las páginas de la pasión de Cristo encontramos también la experiencia de la incomprensión, de la mofa, del abandono, del dolor físico y de la angustia. Son experiencias que hoy golpean a muchos enfermos, con frecuencia considerados una carga para la sociedad; a veces no son comprendidos en sus peticiones, a menudo viven formas de abandono afectivo, de pérdida de relaciones.

Todo enfermo tiene necesidad no solo de ser escuchado, sino de comprender que el propio interlocutor “sabe” que significa sentirse solo, abandonado, angustiado frente a la perspectiva de la muerte, al dolor de la carne, al sufrimiento que surge cuando la mirada de la sociedad mide su valor en términos de calidad de vida y lo hace sentir una carga para los proyectos de otras personas. Por eso, volver la mirada a Cristo significa saber que se puede recurrir a quien ha probado en su carne el dolor de la flagelación y de los clavos, la burla de los flageladores, el abandono y la traición de los amigos más queridos.

Frente al desafío de la enfermedad y en presencia de dificultades emotivas y espirituales en aquel que vive la experiencia del dolor, surge, de manera inexorable, la necesidad de saber decir una palabra de confort, extraída de la compasión llena de esperanza de Jesús sobre la Cruz. Una esperanza creíble, profesada por Cristo en la Cruz, capaz de afrontar el momento de la prueba, el desafío de la muerte. En la Cruz de Cristo -cantada por la liturgia el Viernes Santo: *Ave crux, spes unica*- están concentrados y resumidos todos los males y sufrimientos del mundo. Todo el *mal físico*, de los cuales la cruz, cual instrumento de muerte infame e infamante, es el emblema; todo el *mal psicológico*, expresado en la muerte de Jesús en la más sombría soledad, abandono y traición; todo el *mal moral*, manifestado en la condena a muerte del Inocente; todo el *mal espiritual*, destacado en la desolación que hace percibir el silencio de Dios.

Cristo es quien ha sentido alrededor de Él la afligida consternación de la Madre y de los discípulos, que “estaban” bajo la Cruz: en este “*estar*”, aparentemente cargado de impotencia y resignación, está toda la cercanía de los afectos que permite al Dios hecho hombre vivir también aquellas horas que parecen sin sentido.

Después está la Cruz: de hecho un instrumento de tortura y de ejecución reservado solo a los últimos, que parece tan semejante, en su carga simbólica, a aquellas enfermedades que clavan a una cama, que prefiguran solo la muerte y parecen eliminar el significado del tiempo y de su paso. Sin embargo, aquellos

que “*están*” alrededor del enfermo no son solo testigos, sino que son signo viviente de aquellos afectos, de aquellas relaciones, de aquella íntima disponibilidad al amor, que permiten al que sufre reconocer sobre él una mirada humana capaz de volver a dar sentido al tiempo de la enfermedad. Porque en la experiencia de sentirse amado, toda la vida encuentra su justificación. Cristo ha estado siempre sostenido, en el camino de su pasión, por el confiado abandono en el amor del Padre, que se hacía evidente, en la hora de la Cruz, también a través del amor de la Madre. Porque el Amor de Dios se revela siempre, en la historia de los hombres, gracias al amor de quien no nos abandona, de quien “*está*”, a pesar de todo, a nuestro lado.

Si reflexionamos sobre el final de la vida de las personas, no podemos olvidar que en ellas se aloja con frecuencia la preocupación por aquellos que dejan: por los hijos, el cónyuge, los padres, los amigos. Un componente humano que nunca podemos descuidar y a los que se debe ofrecer apoyo y ayuda.

Es la misma preocupación de Cristo, que antes de morir piensa en la Madre que permanecerá sola, con un dolor que deberá llevar en la historia. En la crónica austera del Evangelio de Juan, es a la Madre a quien se dirige Cristo, para tranquilizarla, para confiarla al discípulo amado de tal manera que se haga cargo de ella: “Madre, ahí tienes a tu hijo” (cfr. *Jn* 19, 26-27). El tiempo del final de la vida es un tiempo de relaciones, un tiempo en el que se deben derrotar la soledad y el abandono (cfr. *Mt* 27, 46 y *Mc* 15, 34), en vista de una entrega confiada de la propia vida a Dios (cfr. *Lc* 23, 46).

Desde esta perspectiva, mirar al Crucificado significa ver una escena coral, en la que Cristo está en el centro porque resume en su propia carne, y verdaderamente transfigura, las horas más tenebrosas de la experiencia humana, aquellas en las que se asoma, silenciosa, la posibilidad de la desesperación. La luz de la fe nos hace captar, en aquella plástica y descarnada descripción que los Evangelios nos dan, la Presencia trinitaria, porque Cristo confía en el Padre gracias al Espíritu Santo, que apoya a la Madre y a los discípulos que “*están*” y, en este su “*estar*” junto a la Cruz, participan, con su humana dedicación al Sufriente, al misterio de la Redención.

Así, si bien marcada por un tránsito doloroso, la muerte puede convertirse en ocasión de una esperanza más grande, gracias a la fe, que nos hace partícipes de la obra redentora de Cristo. De hecho, el dolor es existencialmente soportable solo donde existe la esperanza. La esperanza que Cristo transmite al que sufre y al enfermo es la de su presencia, de su real cercanía. La esperanza no es solo un esperar por un futuro mejor, es una mirada sobre el presente, que lo llena de significado. En la fe cristiana, el acontecimiento de la Resurrección no solo revela la vida eterna, sino que pone de manifiesto que *en la* historia la última palabra no es jamás la muerte, el dolor, la traición, el mal. Cristo resurge *en la* historia y en

el misterio de la Resurrección existe la confirmación del amor del Padre que no abandona nunca.

Releer, ahora, la experiencia viviente del Cristo sufriente significa entregar también a los hombres de hoy una esperanza capaz de dar sentido al tiempo de la enfermedad y de la muerte. Esta esperanza es el amor que resiste a la tentación de la desesperación.

Aunque son muy importantes y están cargados de valor, los cuidados paliativos no bastan si no existe alguien que “está” junto al enfermo y le da testimonio de su valor único e irrepetible. Para el creyente, mirar al Crucificado significa confiar en la comprensión y en el Amor de Dios; y es importante, en una época histórica en la que se exalta la autonomía y se celebran los fastos del individuo, recordar que si bien es verdad que cada uno vive el propio sufrimiento, el propio dolor y la propia muerte, estas vivencias están siempre cargadas de la mirada y de la presencia de los otros. Alrededor de la Cruz están también los funcionarios del Estado romano, están los curiosos, están los distraídos, están los indiferentes y los resentidos; están bajo la Cruz, pero no “están” con el Crucificado.

En las unidades de cuidados intensivos, en las casas de cuidado para los enfermos crónicos, se puede estar presente como funcionario o como personas que “están” con el enfermo.

La experiencia de la Cruz permite así ofrecer al que sufre un interlocutor creíble a quien dirigir la palabra, el pensamiento, a quien entregar la angustia y el miedo: a aquellos que se hacen cargo del enfermo, la escena de la Cruz proporciona un elemento adicional para comprender que también cuando parece que no hay nada más que hacer todavía queda mucho por hacer, porque el “*estar*” es uno de los signos del amor, y de la esperanza que lleva en sí. El anuncio de la vida después de la muerte no es una ilusión o un consuelo sino una certeza que está en el centro del amor, que no se acaba con la muerte.

### **III. El “corazón que ve” del Samaritano: la vida humana es un don sagrado e inviolable**

El hombre, en cualquier condición física o psíquica que se encuentre, mantiene su dignidad originaria de haber sido creado a imagen de Dios. Puede vivir y crecer en el esplendor divino porque está llamado a ser a «imagen y gloria de Dios» (1 Cor 11, 7; 2 Cor 3, 18). Su dignidad está en esta vocación. Dios se ha hecho Hombre para salvarnos, prometiéndonos la salvación y destinándonos a la comunión con Él: aquí descansa el fundamento último de la dignidad humana[14].

Pertenece a la Iglesia el acompañar con misericordia a los más débiles en su camino de dolor, para mantener en ellos la vida teológica y orientarlos a la salvación de Dios[15]. Es la Iglesia del Buen Samaritano[16], que “considera el servicio a

los enfermos como parte integrante de su misión”[17]. Comprender esta mediación salvífica de la Iglesia en una perspectiva de comunión y solidaridad entre los hombres es una ayuda esencial para superar toda tendencia reduccionista e individualista[18].

Específicamente, el programa del Buen Samaritano es “un corazón que ve”. Él «enseña que es necesario convertir la mirada del corazón, porque muchas veces los que miran no ven. ¿Por qué? Porque falta compasión. [...] Sin compasión, el que mira no se involucra en lo que observa y pasa de largo; en cambio, el que tiene un corazón compasivo se conmueve y se involucra, se detiene y se ocupa de lo que sucede»[19]. Este corazón ve dónde hay necesidad de amor y obra en consecuencia[20]. Los ojos perciben en la debilidad una llamada de Dios a obrar, reconociendo en la vida humana el primer bien común de la sociedad[21]. La vida humana es un bien altísimo y la sociedad está llamada a reconocerlo. La vida es un don[22] sagrado e inviolable y todo hombre, creado por Dios, tiene una vocación trascendente y una relación única con Aquel que da la vida, porque «Dios invisible en su gran amor»[23] ofrece a cada hombre un plan de salvación para que podamos decir: «La vida es siempre un bien. Esta es una intuición o, más bien, un dato de experiencia, cuya razón profunda el hombre está llamado a comprender»[24]. Por eso la Iglesia está siempre dispuesta a colaborar con todos los hombres de buena voluntad, con creyentes de otras confesiones o religiones o no creyentes, que respetan la dignidad de la vida humana, también en sus fases extremas del sufrimiento y de la muerte, y rechazan todo acto contrario a ella[25]. Dios Creador ofrece al hombre la vida y su dignidad como un don precioso a custodiar y acrecentar y del cual, finalmente, rendirle cuentas a Él.

La Iglesia afirma el sentido positivo de la vida humana como un valor ya perceptible por la recta razón, que la luz de la fe confirma y realza en su inalienable dignidad[26]. No se trata de un criterio subjetivo o arbitrario; se trata de un criterio fundado en la inviolable dignidad natural -en cuanto que la vida es el primer bien porque es condición del disfrute de todos los demás bienes- y en la vocación trascendente de todo ser humano, llamado a compartir el Amor trinitario del Dios viviente[27]: «el amor especialísimo que el Creador tiene por cada ser humano le confiere una dignidad infinita»[28]. El valor inviolable de la vida es una verdad básica de la ley moral natural y un fundamento esencial del ordenamiento jurídico. Así como no se puede aceptar que otro hombre sea nuestro esclavo, aunque nos lo pidiese, igualmente no se puede elegir directamente atentar contra la vida de un ser humano, aunque este lo pida. Por lo tanto, suprimir un enfermo que pide la eutanasia no significa en absoluto reconocer su autonomía y apreciarla, sino al contrario significa desconocer el valor de su libertad, fuertemente condicionada por la enfermedad y el dolor, y el valor de su vida, negándole cualquier otra posibilidad de relación humana, de sentido de

la existencia y de crecimiento en la vida teologal. Es más, se decide al puesto de Dios el momento de la muerte. Por eso, «aborto, eutanasia y el mismo suicidio deliberado [...] degradan la civilización humana, deshonran más a sus autores que a sus víctimas y son totalmente contrarias al honor debido al Creador»[29].

#### **IV. Los obstáculos culturales que oscurecen el valor sagrado de toda vida humana**

Hoy en día algunos factores limitan la capacidad de captar el valor profundo e intrínseco de toda vida humana: el primero se refiere a un uso equivoco del concepto de “muerte digna” en relación con el de “calidad de vida”. Irrumpe aquí una perspectiva antropológica utilitarista, que viene «vinculada preferentemente a las posibilidades económicas, al “bienestar”, a la belleza y al deleite de la vida física, olvidando otras dimensiones más profundas -relacionales, espirituales y religiosas- de la existencia»[30]. En virtud de este principio, la vida viene considerada digna solo si tiene un nivel aceptable de calidad, según el juicio del sujeto mismo o de un tercero, en orden a la presencia-ausencia de determinadas funciones psíquicas o físicas, o con frecuencia identificada también con la sola presencia de un malestar psicológico. Según esta perspectiva, cuando la calidad de vida parece pobre, no merece la pena prolongarla. No se reconoce que la vida humana tiene un valor por sí misma.

Un segundo obstáculo que oscurece la percepción de la sacralidad de la vida humana es una errónea comprensión de la “compasión”[31]. Ante un sufrimiento calificado como “insoportable”, se justifica el final de la vida del paciente en nombre de la “compasión”. Para no sufrir es mejor morir: es la llamada eutanasia “compasiva”. Sería compasivo ayudar al paciente a morir a través de la eutanasia o el suicidio asistido. En realidad, la compasión humana no consiste en provocar la muerte, sino en acoger al enfermo, en sostenerlo en medio de las dificultades, en ofrecerle afecto, atención y medios para aliviar el sufrimiento.

El tercer factor, que hace difícil reconocer el valor de la propia vida y la de los otros dentro de las relaciones intersubjetivas, es un individualismo creciente, que induce a ver a los otros como límite y amenaza de la propia libertad. En la raíz de tal actitud está «un neo-pelagianismo para el cual el individuo, radicalmente autónomo, pretende salvarse a sí mismo, sin reconocer que depende, en lo más profundo de su ser, de Dios y de los demás [...]. Un cierto neo-gnosticismo, por su parte, presenta una salvación meramente interior, encerrada en el subjetivismo»[32], que favorece la liberación de la persona de los límites de su cuerpo, sobre todo cuando está débil y enferma.

El individualismo, en particular, está en la raíz de la que se considerada como la enfermedad latente de nuestro tiempo: la soledad[33], tematizada en algunos contextos legislativos incluso como “derecho a la soledad”, a partir de la auto-

nomía de la persona y del “principio del permiso-consentimiento”: un permiso-consentimiento que, dadas determinadas condiciones de malestar o de enfermedad, puede extenderse hasta la elección de seguir o no viviendo. Es el mismo “derecho” que subyace a la eutanasia y al suicidio asistido. La idea de fondo es que cuantos se encuentran en una condición de dependencia y no pueden alcanzar la perfecta autonomía y reciprocidad son cuidados en virtud de un *favor*. El concepto de bien se reduce así a ser el resultado de un acuerdo social: cada uno recibe los cuidados y la asistencia que la autonomía o la utilidad social o económica hacen posible o conveniente. Se produce así un empobrecimiento de las relaciones interpersonales, que se convierten en frágiles, privadas de la caridad sobrenatural, de aquella solidaridad humana y de aquel apoyo social, tan necesarios, para afrontar los momentos y las decisiones más difíciles de la existencia.

Este modo de pensar las relaciones humanas y el significado del bien hacen mella en el sentido mismo de la vida, haciéndola fácilmente manipulable, también a través de leyes que legalizan las prácticas eutanásicas, procurando la muerte de los enfermos. Estas acciones provocan una gran insensibilidad hacia el cuidado de las personas enfermas y deforman las relaciones. En tales circunstancias, surgen a veces dilemas infundados sobre la moralidad de las acciones que, en realidad, no son más que actos debidos de simple cuidado de la persona, como hidratar y alimentar a un enfermo en estado de inconsciencia sin perspectivas de curación.

En este sentido, el papa Francisco ha hablado de la «cultura del descarte»[34]. Las víctimas de tal cultura son los seres humanos más frágiles, que corren el riesgo de ser “descartados” por un engranaje que quiere ser eficaz a toda costa. Se trata de un fenómeno cultural fuertemente anti-solidario, que Juan Pablo II calificó como «cultura de la muerte» y que crea auténticas «estructuras de pecado»[35]. Esto puede inducir a cumplir acciones en sí mismas incorrectas por el único motivo de “sentirse bien” al cumplirlas, generando confusión entre el bien y el mal, allí donde toda vida personal posee un valor único e irrepetible, siempre prometedor y abierto a la trascendencia. En esta cultura del descarte y de la muerte, la eutanasia y el suicidio asistido aparecen como una solución errónea para resolver los problemas relativos al paciente terminal.

## **V. La enseñanza del Magisterio**

### *1. La prohibición de la eutanasia y el suicidio asistido*

La Iglesia, en la misión de transmitir a los fieles la gracia del Redentor y la ley santa de Dios, que ya puede percibirse en los dictados de la ley moral natural, siente el deber de intervenir para excluir una vez más toda ambigüedad en relación con el Magisterio sobre la eutanasia y el suicidio asistido, también en aquellos contextos donde las leyes nacionales han legitimado tales prácticas.

Especialmente, la difusión de los protocolos médicos aplicables a las situacio-

nes de final de la vida, como el *Do Not Resuscitate Order* o el *Physician Orders for Life Sustaining Treatment* -con todas sus variantes según las legislaciones y contextos nacionales, inicialmente pensados como instrumentos para evitar el ensañamiento terapéutico en las fases terminales de la vida-, despierta hoy graves problemas en relación con el deber de tutelar la vida del paciente en las fases más críticas de la enfermedad. Si por una parte los médicos se sienten cada vez más vinculados a la autodeterminación expresada por el paciente en estas declaraciones, que lleva a veces a privarles de la libertad y del deber de obrar tutelando la vida allí donde podrían hacerlo, por otra parte, en algunos contextos sanitarios, preocupa el abuso denunciado ampliamente del empleo de tales protocolos con una perspectiva eutanásica, cuando ni el paciente, ni mucho menos la familia, es consultado en la decisión final. Esto sucede sobre todo en los países donde la legislación sobre el final de la vida deja hoy amplios márgenes de ambigüedad en relación con la aplicación del deber de cuidado, al introducirse en ellos la práctica de la eutanasia.

Por estas razones, la Iglesia considera que debe reafirmar como enseñanza definitiva que la eutanasia es un *crimen contra la vida humana* porque, con tal acto, el hombre elige causar directamente la muerte de un ser humano inocente. La definición de eutanasia no procede de la *ponderación* de los bienes o los valores en juego, sino de un *objeto moral* suficientemente especificado, es decir la elección de «una acción o una omisión que por su naturaleza, o en la intención, causa la muerte, con el fin de eliminar cualquier dolor»[36]. «La eutanasia se sitúa, pues, en el nivel de las intenciones o de los métodos usados»[37]. La valoración moral de la eutanasia, y de las consecuencias que se derivan, no depende, por tanto, de un balance de principios, que, según las circunstancias y los sufrimientos del paciente, podrían, según algunos, justificar la supresión de la persona enferma. El valor de la vida, la autonomía, la capacidad de decisión y la calidad de vida no están en el mismo plano.

La eutanasia, por lo tanto, es un acto intrínsecamente malo, en toda ocasión y circunstancia. En el pasado la Iglesia ya ha afirmado de manera definitiva «*que la eutanasia es una grave violación de la Ley de Dios*, en cuanto eliminación deliberada y moralmente inaceptable de una persona humana. Esta doctrina se fundamenta en la ley natural y en la Palabra de Dios escrita; es transmitida por la Tradición de la Iglesia y enseñada por el Magisterio ordinario y universal. Semejante práctica conlleva, según las circunstancias, la malicia propia del suicidio o del homicidio»[38]. *Toda cooperación formal o material inmediata* a tal acto es un pecado grave contra la vida humana: «Ninguna autoridad puede legítimamente imponerlo ni permitirlo. Se trata, en efecto, de una violación de la ley divina, de una ofensa a la dignidad de la persona humana, de un crimen contra la vida, de un atentado contra la humanidad»[39]. Por lo tanto, la eutanasia es un acto

homicida que ningún fin puede legitimar y que no tolera ninguna forma de complicidad o colaboración, activa o pasiva. Aquellos que aprueban leyes sobre la eutanasia y el suicidio asistido se hacen, por lo tanto, cómplices del grave pecado que otros llevarán a cabo. Ellos son también culpables de escándalo porque tales leyes contribuyen a deformar la conciencia, también la de los fieles[40].

La vida tiene la misma dignidad y el mismo valor para todos y cada uno: el respeto de la vida del otro es el mismo que se debe a la propia existencia. Una persona que elige con plena libertad quitarse la vida rompe su relación con Dios y con los otros y se niega a sí mismo como sujeto moral. El suicidio *asistido* aumenta la gravedad, porque hace partícipe a otro de la propia desesperación, induciéndolo a no dirigir la voluntad hacia el misterio de Dios, a través de la virtud moral de la esperanza, y como consecuencia a no reconocer el verdadero valor de la vida y a romper la alianza que constituye la familia humana. Ayudar al suicida es una colaboración indebida a un acto ilícito, que contradice la relación teologal con Dios y la relación moral que une a los hombres para que compartan el don de la vida y sean coparticipes del sentido de la propia existencia.

También cuando la petición de eutanasia nace de una angustia y de una desesperación[41], y «aunque en casos de ese género la responsabilidad personal pueda estar disminuida o incluso no existir, sin embargo el error de juicio de la conciencia -aunque fuera incluso de buena fe- no modifica la naturaleza del acto homicida, que en sí sigue siendo siempre inadmisible»[42]. Dígase lo mismo para el suicidio asistido. Tales prácticas no son nunca una ayuda auténtica al enfermo, sino una ayuda a morir.

Se trata, por tanto, de una elección siempre incorrecta: «El personal médico y los otros agentes sanitarios -fieles a la tarea de “estar siempre al servicio de la vida y de asistirle hasta el final- no pueden prestarse a ninguna práctica eutanásica ni siquiera a petición del interesado, y mucho menos de sus familiares. No existe, en efecto, un derecho a disponer arbitrariamente de la propia vida, por lo que ningún agente sanitario puede erigirse en tutor ejecutivo de un derecho inexistente»[43].

Es por esto que *la eutanasia y el suicidio asistido son siempre un fracaso* de quienes los teorizan, de quienes los deciden y de quienes los practican[44].

Son gravemente injustas, por tanto, las leyes que legalizan la eutanasia o aquellas que justifican el suicidio y la ayuda al mismo, por el falso derecho de elegir una muerte definida inapropiadamente digna solo porque ha sido elegida[45]. Tales leyes golpean el fundamento del orden jurídico: el derecho a la vida, que sostiene todo otro derecho, incluido el ejercicio de la libertad humana. La existencia de estas leyes hiere profundamente las relaciones humanas, la justicia y amenazan la confianza mutua entre los hombres. Los ordenamientos jurídicos que han legitimado el suicidio asistido y la eutanasia muestran, además, una evi-

dente degeneración de este fenómeno social. El papa Francisco recuerda que «el contexto sociocultural actual está erosionando progresivamente la conciencia de lo que hace que la vida humana sea preciosa. De hecho, la vida se valora cada vez más por su eficiencia y utilidad, hasta el punto de considerar como “vidas descartadas” o “vidas indignas” las que no se ajustan a este criterio. En esta situación de pérdida de los valores auténticos, se resquebrajan también los deberes inderogables de solidaridad y fraternidad humana y cristiana. En realidad, una sociedad se merece la calificación de “civil” si desarrolla los anticuerpos contra la cultura del descarte; si reconoce el valor intangible de la vida humana; si la solidaridad se practica activamente y se salvaguarda como fundamento de la convivencia»[46]. En algunos países del mundo, decenas de miles de personas ya han muerto por eutanasia, muchas de ellas porque se quejaban de sufrimientos psicológicos o depresión. Son frecuentes los abusos denunciados por los mismos médicos sobre la supresión de la vida de personas que jamás habrían deseado para sí la aplicación de la eutanasia. De hecho, la petición de la muerte en muchos casos es un síntoma mismo de la enfermedad, agravado por el aislamiento y por el desánimo. La Iglesia ve en esta dificultad una ocasión para la purificación espiritual, que profundiza la esperanza, haciendo que se convierta en verdaderamente teologal, focalizada en Dios, y solo en Dios.

Más bien, en lugar de complacerse en una falsa condescendencia, el cristiano debe ofrecer al enfermo la ayuda indispensable para salir de su desesperación. El mandamiento «no matarás» (*Ex* 20, 13; *Dt* 5, 17), de hecho, es un *sí a la vida*, de la cual Dios se hace garante: «se transforma en la llamada a un amor solícito que tutela e impulsa la vida del prójimo»[47]. El cristiano, por tanto, sabe que la vida terrena no es el valor supremo. La felicidad última está en el cielo. Así, el cristiano no pretenderá que la vida física continúe cuando la muerte está cerca. El cristiano ayudará al moribundo a liberarse de la desesperación y a poner su esperanza en Dios.

Desde la perspectiva clínica, los factores que más determinan la petición de eutanasia y suicidio asistido son: el dolor no gestionado y la falta de esperanza, humana y teologal, inducida también por una atención, humana, psicológica y espiritual a menudo inadecuada por parte de quien se hace cargo del enfermo[48].

Es lo que la experiencia confirma: «las súplicas de los enfermos muy graves que alguna vez invocan la muerte no deben ser entendidas como expresión de una verdadera voluntad de eutanasia; estas en efecto son casi siempre peticiones angustiadas de asistencia y de afecto. Además de los cuidados médicos, lo que necesita el enfermo es el amor, el calor humano y sobrenatural, con el que pueden y deben rodearlo todos aquellos que están cercanos, padres e hijos, médicos y enfermeros»[49]. El enfermo que se siente rodeado de una presencia amorosa,

humana y cristiana, supera toda forma de depresión y no cae en la angustia de quien, en cambio, se siente solo y abandonado a su destino de sufrimiento y de muerte.

El hombre, en efecto, no vive el dolor solamente como un hecho biológico, que se gestiona para hacerlo soportable, sino como el misterio de la vulnerabilidad humana en relación con el final de la vida física, un acontecimiento difícil de aceptar, dado que la unidad de alma y cuerpo es esencial para el hombre.

Por eso, solo re-significando el acontecimiento mismo de la muerte -mediante la apertura en ella de un horizonte de vida eterna, que anuncia el destino trascendente de toda persona- el “final de la vida” se puede afrontar de una manera acorde a la dignidad humana y adecuada a aquella fatiga y sufrimiento que inevitablemente produce la sensación inminente del final. De hecho, «el sufrimiento es algo *todavía más amplio* que la enfermedad, más complejo y a la vez aún más profundamente enraizado en la humanidad misma»[50]. Y este sufrimiento, con ayuda de la gracia, puede ser animado desde dentro con la caridad divina, como en el caso del sufrimiento de Cristo en la Cruz.

Por eso, la actitud de quien atiende a una persona afectada por una enfermedad crónica o en la fase terminal de la vida, debe ser aquella de “saber estar”, velar con quien sufre la angustia del morir, “consolar”, o sea de ser-con en la soledad, de ser co-presencia que abre a la esperanza[51]. Mediante la fe y la caridad expresadas en la intimidad del alma la persona que cuida es capaz de sufrir el dolor del otro y de abrirse a una relación personal con el débil que amplía los horizontes de la vida más allá del acontecimiento de la muerte, transformándose así en una presencia llena de esperanza.

«Llorad con los que lloran» (*Rm* 12, 15), porque es feliz quien tiene compasión hasta llorar con los otros (cfr. *Mt* 5, 4). En esta relación, en la que se da la posibilidad de amar, el sufrimiento se llena de significado en el com-partir de una condición humana y con la solidaridad en el camino hacia Dios, que expresa aquella alianza radical entre los hombres[52] que les hace entrever una luz también más allá de la muerte. Ella nos hace ver el acto médico desde dentro de una *alianza terapéutica* entre el médico y el enfermo, unidos por el reconocimiento del valor trascendente de la vida y del sentido místico del sufrimiento. Esta alianza es la luz para comprender el buen obrar médico, superando la visión individualista y utilitarista hoy predominante.

## 2. La obligación moral de evitar el ensañamiento terapéutico

El Magisterio de la Iglesia recuerda que, cuando se acerca el término de la existencia terrena, la dignidad de la persona humana se concreta como derecho a morir en la mayor serenidad posible y con la dignidad humana y cristiana que le son debidas[53]. Tutelar la dignidad del morir significa tanto excluir la anticipación de la muerte como el retrasarla con el llamado “ensañamiento terapéuti-

co”[54]. La medicina actual dispone, de hecho, de medios capaces de retrasar artificialmente la muerte, sin que el paciente reciba en tales casos un beneficio real. Ante la inminencia de una muerte inevitable, por lo tanto, es lícito en ciencia y en conciencia tomar la decisión de renunciar a los tratamientos que procurarían solamente una prolongación precaria y penosa de la vida, sin interrumpir todavía los cuidados normales debidos al enfermo en casos similares[55]. Esto significa que no es lícito suspender los cuidados que sean eficaces para sostener las funciones fisiológicas esenciales, mientras que el organismo sea capaz de beneficiarse (ayudas a la hidratación, a la nutrición, a la termorregulación y otras ayudas adecuadas y proporcionadas a la respiración, y otras más, en la medida en que sean necesarias para mantener la homeostasis corpórea y reducir el sufrimiento orgánico y sistémico). La suspensión de toda obstinación irrazonable en la administración de los tratamientos *no debe ser una retirada terapéutica*. Tal aclaración se hace hoy indispensable a la luz de los numerosos casos judiciales que en los últimos años han llevado a la retirada de los cuidados -y a la muerte anticipada- a pacientes en condiciones críticas, pero no terminales, a los cuales se ha decidido suspender los cuidados de soporte vital, porque no había perspectivas de una mejora en su calidad de vida.

En el caso específico del ensañamiento terapéutico, viene reafirmado que la renuncia a medios extraordinarios y/o desproporcionados «no equivale al suicidio o a la eutanasia; expresa más bien la aceptación de la condición humana ante la muerte»[56]o la elección ponderada de evitar la puesta en marcha de un dispositivo médico desproporcionado a los resultados que se podrían esperar. La renuncia a tales tratamientos, que procurarían solamente una prolongación precaria y penosa de la vida, puede también manifestar el respeto a la voluntad del paciente, expresada en las llamadas voluntades anticipadas de tratamiento, *excluyendo sin embargo todo acto de naturaleza eutanásica o suicida*[57].

La proporcionalidad, de hecho, se refiere a la totalidad del bien del enfermo. Nunca se puede aplicar el falso discernimiento moral de la *elección entre valores* (por ejemplo, vida *versus* calidad de vida); esto podría inducir a excluir de la consideración la salvaguarda de la integridad personal y del bien-vida y el verdadero objeto moral del acto realizado[58]. En efecto, todo acto médico debe tener en el objeto y en las intenciones de quien obra el acompañamiento de la vida y nunca la consecución de la muerte[59]. En todo caso, el médico no es nunca un mero ejecutor de la voluntad del paciente o de su representante legal, conservando el derecho y el deber de sustraerse a la voluntad discordante con el bien moral visto desde la propia conciencia[60].

### 3. Los cuidados básicos: el deber de alimentación e hidratación

Principio fundamental e ineludible del acompañamiento del enfermo en condiciones críticas y/o terminales es la *continuidad de la asistencia* en sus funciones

fisiológicas esenciales. En particular, un cuidado básico debido a todo hombre es el de administrar los alimentos y los líquidos necesarios para el mantenimiento de la homeostasis del cuerpo, en la medida en que y hasta cuando esta administración demuestre alcanzar su finalidad propia, que consiste en el procurar la hidratación y la nutrición del paciente[61].

Cuando la administración de sustancias nutrientes y líquidos fisiológicos no resulte de algún beneficio al paciente, porque su organismo no está en grado de absorberlo o metabolizarlo, la administración viene suspendida. De este modo, no se anticipa ilícitamente la muerte por privación de las ayudas a la hidratación y a la nutrición, esenciales para las funciones vitales, sino que se respeta la evolución natural de la enfermedad crítica o terminal. En caso contrario, la privación de estas ayudas se convierte en una acción injusta y puede ser fuente de gran sufrimiento para quien lo padece. Alimentación e hidratación no constituyen un tratamiento médico en sentido propio, porque no combaten las causas de un proceso patológico activo en el cuerpo del paciente, sino que representan el cuidado debido a la persona del paciente, una atención clínica y humana primaria e ineludible. La obligatoriedad de este cuidado del enfermo a través de una apropiada hidratación y nutrición puede exigir en algunos casos el uso de una vía de administración artificial[62], con la condición que esta no resulte dañina para el enfermo o provoque sufrimientos inaceptables para el paciente[63].

#### 4. *Los cuidados paliativos*

De la *continuidad de la asistencia* forma parte el constante deber de comprender las necesidades del enfermo: necesidad de asistencia, de alivio del dolor, necesidades emotivas, afectivas y espirituales. Como se ha demostrado por la más amplia experiencia clínica, la medicina paliativa constituye un instrumento precioso e irrenunciable para acompañar al paciente en las fases más dolorosas, penosas, crónicas y terminales de la enfermedad. Los así llamados *cuidados paliativos* son la expresión más auténtica de la acción humana y cristiana del cuidado, el símbolo tangible del compasivo “estar” junto al que sufre. Estos tienen como objetivo «aliviar los sufrimientos en la fase final de la enfermedad y de asegurar al mismo paciente un adecuado acompañamiento humano»[64] digno, mejorándole -en la medida de lo posible- la calidad de vida y el completo bienestar. La experiencia enseña que la aplicación de los cuidados paliativos disminuye drásticamente el número de personas que piden la eutanasia. Por este motivo, parece útil un compromiso decidido, según las posibilidades económicas, para llevar estos cuidados a quienes tengan necesidad, para aplicarlos no solo en las fases terminales de la vida, sino como *perspectiva integral de cuidado* en relación a cualquier patología crónica y/o degenerativa, que pueda tener un pronóstico complejo, doloroso e infausto para el paciente y para su familia[65].

La asistencia espiritual al enfermo, y a sus familiares, forma parte de los cui-

dados paliativos. Esta infunde confianza y esperanza en Dios al moribundo y a los familiares, ayudándoles a aceptar la muerte del pariente. Es una contribución esencial que compete a los agentes de pastoral y a toda la comunidad cristiana, con el ejemplo del Buen Samaritano, para que al rechazo le siga la aceptación, y sobre la angustia prevalezca la esperanza[66], sobre todo cuando el sufrimiento se prolonga por la degeneración de la patología, al aproximarse el final. En esta fase, la prescripción de una terapia analgésica eficaz permite al paciente afrontar la enfermedad y la muerte sin miedo a un dolor insoportable. Este remedio estará asociado, necesariamente, a un apoyo fraternal que pueda vencer la sensación de soledad del paciente causada, con frecuencia, por no sentirse suficientemente acompañado y comprendido en su difícil situación.

La técnica no da una respuesta radical al sufrimiento y no se puede pensar que esta pueda llegar a eliminarlo de la vida de los hombres[67]. Una pretensión semejante genera una falsa esperanza, causando una desesperación todavía mayor en el que sufre. La ciencia médica es capaz de conocer cada vez mejor el dolor físico y debe poner en práctica los mejores recursos técnicos para tratarlo; pero el horizonte vital de una enfermedad terminal genera un sufrimiento profundo en el enfermo, que requiere una atención no meramente técnica. *Spe salvi facti sumus*, en la esperanza, teologal, dirigida hacia Dios, hemos sido salvados, dice San Pablo (*Rm* 8, 24).

“El vino de la esperanza” es la contribución específica de la fe cristiana en el cuidado del enfermo y hace referencia al modo como Dios vence el mal en el mundo. En el sufrimiento el hombre debe poder experimentar una solidaridad y un amor que asume el sufrimiento ofreciendo un sentido a la vida, que se extiende más allá de la muerte. Todo esto posee una gran relevancia social: «Una sociedad que no logra aceptar a los que sufren y no es capaz de contribuir mediante la compasión a que el sufrimiento sea compartido y sobrellevado, también interiormente, es una sociedad cruel e inhumana»[68].

Debe, sin embargo, precisarse que la definición de los cuidados paliativos ha asumido en años recientes una connotación que puede resultar equívoca. En algunos países del mundo, las legislaciones nacionales que regulan los cuidados paliativos (*Palliative Care Act*) así como las leyes sobre el “final de la vida” (*End-of-Life Law*), prevén, junto a los cuidados paliativos, la llamada *Asistencia Médica a la Muerte (MAiD)*, que puede incluir la posibilidad de pedir la eutanasia y el suicidio asistido. Estas previsiones legislativas constituyen un motivo de confusión cultural grave, porque hacen creer que la asistencia médica a la muerte voluntaria sea parte integrante de los cuidados paliativos y que, por lo tanto, sea moralmente lícito pedir la eutanasia o el suicidio asistido.

Además, en estos mismos contextos legislativos, las intervenciones paliativas para reducir el sufrimiento de los pacientes graves o moribundos pueden consis-

tir en la administración de fármacos dirigidos a anticipar la muerte o en la suspensión/interrupción de la hidratación y la alimentación, incluso cuando hay un pronóstico de semanas o meses. Sin embargo, estas prácticas equivalen a una *acción u omisión directa para procurar la muerte y son por tanto ilícitas*. La difusión progresiva de estas leyes, también a través de los protocolos de las sociedades científicas nacionales e internacionales, además de inducir a un número creciente de personas vulnerables a elegir la eutanasia o el suicidio, constituye una irresponsabilidad social frente a tantas personas, que solo tendrían necesidad de ser mejor atendidas y consoladas.

##### 5. *El papel de la familia y los hospices*

En el cuidado del enfermo terminal es central el papel de la familia[69]. En ella la persona se apoya en relaciones fuertes, viene apreciada por sí misma y no solo por su productividad o por el placer que pueda generar. En el cuidado es esencial que el enfermo no se sienta una carga, sino que tenga la cercanía y el aprecio de sus seres queridos. En esta misión, la familia necesita la ayuda y los medios adecuados. Es necesario, por tanto, que los Estados reconozcan la función social primaria y fundamental de la familia y su papel insustituible, también en este ámbito, destinando los recursos y las estructuras necesarias para ayudarla. Además, el acompañamiento humano y espiritual de la familia es un deber en las estructuras sanitarias de inspiración cristiana; nunca debe descuidarse, porque constituye *una única unidad de cuidado con el enfermo*.

Junto a la familia, la creación de los *hospices*, centros y estructuras donde acoger los enfermos terminales, para asegurar el cuidado hasta el último momento, es algo bueno y de gran ayuda. Después de todo, «la respuesta cristiana al misterio del sufrimiento y de la muerte no es una explicación sino una Presencia»[70] que se hace cargo del dolor, lo acompaña y lo abre a una esperanza confiada. Estas estructuras se ponen como ejemplo de humanidad en la sociedad, santuarios del dolor vivido con plenitud de sentido. Por esto deben estar equipadas con personal especializado y medios materiales específicos de cuidado, siempre abiertos a la familia: «A este respecto, pienso en lo bien que funcionan los *hospices* para los cuidados paliativos, en los que los enfermos terminales son acompañados con un apoyo médico, psicológico y espiritual cualificado, para que puedan vivir con dignidad, confortados por la cercanía de sus seres queridos, la fase final de su vida terrenal. Espero que estos centros continúen siendo lugares donde se practique con compromiso la “terapia de la dignidad”, alimentando así el amor y el respeto por la vida»[71]. En estas situaciones, así como en cualquier estructura sanitaria católica, es necesaria la presencia de agentes sanitarios y pastorales preparados no solo bajo el perfil clínico, sino también practicantes de una verdadera vida teológica de fe y esperanza, dirigida hacia Dios, porque esta constituye la forma más elevada de humanización del morir[72].

### 6. *El acompañamiento y el cuidado en la edad prenatal y pediátrica*

En relación al acompañamiento de los neonatos y de los niños afectados de enfermedades crónicas degenerativas incompatibles con la vida, o en las fases terminales de la vida misma, es necesario reafirmar cuanto sigue, siendo conscientes de la necesidad de desarrollar una estrategia operativa capaz de garantizar calidad y bienestar al niño y a su familia.

Desde la concepción, los niños afectados por malformaciones o patologías de cualquier tipo son *pequeños pacientes* que la medicina hoy es capaz de asistir y acompañar de manera respetuosa con la vida. Su vida es sagrada, única, irrepetible e inviolable, exactamente como aquella de toda persona adulta.

En el caso de las llamadas patologías prenatales “incompatibles con la vida” -es decir que seguramente lo llevaran a la muerte dentro de un breve espacio de tiempo- y en ausencia de tratamientos fetales o neonatales capaces de mejorar las condiciones de salud de estos niños, de ninguna manera son abandonados en el plano asistencial, sino que son acompañados, como cualquier otro paciente, hasta la consecución de la muerte natural; el *comfort care perinatal* favorece, en este sentido, un *proceso asistencial integrado*, que, junto al apoyo de los médicos y de los agentes de pastoral sostiene la presencia constante de la familia. El niño es un paciente especial y requiere por parte del acompañante una preparación específica ya sea en términos de conocimiento como de presencia. El acompañamiento empático de un niño en fase terminal, que está entre los más delicados, tiene el objetivo de añadir vida a los años del niño y no años a su vida.

Especialmente, los *Hospices Perinatales* proporcionan un apoyo esencial a las familias que acogen el nacimiento de un hijo en condiciones de fragilidad. En tales casos, el acompañamiento médico competente y el apoyo de otras familias-testigos, que han pasado por la misma experiencia de dolor y de pérdida, constituyen un recurso esencial, junto al necesario acompañamiento espiritual de estas familias. Es un deber pastoral de los agentes sanitarios de inspiración cristiana trabajar para favorecer la máxima difusión de los mismos en el mundo.

Todo esto se revela especialmente importante en el caso de aquellos niños que, en el estado actual del conocimiento científico, están destinados a morir inmediatamente después del parto o en un corto periodo de tiempo. Cuidar a estos niños ayuda a los padres a elaborar el luto y a concebirlo no solo como una pérdida, sino como una etapa de un camino de amor recorrido junto al hijo.

Desafortunadamente, la cultura hoy dominante no promueve esta perspectiva: a nivel social, el uso a veces obsesivo del diagnóstico prenatal y el afirmarse de una cultura hostil a la discapacidad inducen, con frecuencia, a la elección del aborto, llegando a configurarlo como una práctica de “prevención”. Este consiste en la eliminación deliberada de una vida humana inocente y como tal nunca es lícito. Por lo tanto, el uso del diagnóstico prenatal con una finalidad selectiva es

contrario a la dignidad de la persona y gravemente ilícito porque es expresión de una mentalidad eugenésica. En otros casos, después del nacimiento, la misma cultura lleva a suspender, o no iniciar, los cuidados al niño apenas nacido, por la presencia o incluso solo por la posibilidad que desarrolle en el futuro una discapacidad. También esta perspectiva, de matriz utilitarista, no puede ser aprobada. Un procedimiento semejante, además de inhumano, es gravemente ilícito desde el punto de vista moral.

Un principio fundamental de la asistencia pediátrica es que el niño en la fase final de la vida tiene el derecho al respeto y al cuidado de su persona, evitando tanto el ensañamiento terapéutico y la obstinación irrazonable como toda anticipación intencional de su muerte. En la perspectiva cristiana, el cuidado pastoral de un niño enfermo terminal reclama la participación a la vida divina en el Bautismo y la Confirmación.

En la fase terminal del recorrido de una enfermedad incurable, incluso si se suspenden las terapias farmacológicas o de otra naturaleza destinadas a luchar contra la patología que sufre el niño, porque no son apropiadas a su deteriorada condición clínica y son consideradas por los médicos como fútiles o excesivamente gravosas para él, en cuanto causa de un mayor sufrimiento, no deben reducirse los cuidados integrales del pequeño enfermo, en sus diversas dimensiones fisiológica, psicológica, afectivo-relacional y espiritual. Cuidar no significa solo poner en práctica una terapia o curar; así como interrumpir una terapia, cuando esta ya no beneficia al niño incurable, no implica suspender los cuidados eficaces para sostener las funciones fisiológicas esenciales para la vida del pequeño paciente, mientras su organismo sea capaz de beneficiarse (ayuda a la hidratación, a la nutrición, a la termorregulación y todavía otras, en la medida en que estas se requieran para sostener la homeostasis corporal y reducir el sufrimiento orgánico y sistémico). La abstención de toda obstinación terapéutica, en la administración de los tratamientos juzgados ineficaces, *no debe ser una retirada terapéutica* en los cuidados, sino que debe mantener abierto el camino de acompañamiento a la muerte. Se debe considerar, también, que las intervenciones rutinarias, como la ayuda a la respiración, se administren de manera indolora y proporcionada, personalizando sobre el paciente el tipo de ayuda adecuada, para evitar que la justa preocupación por la vida contraste con la imposición injusta de un dolor evitable.

En este contexto, la evaluación y la gestión del dolor físico del neonato y del niño son esenciales para respetarlo y acompañarlo en las fases más estresantes de la enfermedad. Los cuidados personalizados y delicados, que hoy en día se llevan a cabo en la asistencia clínica pediátrica, acompañados por la presencia de los padres, hacen posible una gestión integrada y más eficaz de cualquier intervención asistencial.

El mantenimiento del vínculo afectivo entre los padres y el hijo es parte integrante del proceso de cuidado. La relación de cuidado y de acompañamiento padre-niño viene favorecida con todos los instrumentos necesarios y constituye la parte fundamental del cuidado, también para las enfermedades incurables y las situaciones de evolución terminal. Además del contacto afectivo, no se debe olvidar el momento espiritual. La oración de las personas cercanas, por la intención del niño enfermo, tiene un valor sobrenatural que sobrepasa y profundiza la relación afectiva.

El concepto ético/jurídico del “mejor interés del niño” -hoy utilizado para efectuar la evaluación costes-beneficios de los cuidados que se lleven a cabo- de ninguna manera puede constituir el fundamento para decidir abreviar su vida con el objetivo de evitarle sufrimientos, con acciones u omisiones que por su naturaleza o en la intención se puedan configurar como eutanásicas. Como se ha dicho, la suspensión de terapias desproporcionadas no puede conducir a la supresión de aquellos cuidados básicos necesarios para acompañarlo a una muerte digna, incluidas aquellas para aliviar el dolor, y tampoco a la suspensión de aquella atención espiritual que se ofrece a quienes pronto se encontrarán con Dios.

#### *7. Terapias analgésicas y supresión de la conciencia*

Algunos cuidados especializados requieren, por parte de los agentes sanitarios, una atención y competencias específicas para llevar a cabo la mejor práctica médica, desde el punto de vista ético, siempre conscientes de acercarse a las personas en su situación concreta de dolor.

Para disminuir los dolores del enfermo, la terapia analgésica utiliza fármacos que pueden causar la supresión de la conciencia (sedación). Un profundo sentido religioso puede permitir al paciente vivir el dolor como un ofrecimiento especial a Dios, en la óptica de la Redención[73]; sin embargo, la Iglesia afirma la licitud de la sedación como parte de los cuidados que se ofrecen al paciente, de tal manera que el final de la vida acontezca con la máxima paz posible y en las mejores condiciones interiores. Esto es verdad también en el caso de tratamientos que anticipan el momento de la muerte (sedación paliativa profunda en fase terminal)[74], siempre, en la medida de lo posible, con el consentimiento informado del paciente. Desde el punto de vista pastoral, es bueno cuidar la preparación espiritual del enfermo para que llegue conscientemente tanto a la muerte como al encuentro con Dios[75]. El uso de los analgésicos es, por tanto, una parte de los cuidados del paciente, pero cualquier administración que cause directa e intencionalmente la muerte es una práctica eutanásica y es inaceptable[76]. La sedación debe por tanto excluir, como su objetivo directo, la intención de matar, incluso si con ella es posible un condicionamiento a la muerte en todo caso inevitable[77].

Se necesita aquí una aclaración en relación al contexto pediátrico: en el caso

del niño incapaz de entender, como por ejemplo un neonato, no se debe cometer el error de suponer que el niño podrá soportar el dolor y aceptarlo, cuando existen sistemas para aliviarlo. Por eso, es un deber médico trabajar para reducir al máximo posible el sufrimiento del niño, de tal manera que pueda alcanzar la muerte natural en paz y pudiendo percibir lo mejor posible la presencia amorosa de los médicos y, sobre todo, de la familia.

#### *8. El estado vegetativo y el estado de mínima consciencia*

Otras situaciones relevantes son la del enfermo con falta persistente de consciencia, el llamado “estado vegetativo”, y la del enfermo en estado “de mínima consciencia”. Es siempre engañoso pensar que el estado vegetativo, y el estado de mínima consciencia, en sujetos que respiran autónomamente, sean un signo de que el enfermo haya cesado de ser persona humana con toda la dignidad que le es propia[78]. Al contrario, en estos estados de máxima debilidad, debe ser reconocido en su valor y asistido con los cuidados adecuados. El hecho que el enfermo pueda permanecer por años en esta dolorosa situación sin una esperanza clara de recuperación implica, sin ninguna duda, un sufrimiento para aquellos que lo cuidan.

Puede ser útil recordar lo que nunca se puede perder de vista en relación con semejante situación dolorosa. Es decir, el paciente en estos estados tiene derecho a la alimentación y a la hidratación; alimentación e hidratación por vías artificiales son, en línea de principio, medidas ordinarias; en algunos casos, tales medidas pueden llegar a ser desproporcionadas, o porque su administración no es eficaz, o porque los medios para administrarlas crean una carga excesiva y provocan efectos negativos que sobrepasan los beneficios.

En la óptica de estos principios, el compromiso del agente sanitario no puede limitarse al paciente sino que debe extenderse también a la familia o a quien es responsable del cuidado del paciente, para quienes se debe prever también un oportuno acompañamiento pastoral. Por lo tanto, es necesario prever una ayuda adecuada a los familiares para llevar el peso prolongado de la asistencia al enfermo en estos estados, asegurándoles aquella cercanía que los ayude a no desanimarse y, sobre todo, a no ver como única solución la interrupción de los cuidados. Hay que estar adecuadamente preparados, y también es necesario que los miembros de la familia sean ayudados debidamente.

#### *9. La objeción de conciencia por parte de los agentes sanitarios y de las instituciones sanitarias católicas.*

Ante las leyes que legitiman -bajo cualquier forma de asistencia médica- la eutanasia o el suicidio asistido, se debe negar siempre cualquier cooperación formal o material inmediata. Estas situaciones constituyen un ámbito específico para el testimonio cristiano, en las cuales «es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres» (*Hch* 5, 29). No existe el derecho al suicidio ni a la eutanasia: el dere-

cho existe para tutelar la vida y la coexistencia entre los hombres, no para causar la muerte. Por tanto, nunca le es lícito a nadie colaborar con semejantes acciones inmorales o dar a entender que se pueda ser cómplice con palabras, obras u omisiones. El único verdadero derecho es aquel del enfermo a ser acompañado y cuidado con humanidad. Solo así se custodia su dignidad hasta la llegada de la muerte natural. «Ningún agente sanitario, por tanto, puede erigirse en tutor ejecutivo de un derecho inexistente, aun cuando la eutanasia fuese solicitada con plena conciencia por el sujeto interesado»[79].

A este respecto, los principios generales referidos a la cooperación al mal, es decir a acciones ilícitas, son reafirmados: «Los cristianos, como todos los hombres de buena voluntad, están llamados, por un grave deber de conciencia, a no prestar su colaboración formal a aquellas prácticas que, aun permitidas por la legislación civil, se oponen a la Ley de Dios. En efecto, desde el punto de vista moral, nunca es lícito cooperar formalmente con el mal. Esta cooperación se produce cuando la acción realizada, o por su misma naturaleza o por la configuración que asume en un contexto concreto, se califica como colaboración directa en un acto contra la vida humana inocente o como participación en la intención moral del agente principal. Esta cooperación nunca puede justificarse invocando el respeto a la libertad de los demás, ni apoyarse en el hecho de que la ley civil la prevea y exija. En efecto, los actos que cada cual realiza personalmente tienen una responsabilidad moral, a la que nadie puede nunca substraerse y sobre la que todos y cada uno serán juzgados por Dios mismo (cfr. *Rm* 2, 6; 14, 12)»[80].

Es necesario que los Estados reconozcan la objeción de conciencia en ámbito médico y sanitario, en el respeto a los principios de la ley moral natural, y especialmente donde el servicio a la vida interpela cotidianamente la conciencia humana[81]. Donde esta no esté reconocida, se puede llegar a la situación de deber desobedecer a la ley, para no añadir injusticia a la injusticia, condicionando la conciencia de las personas. Los agentes sanitarios no deben vacilar en pedirla como derecho propio y como contribución específica al bien común.

Igualmente, las instituciones sanitarias deben superar las fuertes presiones económicas que a veces les inducen a aceptar la práctica de la eutanasia. Y donde la dificultad para encontrar los medios necesarios hiciese gravoso el trabajo de las instituciones públicas, toda la sociedad está llamada a un aumento de responsabilidad de tal manera que los enfermos incurables no sean abandonados a su suerte o a los únicos recursos de sus familiares. Todo esto requiere una toma de posición clara y unitaria por parte de las Conferencias Episcopales, las Iglesias locales, así como de las comunidades y de las instituciones católicas para tutelar el propio derecho a la objeción de conciencia en los contextos legislativos que prevén la eutanasia y el suicidio.

Las instituciones sanitarias católicas constituyen un signo concreto del modo

con el que la comunidad eclesial, tras el ejemplo del Buen Samaritano, se hace cargo de los enfermos. El mandamiento de Jesús, “cuidad a los enfermos” (*Lc* 10, 9), encuentra su concreta actuación no solo imponiendo sobre ellos las manos, sino también recogidos de la calle, asistiéndolos en sus propias casas y creando estructuras especiales de acogida y de hospitalidad. Fiel al mandamiento del Señor, la Iglesia ha creado, a lo largo de los siglos varias estructuras de acogida, donde la atención médica encuentra una específica declinación en la dimensión del servicio integral a la persona enferma.

Las instituciones sanitarias “católicas” están llamadas a ser fieles testigos de la irrenunciable atención ética por el respeto a los valores fundamentales y a aquellos cristianos constitutivos de su identidad, mediante la abstención de comportamientos de evidente ilicitud moral y la declarada y formal obediencia a las enseñanzas del Magisterio eclesial. Cualquier otra acción, que no corresponda a la finalidad y a los valores a los cuales las instituciones católicas se inspiran, no es éticamente aceptable y, por tanto, perjudica la atribución de la calificación de “católica”, a la misma institución sanitaria.

En este sentido, no es éticamente admisible una colaboración institucional con otras estructuras hospitalarias hacia las que orientar y dirigir a las personas que piden la eutanasia. Semejantes elecciones no pueden ser moralmente admitidas ni apoyadas en su realización concreta, aunque sean legalmente posibles. De hecho, las leyes que aprueban la eutanasia «no sólo no crean ninguna obligación de conciencia, sino que, por el contrario, establecen una *grave y precisa obligación de oponerse a ellas mediante la objeción de conciencia*. Desde los orígenes de la Iglesia, la predicación apostólica ha inculcado a los cristianos el deber de obedecer a las autoridades públicas legítimamente constituidas (cfr. *Rm* 13, 1-7, *1P* 2, 13-14), pero al mismo tiempo ha enseñado firmemente que “hay que obedecer a Dios antes que a los hombres”(*Hch* 5, 29)»[82].

El derecho a la objeción de conciencia no debe hacernos olvidar que los cristianos no rechazan estas leyes en virtud de una concepción religiosa privada, sino de un derecho fundamental e inviolable de toda persona, esencial para el bien común de toda la sociedad. Se trata, de hecho, de leyes contrarias al derecho natural en cuanto que minan los fundamentos mismos de la dignidad humana y de una convivencia basada en la justicia.

#### *10. El acompañamiento pastoral y el apoyo de los sacramentos*

El momento de la muerte es un paso decisivo del hombre en su encuentro con Dios Salvador. La Iglesia está llamada a acompañar espiritualmente a los fieles en esta situación, ofreciéndoles los “recursos sanadores” de la oración y los sacramentos. Ayudar al cristiano a vivirlo en un contexto de acompañamiento espiritual es un acto supremo de caridad. Simplemente porque «ningún creyente debería morir en la soledad y en el abandono»[83], es necesario crear en torno al

enfermo una sólida plataforma de relaciones humanas y humanizadoras que lo acompañen y lo abran a la esperanza.

La parábola del Buen Samaritano indica cual debe ser la relación con el prójimo que sufre, que actitudes hay que evitar -indiferencia, apatía, prejuicio, miedo a mancharse las manos, encerrarse en sus propias preocupaciones- y cuales hay que poner en práctica -atención, escucha, comprensión, compasión, discreción.

La invitación a la imitación, «Ve y haz también tú lo mismo» (Lc 10, 37), es una llamada a no subestimar todo el potencial humano de presencia, de disponibilidad, de acogida, de discernimiento, de implicación, que la proximidad hacia quien está en una situación de necesidad exige y que es esencial en el cuidado integral de la persona enferma.

La calidad del amor y del cuidado de las personas en las situaciones críticas y terminales de la vida contribuye a alejar de ellas el terrible y extremo deseo de poner fin a la propia vida. Solo un contexto de calor humano y de fraternidad evangélica es capaz de abrir un horizonte positivo y de sostener al enfermo en la esperanza y en un confiado abandono.

Este acompañamiento forma parte de la ruta definida por los cuidados paliativos y debe incluir al paciente y a su familia.

La familia, desde siempre, ha tenido un papel importante en el cuidado, cuya presencia, apoyo, afecto, constituyen para el enfermo un factor terapéutico esencial. Ella, de hecho, recuerda el papa Francisco, «ha sido siempre el “hospital” más cercano. Aún hoy, en muchas partes del mundo, el hospital es un privilegio para pocos, y a menudo está distante. Son la mamá, el papá, los hermanos, las hermanas, las abuelas quienes garantizan las atenciones y ayudan a sanar»[84].

El hacerse cargo del otro o el hacerse cargo de los sufrimientos de otros es una tarea que implica no solo a algunos, sino que abraza la responsabilidad de todos, de toda la comunidad cristiana. San Pablo afirma que, cuando un miembro sufre, todo el cuerpo está sufriendo (cfr. *1 Cor* 12, 26) y todo entero se inclina sobre el miembro enfermo para darle alivio. Cada uno, por su parte, está llamado a ser “siervo del consuelo” frente a las situaciones humanas de desolación y desánimo.

El acompañamiento pastoral reclama el ejercicio de las virtudes humanas y cristianas de la *empatía* (*en-pathos*), de la *compasión* (*cum-passio*), del hacerse cargo del sufrimiento del enfermo compartiéndolo, y del *consuelo* (*cum-solacium*), del entrar en la soledad del otro para hacerle sentirse amado, acogido, acompañado, apoyado.

El ministerio de la escucha y del consuelo que el sacerdote está llamado a ofrecer, haciéndose signo de la solicitud compasiva de Cristo y de la Iglesia, puede y debe tener un papel decisivo. En esta importante misión es extremadamente importante testimoniar y conjugar aquella verdad y caridad con las que la mirada del Buen Pastor no deja de acompañar a todos sus hijos. Dada la importancia de

la figura del sacerdote en el acompañamiento humano, pastoral y espiritual de los enfermos en las fases terminales de la vida, es necesario que en su camino de formación esté prevista una preparación actualizada y orientada en este sentido. También es importante que sean formados en este acompañamiento cristiano los médicos y los agentes sanitarios, porque pueden darse circunstancias específicas que hacen muy difícil una adecuada presencia de los sacerdotes a la cabecera del enfermo terminal.

Ser hombres y mujeres expertos en humanidad significa favorecer, a través de las actitudes con las que se cuida del prójimo que sufre, el encuentro con el Señor de la vida, el único capaz de verter, de manera eficaz, sobre las heridas humanas el aceite del consuelo y el vino de la esperanza.

Todo hombre tiene el derecho natural de ser atendido en esta hora suprema según las expresiones de la religión que profesa.

El momento sacramental es siempre el culmen de toda la tarea pastoral de cuidado que lo precede y fuente de todo lo que sigue.

La Iglesia llama sacramentos «de curación»[85] a la Penitencia y a la Unción de los enfermos, que culminan en la Eucaristía como “viático” para la vida eterna[86]. Mediante la cercanía de la Iglesia, el enfermo vive la cercanía de Cristo que lo acompaña en el camino hacia la casa del Padre (cfr. *Jn* 14, 6) y lo ayuda a no caer en la desesperación[87], sosteniéndolo en la esperanza, sobre todo cuando el camino se hace más penoso[88].

#### *11. El discernimiento pastoral hacia quien pide la eutanasia o el suicidio asistido*

Un caso del todo especial en el que hoy es necesario reafirmar la enseñanza de la Iglesia es el acompañamiento pastoral de quien ha pedido expresamente la eutanasia o el suicidio asistido. Respecto al sacramento de la Reconciliación, el confesor debe asegurarse que haya contrición, *la cual es necesaria para la validez de la absolución*, y que consiste en el «dolor del alma y detestación del pecado cometido, con propósito de no pecar en adelante»[89]. En nuestro caso nos encontramos ante una persona que, más allá de sus disposiciones subjetivas, ha realizado la elección de un acto gravemente inmoral y persevera en él libremente. Se trata de una manifiesta no-disposición para la recepción de los sacramentos de la Penitencia[90], con la absolución, y de la Unción[91], así como del Viático[92]. Podrá recibir tales sacramentos en el momento en el que su disposición a cumplir los pasos concretos permita al ministro concluir que el penitente ha modificado su decisión. Esto implica también que una persona que se haya registrado en una asociación para recibir la eutanasia o el suicidio asistido debe mostrar el propósito de anular tal inscripción, antes de recibir los sacramentos. Se recuerda que la necesidad de posponer la absolución no implica un juicio sobre la imputabilidad de la culpa, porque la responsabilidad personal podría estar disminuida o incluso no existir[93]. En el caso en el que el paciente estuviese desprovisto de concien-

cia, el sacerdote podría administrar los sacramentos *sub condicione* si se puede presumir el arrepentimiento a partir de cualquier signo dado con anterioridad por la persona enferma.

Esta posición de la Iglesia no es un signo de falta de acogida al enfermo. De hecho, debe ser el ofrecimiento de una ayuda y de una escucha siempre posible, siempre concedida, junto a una explicación profunda del contenido del sacramento, con el fin de dar a la persona, hasta el último momento, los instrumentos para poder escogerlo y desearlo. La Iglesia está atenta a escrutar los signos de conversión suficientes, para que los fieles puedan pedir razonablemente la recepción de los sacramentos. Se recuerda que posponer la absolución es también un acto medicinal de la Iglesia, dirigido, no a condenar al pecador, sino a persuadirlo y acompañarlo hacia la conversión.

También en el caso en el que una persona no se encuentre en las disposiciones objetivas para recibir los sacramentos, es necesaria una cercanía que invite siempre a la conversión. Sobre todo si la eutanasia, pedida o aceptada, no se lleva a cabo en un breve periodo de tiempo. Se tendrá entonces la posibilidad de un acompañamiento para hacer renacer la esperanza y modificar la elección errónea, y que el enfermo se abra al acceso a los sacramentos.

Sin embargo, no es admisible por parte de aquellos que asisten espiritualmente a estos enfermos ningún gesto exterior que pueda ser interpretado como una aprobación de la acción eutanásica, como por ejemplo el estar presentes en el instante de su realización. Esta presencia solo puede interpretarse como complicidad. Este principio se refiere de manera particular, pero no solo, a los capellanes de las estructuras sanitarias donde puede practicarse la eutanasia, que no deben dar escándalo mostrándose de algún modo cómplices de la supresión de una vida humana.

### *12. La reforma del sistema educativo y la formación de los agentes sanitarios*

En el contexto social y cultural actual, tan denso en desafíos en relación con la tutela de la vida humana en las fases más críticas de la existencia, el papel de la educación es ineludible. La familia, la escuela, las demás instituciones educativas y las comunidades parroquiales deben trabajar con perseverancia para despertar y madurar aquella sensibilidad hacia el prójimo y su sufrimiento, de la que se ha convertido en símbolo la figura evangélica del Samaritano[94].

A las capellanías hospitalarias se les pide ampliar la formación espiritual y moral de los agentes sanitarios, incluidos médicos y personal de enfermería, así como de los grupos de voluntariado hospitalario, para que sepan dar la atención humana y espiritual necesaria en las fases terminales de la vida. El cuidado psicológico y espiritual del paciente durante toda la evolución de la enfermedad debe ser una prioridad para los agentes pastorales y sanitarios, teniendo cuidado de poner en el centro al paciente y a su familia.

Los cuidados paliativos deben difundirse en el mundo y es obligatorio preparar, para tal fin, los cursos universitarios para la formación especializada de los agentes sanitarios. También es prioritaria la difusión de una correcta y metódica información sobre la eficacia de los auténticos cuidados paliativos para un acompañamiento digno de la persona hasta la muerte natural. Las instituciones sanitarias de inspiración cristiana deben preparar protocolos para sus agentes sanitarios que incluyan una apropiada asistencia psicológica, moral y espiritual como componente esencial de los cuidados paliativos.

La asistencia humana y espiritual debe volver a entrar en los recorridos formativos académicos de todos los agentes sanitarios y en las prácticas hospitalarias.

Además de todo esto, las estructuras sanitarias y asistenciales deben preparar *modelos de asistencia* psicológica y espiritual para los agentes sanitarios que tienen a su cargo los pacientes en las fases terminales de la vida humana. *Hacerse cargo de quienes cuidan* es esencial para evitar que sobre los agentes y los médicos recaiga todo el peso (*burn out*) del sufrimiento y de la muerte de los pacientes incurables. Estos tienen necesidad de apoyo y de momentos de discusión y de escucha adecuados para poder procesar no solo valores y emociones, sino también el sentido de la angustia, del sufrimiento y de la muerte en el ámbito de su servicio a la vida. Tienen que poder percibir el sentido profundo de la esperanza y la conciencia que su misión es una verdadera vocación a apoyar y acompañar el misterio de la vida y de la gracia en las fases dolorosas y terminales de la existencia[95].

### Conclusión

El misterio de la Redención del hombre está enraizado de una manera sorprendente en el compromiso amoroso de Dios con el sufrimiento humano. Por eso podemos fiarnos de Dios y transmitir esta certeza en la fe al hombre sufriente y asustado por el dolor y la muerte.

El testimonio cristiano muestra como la esperanza es siempre posible, también en el interior de la cultura del descarte. «La elocuencia de la parábola del buen Samaritano, como también la de todo el Evangelio, es concretamente esta: el hombre debe sentirse *llamado personalmente* a testimoniar el amor en el sufrimiento»[96].

La Iglesia aprende del Buen Samaritano el cuidado del enfermo terminal y obedece así el mandamiento unido al don de la vida: «*¡respetar, defender, amar y servir a la vida, a toda vida humana!*»[97]. El evangelio de la vida es un evangelio de la compasión y de la misericordia dirigido al hombre concreto, débil y pecador, para levantarlo, mantenerlo en la vida de la gracia y, si es posible, curarlo de toda posible herida.

No basta, sin embargo, compartir el dolor, es necesario sumergirse en los fru-

tos del Misterio Pascual de Cristo para vencer el pecado y el mal, con la voluntad de «desterrar la miseria ajena como si fuese propia»[98]. Sin embargo, la miseria más grande es la falta de esperanza ante la muerte. Esta es la esperanza anunciada por el testimonio cristiano que, para ser eficaz, debe ser vivida en la fe implicando a todos, familiares, enfermeros, médicos, y la pastoral de las diócesis y de los hospitales católicos, llamados a vivir con fidelidad *el deber de acompañar* a los enfermos en todas las fases de la enfermedad, y en particular, en las fases críticas y terminales de la vida, así como se ha definido en el presente documento.

El Buen Samaritano, que pone en el centro de su corazón el rostro del hermano en dificultad, sabe ver su necesidad, le ofrece todo el bien necesario para llevarlo de la herida de la desolación y abrir en su corazón hendiduras luminosas de esperanza.

El “querer el bien” del Samaritano, que se hace prójimo del hombre herido no con palabras ni con la lengua, sino con los hechos y en la verdad (cfr. *1 Jn 3, 18*), toma la forma de cuidado, con el ejemplo de Cristo que pasó haciendo el bien y sanando a todos (cfr. *Hch 10, 38*).

Curados por Jesús, nos transformamos en hombres y mujeres llamados a anunciar su potencia sanadora, a amar y a hacernos cargo del prójimo como él nos ha enseñado.

Esta vocación al amor y al cuidado del otro[99], que lleva consigo ganancias de eternidad, se anuncia de manera explícita por el Señor de la vida en esta paráfrasis del juicio final: recibid en heredad el reino, porque estaba enfermo y me habéis visitado. ¿Cuándo, Señor? Todas las veces que habéis hecho esto con un hermano vuestro más pequeño, a un hermano vuestro que sufre, lo habéis hecho conmigo (cfr. *Mt 25, 31-46*).

*El Sumo Pontífice Francisco, en fecha 25 de junio de 2020 ha aprobado esta Carta, decidida en la Sesión Plenaria de esta Congregación el 29 de enero de 2020, y ha ordenado su publicación.*

Dada en Roma, desde la sede de la Congregación para la Doctrina de la Fe, el 14 de julio de 2020, memoria litúrgica de san Camilo de Lelis.

Luis F. Card. Ladaria, S.I., *Prefecto*

+Giacomo Morandi Arzobispo Titular de Cerveteri, *Secretario*

## NOTAS:

- 
- [1] Misal Romano reformado por mandato del Concilio Ecu­ménico Vaticano II, promulgado por la autoridad del papa Pablo VI, revisado por el papa Juan Pablo II, Conferencia Episcopal Española, Madrid 2017, Prefacio común VIII, p. 515.
- [2] Cfr. Pontificio Consejo para los Agentes Sanitarios, *Nueva carta de los Agentes sanitarios*, Ed. Salterrae, Maliaño (Cantabria – España) 2017, n. 6.
- [3] Benedicto XVI, Carta Enc. *Spe salvi* (30 noviembre 2007), n. 22: *AAS* 99 (2007), 1004: «Si el progreso técnico no se corresponde con un progreso en la formación ética del hombre,

- con el crecimiento del hombre interior (cfr. *Ef* 3, 16; *2 Cor* 4, 16), no es un progreso sino una amenaza para el hombre y para el mundo».
- [4] Cfr. Francisco, *Discurso a la Asociación Italiana contra las leucemias-linfomas y mielomas (AIL)* (2 marzo 2019): *L'Osservatore Romano*, 3 marzo 2019, 7.
- [5] Francisco, Exhort. Ap. *Amoris laetitia* (19 marzo 2016), n. 3: *AAS* 108 (2016), 312.
- [6] Cfr. Conc. Ecum. Vat. II, Const. Past. *Gaudium et spes* (7 diciembre 1965), n. 10: *AAS* 58 (1966), 1032-1033.
- [7] Cfr. Juan Pablo II, Carta Ap. *Salvifici doloris* (11 febrero 1984), n. 4: *AAS* 76 (1984), 203.
- [8] Cfr. Pontificio Consejo para los Agentes Sanitarios, *Nueva carta de los Agentes sanitarios*, n. 144.
- [9] Francisco, *Mensaje para la XLVIII Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales* (24 enero 2014): *AAS* 106 (2014), 114.
- [10] Juan Pablo II, Carta Enc. *Evangelium vitae* (25 marzo 1995), n. 87: *AAS* 87 (1995), 500.
- [11] Cfr. Juan Pablo II, Carta Enc. *Centesimus annus* (1 mayo 1991), n. 37: *AAS* 83 (1991), 840.
- [12] Juan Pablo II, Carta Enc. *Veritatis splendor* (6 agosto 1993), n. 50: *AAS* 85 (1993), 1173.
- [13] Juan Pablo II, *Discurso a los participantes al Congreso Internacional sobre "Los tratamientos de soporte vital y estado vegetativo. Progresos científicos y dilemas éticos"* (20 marzo 2004), n. 7: *AAS* 96 (2004), 489.
- [14] Cfr. Congregación para la Doctrina de la Fe, Carta *Placuit Deo* (22 febrero 2018), n. 6: *AAS* 110 (2018), 430.
- [15] Cfr. Pontificio Consejo para los Agentes Sanitarios, *Nueva carta de los Agentes sanitarios*, n. 9.
- [16] Cfr. Pablo VI, *Mensaje en la última sesión pública del Concilio* (7 diciembre 1965): *AAS* 58 (1966), 55-56.
- [17] Pontificio Consejo para los Agentes Sanitarios, *Nueva carta de los Agentes sanitarios*, n. 9.
- [18] Congregación para la Doctrina de la Fe, Carta *Placuit Deo* (22 febrero 2018), n. 12: *AAS* 110 (2018), 433-434.
- [19] Francisco, *Discurso a los participantes en la Asamblea Plenaria de la Congregación para la Doctrina de la Fe* (30 enero 2020): *L'Osservatore Romano*, 31 enero 2020, 7.
- [20] Benedicto XVI, Carta Enc. *Deus caritas est* (25 diciembre 2005), n. 31: *AAS* 98 (2006), 245.
- [21] Benedicto XVI, Carta Enc. *Caritas in veritate* (29 junio 2009), n. 76: *AAS* 101 (2009), 707.
- [22] Cfr. Juan Pablo II, Carta Enc. *Evangelium vitae* (25 marzo 1995), n. 49: *AAS* 87 (1995), 455: «El sentido más verdadero y profundo de la vida: ser *un don que se realiza al darse*».
- [23] Conc. Ecum. Vat. II, Const. Dogm. *Dei Verbum* (8 noviembre 1965), n. 2: *AAS* 58 (1966), 818.
- [24] Juan Pablo II, Carta Enc. *Evangelium vitae* (25 marzo 1995), n. 34: *AAS* 87 (1995), 438.
- [25] Cfr. *Declaración conjunta de las Religiones Monoteístas Abrahámicas sobre las cuestiones del final de la vida*, Ciudad del Vaticano, 28 octubre 2019: «Nos oponemos a cualquier forma de eutanasia -que es el acto directo, deliberado e intencional de quitar la vida- así como al suicidio médicamente asistido -que es el apoyo directo, deliberado e intencional para suicidarse- porque contradicen fundamentalmente el valor inalienable de la vida humana y, por lo tanto, son inherente y consecuentemente erróneos desde el punto de vista moral y religioso, y deben ser prohibidos sin excepciones».
- [26] Cfr. Francisco, *Discurso al Congreso de la Asociación de Médicos Católicos Italianos en el 70 aniversario de su fundación* (15 noviembre 2014): *AAS* 106 (2014), 976.

- [27] Cfr. Pontificio Consejo para los Agentes Sanitarios, *Nueva carta de los Agentes sanitarios*, n. 1; Congregación para la Doctrina de la Fe, Instr. *Dignitas personae* (8 septiembre 2008), n. 8: *AAS* 100 (2008), 863.
- [28] Francisco, Carta Enc. *Laudato si'* (24 mayo 2015), n. 65: *AAS* 107 (2015), 873.
- [29] Con. Ecum. Vat. II, Const. Past. *Gaudium et spes* (7 diciembre 1965), n. 27: *AAS* 58 (1966), 1047-1048.
- [30] Francisco, *Discurso al Congreso de la Asociación de Médicos Católicos Italianos en el 70 aniversario de su fundación* (15 noviembre 2014): *AAS* 106 (2014), 976.
- [31] Cfr. Francisco, *Discurso a la Federación Nacional de las Ordenes de Médicos Cirujanos y de los Odontólogos* (20 septiembre 2019): *L'Osservatore Romano*, 21 septiembre 2019, 8: «Son formas apresuradas de tratar opciones que no son, como podría parecer, una expresión de la libertad de la persona, cuando incluyen el descarte del enfermo como una posibilidad, o la falsa compasión frente a la petición de que se le ayude a anticipar la muerte».
- [32] Congregación para la Doctrina de la Fe, Carta *Placuit Deo* (22 febrero 2018), n. 3: *AAS* 110 (2018), 428-429; cfr. Francisco, Carta Enc. *Laudato si'* (24 mayo 2015), n. 162: *AAS* 107 (2015), 912.
- [33] Benedicto XVI, Carta Enc. *Caritas in veritate* (29 junio 2009), n. 53: *AAS* 101 (2009), 688: «Una de las pobreza más hondas que el hombre puede experimentar es la soledad. Ciertamente, también las otras pobreza, incluidas las materiales, nacen del aislamiento, del no ser amados o de la dificultad de amar».
- [34] Cfr. Francisco, Exhort. Ap. *Evangelii gaudium* (24 noviembre 2013), n. 53: *AAS* 105 (2013), 1042; se puede ver también: Id., *Discurso a la delegación del Instituto "Dignitatis Humanae"* (7 diciembre 2013): *AAS* 106 (2014) 14-15; Id., *Encuentro con los ancianos* (28 septiembre 2014): *AAS* 106 (2014), 759-760.
- [35] Cfr. Juan Pablo II, Carta Enc. *Evangelium vitae* (25 marzo 1995), n. 12: *AAS* 87 (1995), 414.
- [36] Congregación para la Doctrina de la Fe, Declarac. *Iura et bona* (5 mayo 1980), II: *AAS* 72 (1980), 546.
- [37] Juan Pablo II, Carta Enc. *Evangelium vitae* (25 marzo 1995), n. 65: *AAS* 87 (1995), 475; cfr. Congregación para la Doctrina de la Fe, Declarac. *Iura et bona* (5 mayo 1980), II: *AAS* 72 (1980), 546.
- [38] Juan Pablo II, Carta Enc. *Evangelium vitae* (25 marzo 1995), n. 65: *AAS* 87 (1995), 477. Es una doctrina propuesta de modo definitivo en la cual la Iglesia compromete su infalibilidad: cfr. Congregación para la Doctrina de la Fe, *Nota doctrinal ilustrativa de la fórmula conclusiva de la Professio fidei* (29 junio 1998), n. 11: *AAS* 90 (1998), 550.
- [39] Congregación para la Doctrina de la Fe, Declarac. *Iura et bona* (5 mayo 1980), II: *AAS* 72 (1980), 546.
- [40] Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2286.
- [41] Cfr. *ibidem*, nn. 1735 y 2282.
- [42] Congregación para la Doctrina de la Fe, Declarac. *Iura et bona* (5 mayo 1980), II: *AAS* 72 (1980), 546.
- [43] Pontificio Consejo para los Agentes Sanitarios, *Nueva carta de los Agentes sanitarios*, n. 169.
- [44] Cfr. *ibidem*, n. 170.
- [45] Cfr. Juan Pablo II, Carta Enc. *Evangelium vitae* (25 marzo 1995), n. 72: *AAS* 87 (1995), 484-485.
- [46] Francisco, *Discurso a los participantes en la Asamblea Plenaria de la Congregación para la Doctrina de la Fe* (30 enero 2020): *L'Osservatore Romano*, 31 enero 2020, 7.

- [47] Juan Pablo II, Carta Enc. *Veritatis splendor* (6 agosto 1993), n. 15: AAS 85 (1993), 1145.
- [48] Cfr. Benedicto XVI, Carta Enc. *Spe salvi* (30 noviembre 2007), nn. 36-37: AAS 99 (2007), 1014-1016.
- [49] Congregación para la Doctrina de la Fe, Declarac. *Iura et bona* (5 mayo 1980), II: AAS 72 (1980), 546.
- [50] Juan Pablo II, Carta Ap. *Salvifici doloris* (11 febrero 1984), n. 5: AAS 76 (1984), 204.
- [51] Cfr. Benedicto XVI, Carta Enc. *Spe salvi* (30 noviembre 2007), n. 38: AAS 99 (2007), 1016.
- [52] Cfr. Juan Pablo II, Carta Ap. *Salvifici doloris* (11 febrero 1984), n. 29: AAS 76 (1984), 244: «No puede el hombre “prójimo” pasar con desinterés ante el sufrimiento ajeno, en nombre de la fundamental solidaridad humana; y mucho menos en nombre del amor al prójimo. Debe “pararse”, “conmoverse”, actuando como el Samaritano de la parábola evangélica. La parábola en sí expresa una verdad profundamente cristiana, pero a la vez tan universalmente humana».
- [53] Congregación para la Doctrina de la Fe, Declarac. *Iura et bona* (5 mayo 1980), IV: AAS 72 (1980), 549-551.
- [54] Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2278; Pontificio Consejo para los Agentes Sanitarios, *Carta de los Agentes sanitarios*, Ciudad del Vaticano, 1995, n. 119; Juan Pablo II, Carta Enc. *Evangelium vitae* (25 marzo 1995), n. 65: AAS 87 (1995), 475; Francisco, *Mensaje a los participantes en la reunión de la región europea de la Asociación Médica Mundial* (7 noviembre 2017): «Y si sabemos que no siempre se puede garantizar la curación de la enfermedad, a la persona que vive debemos y podemos cuidarla siempre: sin acortar su vida nosotros mismos, pero también sin ensañarnos inútilmente contra su muerte»; Pontificio Consejo para los Agentes Sanitarios, *Nueva carta de los Agentes sanitarios*, n. 149.
- [55] Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2278; Congregación para la Doctrina de la Fe, Declarac. *Iura et bona* (5 mayo 1980), IV: AAS 72 (1980), 550-551; Juan Pablo II, Carta Enc. *Evangelium vitae* (25 marzo 1995), n. 65: AAS 87 (1995), 475; Pontificio Consejo para los Agentes Sanitarios, *Nueva carta de los Agentes sanitarios*, n. 150.
- [56] Juan Pablo II, Carta Enc. *Evangelium vitae* (25 marzo 1995), n. 65: AAS 87 (1995), 476.
- [57] Cfr. Pontificio Consejo para los Agentes Sanitarios, *Nueva carta de los Agentes sanitarios*, n. 150.
- [58] Cfr. Juan Pablo II, *Discurso a los participantes en un encuentro de estudio sobre la procreación responsable* (5 junio 1987), n.1: *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, XI/2 (1987), 1962: «Hablar de “conflicto de valores o bienes” y de la consiguiente necesidad de llevar a cabo como una especie de “equilibrio” de los mismos, eligiendo uno y rechazando el otro, no es moralmente correcto».
- [59] Cfr. Juan Pablo II, *Discurso a la Asociación de Médicos Católicos Italianos* (28 diciembre 1978): *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, I (1978), 438.
- [60] Cfr. Pontificio Consejo para los Agentes Sanitarios, *Nueva carta de los Agentes sanitarios*, n. 150.
- [61] Cfr. Congregación para la Doctrina de la Fe, *Respuesta a algunas preguntas de la Conferencia Episcopal Estadounidense acerca de la alimentación y la hidratación artificiales* (1 agosto 2007): AAS 99 (2007), 820.
- [62] Cfr. *ibidem*.
- [63] Cfr. Pontificio Consejo para los Agentes Sanitarios, *Nueva carta de los Agentes sanitarios*, n. 152: «La alimentación y la hidratación, aun artificialmente administradas, son parte de los tratamientos normales que siempre han de proporcionarse al moribundo, cuando no resulten demasiados gravosos o de ningún beneficio para él. Su indebida suspensión signifi-

- ca verdadera y propia eutanasia. “Suministrar alimento y agua, incluso por vía artificial, es, en principio, un medio ordinario y proporcionado para la conservación de la vida. Por lo tanto, es obligatorio en la medida y mientras se demuestre que cumple su propia finalidad, que consiste en procurar la hidratación y la nutrición del paciente. De este modo se evitan el sufrimiento y la muerte derivados de la inanición y la deshidratación”».
- [64] Francisco, *Discurso a la plenaria de la Pontificia Academia para la Vida* (5 marzo 2015): AAS 107 (2015), 274, citando a: Juan Pablo II, Carta Enc. *Evangelium vitae* (25 marzo 1995), n. 65: AAS 87 (1995), 476. Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2279.
- [65] Cfr. [65] Francisco, *Discurso a la plenaria de la Pontificia Academia para la Vida* (5 marzo 2015): AAS 107 (2015), 275.
- [66] Pontificio Consejo para los Agentes Sanitarios, *Nueva carta de los Agentes sanitarios*, n. 147.
- [67] Cfr. Juan Pablo II, Carta Ap. *Salvifici doloris* (11 febrero 1984), n. 2: AAS 76 (1984), 202: «El sufrimiento parece pertenecer a la trascendencia del hombre; es uno de esos puntos en los que el hombre está en cierto sentido “destinado” a superarse a sí mismo, y de manera misteriosa es llamado a hacerlo».
- [68] Benedicto XVI, Carta. Enc. *Spe salvi* (30 noviembre 2007), n. 38: AAS 99 (2007), 1016.
- [69] Cfr. Francisco, Exhort. Ap. *Amoris laetitia* (19 marzo 2016), n. 48: AAS 108 (2016), 330.
- [70] C. Saunders, *Velad conmigo. Inspiración para una vida en cuidados paliativos*. Ed. Obra Social de la Caixa, 2011, p. 56.
- [71] Francisco, *Discurso a los participantes a la Asamblea Plenaria de la Congregación para la Doctrina de la Fe* (30 enero 2020): *L'Osservatore Romano*, 31 enero 2020, 7.
- [72] Cfr. Pontificio Consejo para los Agentes Sanitarios, *Nueva carta de los Agentes sanitarios*, n. 148.
- [73] Cfr. Pío XII, *Allocutio. Trois questions religieuses et morales concernant l'analgésie* (24 febrero 1957): AAS 49 (1957) 134-136; Congregación para la Doctrina de la Fe, Declarac. *Iura et bona* (5 mayo 1980), III: AAS 72 (1980), 547; Juan Pablo II, Carta Ap. *Salvifici doloris* (11 febrero 1984), n. 19: AAS 76 (1984), 226.
- [74] Cfr. Pío XII, *Allocutio. Iis qui interfuerunt Conventui internationali. Romae habito, a «Collegio Internationali Neuro-Psycho-Pharmacologico» indicto* (9 septiembre 1958): AAS 50 (1958), 694; Congregación para la Doctrina de la Fe, Declarac. *Iura et bona* (5 mayo 1980), III: AAS 72 (1980), 548; *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2779; Pontificio Consejo para los Agentes Sanitarios, *Nueva carta de los Agentes sanitarios*, n. 155: «Se da, además, la posibilidad de provocar con los analgésicos y los narcóticos la supresión de la conciencia del moribundo. Este uso merece una consideración particular. En presencia de dolores insoportables, resistentes a las terapias analgésicas habituales, en proximidad del momento de la muerte o en la previsión fundada de una crisis particular en ese momento, una seria indicación clínica puede conllevar, con el consentimiento del enfermo, el suministro de fármacos que suprimen la conciencia. Esta sedación paliativa profunda en la fase terminal, clínicamente fundamentada, puede ser moralmente aceptable siempre que se realice con el consenso del enfermo, se informe a los familiares, se excluya toda intencionalidad eutanásica y el enfermo haya podido satisfacer sus deberes morales, familiares y religiosos: “acercándose a la muerte, los hombres deben estar en condiciones de poder cumplir sus obligaciones morales y familiares y, sobre todo, deben poder prepararse con plena conciencia para el encuentro definitivo con Dios”. Por consiguiente, “no es lícito privar al moribundo de la conciencia propia sin grave motivo”».
- [75] Cfr. Pío XII, *Allocutio. Trois questions religieuses et morales concernant l'analgésie* (24 febrero 1957): AAS 49 (1957) 145; Congregación para la Doctrina de la Fe, Declarac. *Iura*

- et bona* (5 mayo 1980), III: AAS 72 (1980), 548; Juan Pablo II, Carta Enc. *Evangelium vitae* (25 marzo 1995), n. 65: AAS 87 (1995), 476.
- [76] Cfr. Francisco, *Discurso al Congreso de la Asociación de Médicos Católicos Italianos en el 70 aniversario de su fundación* (15 noviembre 2014): AAS 106 (2014), 978.
- [77] Pío XII, *Allocutio. Trois questions religieuses et morales concernant l'analgésie* (24 febrero 1957): AAS 49 (1957) 146; Id., *Allocutio. Iis qui interfuerunt Conventui internationali. Romae habito, a «Collegio Internationali Neuro-Psycho-Pharmacologico» indicto* (9 septiembre 1958): AAS 50 (1958), 695; Congregación para la Doctrina de la Fe, Declarac. *Iura et bona* (5 mayo 1980), III: AAS 72 (1980), 548; *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2779; Juan Pablo II, Carta Enc. *Evangelium vitae* (25 marzo 1995), n. 65: AAS 87 (1995), 476; Pontificio Consejo para los Agentes Sanitarios, *Nueva carta de los Agentes sanitarios*, n. 154.
- [78] Cfr. Juan Pablo II, *Discurso a los participantes al Congreso Internacional sobre «Los tratamientos de soporte vital y estado vegetativo. Progresos científicos y dilemas éticos»* (20 marzo 2004), n. 3: AAS 96 (2004), 487: «Un hombre, aunque esté gravemente enfermo o se halle impedido en el ejercicio de sus funciones más elevadas, es y será siempre un hombre; jamás se convertirá en un “vegetal” o en un “animal”».
- [79] Pontificio Consejo para los Agentes Sanitarios, *Nueva carta de los Agentes sanitarios*, n. 151.
- [80] *Ibidem*, n. 151; cfr. Juan Pablo II, Carta Enc. *Evangelium vitae* (25 marzo 1995), n. 74: AAS 87 (1995), 487.
- [81] Cfr. Francisco, *Discurso al Congreso de la Asociación de Médicos Católicos Italianos en el 70 aniversario de su fundación* (15 noviembre 2014): AAS 106 (2014), 977.
- [82] Juan Pablo II, Carta Enc. *Evangelium vitae* (25 marzo 1995), n. 73: AAS 87 (1995), 486.
- [83] Benedicto XVI, *Discurso a los participantes al Congreso de la Pontificia Academia para la Vida sobre el tema “Junto al enfermo incurable y al moribundo: orientaciones éticas y operativas”* (25 febrero 2008): AAS 100 (2008), 171.
- [84] Francisco, *Audiencia General* (10 junio 2015): *L'Osservatore Romano*, 11 junio 2015, 8.
- [85] *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1420.
- [86] Cfr. *Rituale Romanum ex decreto Sacrosancti Oecumenici Concilii Vaticani II instauratum auctoritate Pauli PP. VI promulgatum, Ordo unctionis infirmorum eorumque pastoralis curae, Editio typica, Praenotanda, Typis Polyglotis Vaticanis, Civitate Vaticana 1972*, n. 26; *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1524.
- [87] Francisco, Carta Enc. *Laudato si'* (24 mayo 2015), n. 235: AAS 107 (2015), 939.
- [88] Cfr. Juan Pablo II, Carta Enc. *Evangelium vitae* (25 marzo 1995), n. 67: AAS 87 (1995), 478-479.
- [89] Concilio de Trento, Ses. XIV, *De sacramento penitentiae*, cap. 4: DH 1676.
- [90] Cfr. *CIC*, can. 987.
- [91] Cfr. *CIC*, can. 1007: «No se dé la unción de los enfermos a quienes persisten obstinadamente en un pecado grave manifiesto».
- [92] Cfr. *CIC*, can. 915 y can. 843 §1.
- [93] Cfr. Congregación para la Doctrina de la Fe, Declarac. *Iura et bona* (5 mayo 1980), II: AAS 72 (1980), 546.
- [94] Cfr. Juan Pablo II, Carta Ap. *Salvifici doloris* (11 febrero 1984), n. 29: AAS 76 (1984), 244-246.
- [95] Cfr. Francisco, *Discurso a los presidentes de los Colegios de Médicos de España e Hispanoamérica* (9 junio 2016): AAS 108 (2016), 727-728. «La fragilidad el dolor y la enfermedad son una dura prueba para todos, también para el personal médico, son un llamado a la paciencia, al padecer-con; por ello no se puede ceder a la tentación funcionalista de aplicar

---

soluciones rápidas y drásticas, movidos por una falsa compasión o por meros criterios de eficacia y ahorro económico. Está en juego la dignidad de la vida humana; está en juego la dignidad de la vocación médica».

[96] Juan Pablo II, Carta Ap. *Salvifici doloris* (11 febrero 1984), n. 29: *AAS* 76 (1984), 246.

[97] Juan Pablo II, Carta Enc. *Evangelium vitae* (25 marzo 1995), n. 5: *AAS* 87 (1995), 407.

[98] Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologiae*, I, q. 21, a. 3.

[99] Cfr. Benedicto XVI, Carta. Enc. *Spe salvi* (30 noviembre 2007), n. 39: *AAS* 99 (2007), 1016: «Sufrir con el otro, por los otros; sufrir por amor de la verdad y de la justicia; sufrir a causa del amor y con el fin de convertirse en una persona que ama realmente, son elementos fundamentales de humanidad, cuya pérdida destruiría al hombre mismo».





# OBISPO





## OBISPO

## HOMILÍAS

**Misa Exequiral por el Ilmo. Sr. D. José Estévez Armada***Catedral de San Martiño de Ourense, 5 de julio de 2020*

Rom 8,14-23 (p 494)

Mt 5, 1-12<sup>a</sup> (p 506)

Mis queridos Hermanos sacerdotes concelebrantes

Miembros de la Vida Consagrada y de las Sociedades de Vida Apostólica. Seminaristas

Hermanas y hermanos míos en el Señor.

¡Queridos amigos todos!

En primer lugar quisiera saludar con especial afecto a D. Justo y a los demás familiares de D. José Estévez Armada y les trasmito en mi nombre, y en el de todos los sacerdotes tanto presentes como ausentes, nuestro más hondo pesar por el fallecimiento de este sacerdote bueno y fiel, sentimiento que nos afecta igualmente a todos nosotros porque también él pertenecía a esta gran familia que es el Presbiterio Diocesano que siente su muerte y la acogemos con un profundo sentido de esperanza. A estos sentimientos se han unido tanto Su Emcia. el cardenal Carlos Osoro, como los Sres. Obispos Mons. Diéguez y Mons. Quinteiro, respectivamente. Los tres me han manifestado, de palabra y por escrito que D. José fue para ellos un colaborado fiel, muy claro en lo que veía y pensaba, así como un sacerdote muy libre a la hora de expresar con gran libertad sus opiniones en cada momento. También ellos se unen a esta Eucaristía. A estos testimonios de pesar se unen el del Administrador Diocesano de la Diócesis hermana de Astorga y los Vicarios de Santiago, Mondoñedo y Lugo.

Mis queridos hermanos sacerdotes: cualquiera de vosotros podrías pronunciar esta homilía, mucho mejor que yo, porque habéis conocido, tratado y colaborado con D. José, en los diversos ministerios que desempeñó en esta Diócesis hasta que se jubiló por motivos de salud y de edad. Algunos lo habéis tenido de rector, otros fuisteis sus alumnos y todos habéis estado en contacto con él a través de los muchos años en los que ocupó la Vicaría General de esta Diócesis, ejerciendo, además, la delicada función de Administrador Diocesano, sede vacante, entre el pontificado de Mons. Diéguez y el de Mons. Osoro. Yo he conocido a D. José en el ámbito estrictamente académico cuando, como profesor invitado, explicó Metafísica y Gnoseología en el Instituto Teológico Compostela. Fue allí en donde

entablé amistad con aquel sacerdote bueno e inteligente que se preocupaba por aquellos alumnos a los cuales aquellas materias que él impartía y en las que ponía toda su pasión especulativa, les resultaban especialmente complejas y abstractas. Más tarde, por designios inescrutables de la providencia, aquel colega profesor me ayudó a tomar conciencia de la realidad de esta Iglesia en Ourense, durante los primeros meses del ejercicio de mi ministerio pastoral. Fueron momentos especialmente delicados y difíciles que jamás olvidaré. Sin embargo, no nos hemos reunido en esta Iglesia Catedral para realizar un panegírico, cosa que estaría fuera de lugar y, segurísimo, tal como era D. José, le disgustaría mucho. Este es un encuentro de fe con ocasión de la marcha a la eternidad de un hermano nuestro sacerdote.

Nos ha reunido aquí, en esta Iglesia Catedral, no solo el afecto y agradecimiento a este hermano sacerdote, sino nuestra fe en la Resurrección de Jesucristo que es el fundamento de nuestra esperanza de que tanto nuestro hermano como cada uno de nosotros resucitará. Estamos inmersos en una sociedad impregnada por la cultura del bienestar en donde el pragmatismo, el poder, el fuerte hedonismo, el relativismo, no solo de la verdad, sino también de la realidad nos rodean por todas partes; dentro de este complicado horizonte en el que hemos sido invitados por el Señor para vivir nuestra fe en la resurrección, el hecho del morir humano se convierte en un obstáculo para poder admitir al mismo Dios y, en muchos casos, se tiende a apartar la realidad de la muerte de la esfera de las relaciones sociales y, sobre todo del ámbito familiar.

Ante esta situación tenemos que constatar que la aparición de la Covid-19 nos ha ayudado a todos: autoridades a todos los niveles, la sociedad civil, los medios de comunicación, y a nosotros mismos, a abrir la puerta de nuestra existencia a la muerte. ¿Os habéis fijado que no falta un día en que no se nos digan las cifras de muertes, o, lo que es peor, la constante politización del número de las mismas? De lo que se hablaba, nada más que por accidente o, solo en las esquelas de la prensa local, ahora se está convirtiendo en un protagonista cotidiano.

Sin embargo, la fe en Jesucristo resucitado y vivo nos ayuda, entre cosas a enfrentarnos con la realidad y esta es aquella que ya se planteaba en el ambiente pagano de la primera evangelización: no se trata de que no se puede negar la existencia de la muerte, sino más bien, como ya señalaba el apóstol Pablo: *Si no hay resurrección de muertos, tampoco Jesucristo ha resucitado* (1 Cor 15, 13-15). De ahí que en la primera lectura proclamada se nos habla, con fuerza, de que *somos hijos de Dios y sí hijos, herederos de Dios, de modo que, si sufrimos con Él, seremos también glorificados* (Rom 8, 14-23); de ahí que aquel gran pastor de los primeros siglos de la vida de la Iglesia, también en momentos difíciles y quizás más complicados que los nuestros llego a decir:

*La gloria de Dios consiste en que el hombre viva, y la vida del hombre consiste en*

*la visión de Dios* (S. Ireneo, Contra las herejías, Lib. 4, 20,5-7).

¡Que el hombre viva! Y ese es el motivo que ha cautivado el corazón de tantos cristianos, entre ellos nuestro hermano sacerdote que habiendo descubierto desde siempre que la verdadera vida es buscar la gloria de Dios y, con la rectitud de intención que ya vivió desde su etapa de seminarista, a pesar de las tribulaciones que ha sufrido en aquellos momentos, como en el ejercicio de su ministerio, y de manera especial siendo estudiante en Roma, en donde la “búsqueda de la gloria de Dios” siguiendo la estela de la espiritualidad ignaciana, se grabó en su vida y más tarde, en todo su recorrido pastoral desde el Seminario, como profesor y rector, como cura-económico en el Buen Jesús do Cebollino y encargado de Sta. María de Lamela, y como profesor en la Universidad Laboral, como Capellán de las Carmelitas Descalzas pero, sobre todo al frente de la Curia Diocesana haciendo que desde ese organismo se hiciese más posible y cercano el ministerio pastoral de Obispo. No es fácil el ejercicio de un cargo de responsabilidad, tampoco lo es en la Iglesia, ¡todo lo contrario! No lo olvidemos, estamos para servir y, con siguiendo el espíritu paulino estamos llamados a “gastarnos y desgastarnos no por nuestras cosas sino por vosotros mismos”, es decir, por el santo Pueblo de Dios. Es esta la cruz y a la vez la alegría que mueve la vida del sacerdote que en medio de esta sociedad se encuentra con que se le responde con incomprendimientos, censuras, críticas y falsas verdades. Sabemos bien que en la Iglesia todo ministerio jerárquico adquiere un especial sentido de cruz porque, como tantas, seguro que os enseñó D. José con sus enseñanzas, salpicadas de anécdotas, se trata de servir con bondad al bien de los fieles, sin descuidar y, mucho menos manipular la verdad de Jesucristo y de su Iglesia, de ahí que aquel que ha desempeñado este servicio con los últimos cuatro obispos que han ocupado la sede auriense, como es el caso de D. José Estévez Armada, ha podido hacer suyos los sentimientos expresados en la Palabra proclamada en esta liturgia: *Los sufrimientos de ahora no se pueden comparar con la gloria que un día se nos manifestará.* Esa gloria quiera Dios que hoy ya sea perenne actualidad para nuestro hermano sacerdote, porque la cruz es un signo que acompaña siempre la gloria de Dios, de ahí que para nuestro hermano esas cruces que ha vivido por hacer posible la verdad de la acción de la Iglesia hayan generado paulatinamente, en su corazón generoso y fiel, la bondad y la paz con la que quería solucionar las graves dificultades con las que se encontraba. Recemos para que el espíritu de las Bienaventuranzas, que una vez más ha resonado hoy en esta asamblea litúrgica, se haga realidad en su existencia en esos cielos nuevos y en esa tierra nueva, de manera especial, se cumplan en él aquello que hoy hemos proclamado: *Bienaventurados los pobres, los mansos, los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.* (Mt 5, 1-12).

La liturgia de la Iglesia nos dice: *Sus obras le acompañan!* De muchas de ellas somos testigos los que estamos aquí, de la mayoría de sus acciones sólo Dios

es sabedor de ellas. Los méritos obtenidos en esta vida por Don José le hacen acreedor de la misericordia de Cristo y mucho más después de esta larga etapa de enfermedad con la cual el ser humano es purificado y aquilatado con el oro en el crisol del sufrimiento, de la precariedad física, en definitiva: de la cruz.

Desde aquí invocamos a nuestra Señora de las Maravillas y del Mundil, advocaciones marianas vinculadas con Santa María de Cartelle, parroquia que ha sido cuna de muchas vocaciones para la vida sacerdotal y consagrada, en la que vio la luz en el lejano 11 de febrero de 1932, y en donde descansan sus restos mortales desde ayer tarde. Qué Santa María Madre y los santos pastores salgan a su encuentro y le conduzcan a la ciudad santa de la luz y de la paz.

Que así sea.

---

**Ordenación sacerdotal de los Rvdos. D. Adrián Rodríguez Iglesias  
y D. Francisco López Gómez**

*Capilla del Seminario Mayor Divino Maestro, 2 de agosto de 2020*

Saludo con cordial afecto a los miembros del Presbiterio Diocesano que a pesar del peso del trabajo pastoral de este Domingo han querido estar presente en esta solemne liturgia de Ordenación Sacerdotal, acompañando al Obispo y a la Comunidad eclesial como signo y expresión viva de comunión.

A los familiares y amigos de los ordenandos.

Y a todos vosotros, hermanas y hermanos míos que, a causa de los protocolos de las autoridades sanitarias debemos observar con fidelidad una serie de normas que afectan a esta asamblea litúrgica y a nuestra manera de estar presentes; soy consciente de que tan sólo constituís una parte de toda esta gran familia que es la Iglesia Diocesana que desearía estar también con nosotros asistiendo a esta gozosa y emotiva celebración. Su sacrificio se convertirá en una ayuda extraordinaria de gracias operativas para los ordenandos y para el Seminario.

Mis queridos Adrián y Fran:

Vuestra ordenación sacerdotal, don de Dios a esta Iglesia, que se hace efectivo a través de vuestra disponibilidad y entrega, hemos tenido que aplazarlo hasta este momento. De todas las fechas que me habéis propuesto he escogido este día, de nuestro caluroso verano, no sólo por ser el Día del Señor, cuya importancia para la vida de los hijos de la Iglesia, debemos comprometernos a revalorizar; sino también porque hoy celebramos la fiesta de Nuestra Señora de los Ángeles, y a ella quisiera encomendar vuestro las primicias de vuestro ministerio, y una vez más a todo el Presbiterio Diocesano, de manera especial a los que están enfermos o se encuentran viviendo alguna circunstancia especial, al Seminario, a las vocaciones sacerdotales, y también a mí mismo, porque son muchas las tareas que se me han encomendado y pocas son mis fuerzas para llevarlas adelante. Imposible hacerlo sin la ayuda del Espíritu y sin la certeza de contar siempre con la tierna presencia de la Santa María Madre, y con la colaboración del Presbiterio.

Mis queridos ordenandos:

Alguien ha dicho que vivir es hacer algo que merezca la pena con la propia vida, algo positivo y de acuerdo con las posibilidades que tiene cada uno, sin olvidarnos de vuestro punto de partida, que es vuestra historia personal con sus luces y sombras, pero en la que no falta una gran ilusión. Os ruego que “mañana”, no me refiero al día 3 de agosto, sino a ese misterioso día que se encuentra situado en vuestro futuro inmediato, quizás sea ese momento de vuestra vida en la que el Obispo o su Vicario os encomienden el ejercicio de un ministerio al servicio de la Iglesia y, por lo que fuese, os resulta doloroso aceptarlo porque podéis pensar que

no os lo merecéis o que se han equivocado con vosotros; os ruego que, entonces, os acordéis de lo que estamos haciendo y, en vuestro caso, viviendo con toda la intensidad que puede el corazón humano. Esto os dará mucha luz para vivir la disponibilidad, la entrega y el servicio a la Iglesia y al bien de tantos hombres y mujeres que os esperan, ya sea en una de las parroquias más pequeñas de nuestra Diócesis, en las villas, o en la misma ciudad.

Para que vuestra existencia sacerdotal sea bien vivida y haga de vosotros unos sacerdotes fieles y felices, os ruego que pongáis vuestro amor joven y vuestra ilusión en el ejercicio del ministerio que se os encomiende; y no olvidéis las palabras de la profecía de Isaías que acaban de ser proclamadas: *Escuchad atentos (...) Inclínad vuestro oído, venid a mí: escuchadme y viviréis. Sellaré con vosotros una alianza perpetua* (Is 53, 1-3). ¡Una alianza de amor!

En nuestra Iglesia, en palabras del papa Francisco: sobran *profetas de calamidades* (EG 84). No sirven aquellos que aprovechan toda ocasión para dar lecciones a todos y, como dice el Papa, llenos de vanidad propia están hablando de *lo que habría que hacer* - el habría queísmo - como si fuesen los maestros espirituales y sabios pastorales que señalan desde fuera lo que hay que hacer como una réplica constante a aquellos que tienen el ministerio del gobierno pastoral (EG 96). No convirtáis vuestro sacerdocio en un funcionariado de aduanas (EG 47). Habéis nacido para algo distinto y se espera de vosotros que nos ofrezcáis un rostro distinto del sacerdocio en la Iglesia

Estáis llamados a ser sacerdotes testigos-misioneros, por ello os exhorto a que luchéis con todas vuestras fuerzas a no dejaros metalizar el corazón con las ansias de poder y de dinero, la pobreza evangélica es una virtud esencial del apóstol moderno que le hace un ministro auténtico; es decir, un servidor de los hermanos, siempre disponible, sin moverse por los interés de *haber y debe*. Os aseguro, mis queridos Adrián y Fran, y también os lo digo a vosotros mis hermanos en el sacerdocio, que si vivimos con radicalidad el desprendimiento de las cosas, de los posibles lazos afectivos con personas particulares, o con grupos reducidos - *que tarde o temprano se nos pueden convertir en una pesada hipoteca personal y pastoral que nos impedirá ser libres para estar abiertos a todas las necesidades de la Iglesia* -, buscando siempre la comunión con el Obispo, con sus Vicarios, en definitiva con el Presbiterio Diocesano, seréis felices. Vivid los encargos ministeriales como un don de Dios y, al mismo tiempo con un auténtico espíritu de servicio y de disponibilidad, os ruego que luchéis contra esa mentalidad benefical o funcional, no os hagáis a la idea de estar toda vuestra vida sacerdotal en el mismo lugar, pensad en el bien Pueblo de Dios que a veces se harta de nosotros, aunque nos aplaudan y adulen por delante, pensad también en vuestro bien, porque la disponibilidad nos hace siempre más libres, más dinámicos, más fieles al querer de Dios y disponibles al servicio del Santo Pueblo de Dios. No tengáis conciencia

de que Dios *juega a los dados* en la mesa del Obispo a la hora de encomendaros una tarea ministerial; sería doloroso para vosotros y para mí que ante un posible encargo pastoral que se os pidiera, os sintierais *más arrojados que enviados*. No os olvidéis nunca de que el que siente en su corazón que es enviado, lleva gravada en su existencia la certeza de que el Señor le dice constantemente: *No temas, Yo estaré siempre contigo*. O como nos recuerda el texto de Pablo a los Romanos: *¿Quién nos separará del amor de Cristo?; ¿la tribulación?; ¿la angustia?; ¿la persecución?; ¿el hambre?;... ¡un destino que no esperamos!, ¡un traslado que nos disgusta! (...)* Pero en todo esto *vencemos de sobra gracias a aquel que nos ha amado* (Rom 8,35. 37-39)

Ahora bien, el que se sienta *arrojado, y no enviado*, se sitúa dentro de tácticas no evangélicas que muy bien podrían resumirse en lo que un literato de nuestra tierra dejó plasmado en aquel proverbio: *El que resiste, gana*. Esta es una consigna voluntarista que puede seros útil si queremos reducir nuestra vida a simples funcionarios de lo sacro, pero es inservible para llevar a cabo una *Iglesia en salida, abierta* a las necesidades de nuestras gentes porque *la Iglesia tiene que ser el lugar de la misericordia gratuita, donde todo el mundo pueda sentirse acogido, amado, perdonado y alentado a vivir según la vida buena del Evangelio* (EG 114).

Vivimos en una sociedad en la que se ha entronizado el *aquí* y el *ahora*; es decir la cultura del instante, o si queréis, la idolatría de la inmediatez. Parece que estamos viviendo un culto polimórfico a la fugacidad de la vida. Se subraya lo urgente frente a lo que puede y debe esperar, lo cercano frente a lo lejano (EG 62). Corremos el riesgo de olvidarnos de “lo esencial”. El sacerdote vive en medio de esta sociedad y debe luchar para no caer en la tentación de la inmediatez. Qué sería de Juan María Vianney, de Juan de Ávila, o de Pedro Poveda si se dejasen llevar de este criterio. Hubiesen pasado sin pena ni gloria por la historia de esta humanidad que busca un sentido para su vida y hoy, seguro, no celebraríamos ni sus memorias, ni su martirio.

Amigos míos: tenemos la clave para no sucumbir, especialmente vosotros los jóvenes, ante este proyecto que nos envuelve por todas partes. Es fundamental que cuidemos nuestra vida sacerdotal: oración personal y litúrgica; lectio cotidiana de la Palabra de Dios; encuentros con los demás sacerdotes en el Arciprestazgo, los retiros mensuales y los Ejercicios anuales, debemos prestar atención a los sacramentos en nuestra vida, no os olvidéis, que si nosotros no nos confesamos con frecuencia tampoco estaremos ilusionados con prestar este servicio a nuestros hermanos y hermanas que sé que lo buscan; y tampoco debemos dejar nuestro acompañamiento espiritual, como si sólo fuese una tarea a cumplir durante el periodo formativo del Seminario. Si obramos así, y somos constantes en esta dinámica de la santidad, seremos capaces de conseguir una visión larga de nuestra propia biografía, y tendremos una mirada de trascendencia, una perspectiva y un horizonte sobrenatural; en definitiva, seremos esos testigos-misioneros vacuna-

dos contra el cansancio, el stress, las decepciones, el voluntarismo frustrante, los achaques de salud, las tentaciones de amor propio - amor autorreferencial - las crisis existenciales que pueden llegar a oscurecer la perspectiva del amor que el Señor alumbró en vosotros tal día como hoy.

Por último, y no por eso menos importante, os ruego que os esforcéis por hacer de la Iglesia una *institución creíble* - como nos recuerda el papa Francisco - ante la opinión pública a través de los gestos coherentes de vuestra vida sacerdotal, *confiable* en lo que respecta al ámbito de la solidaridad y a la preocupación por potenciar la presencia de Cáritas allí donde os encontréis, así como una apertura a los más vulnerables y necesitados, en lo que hoy hay que incluir a los ancianos, a los niños y a los jóvenes. Sed hombres que solucionan problemas, no os convertáis en agentes de crítica destructiva y de tensiones innecesarias que destrozan la vida fraterna en el Presbiterio Diocesano. Sed hombres de paz y constructores de esa civilización del amor a la que nos invita la Iglesia convirtiendo vuestra vida en auténticos heraldos del Evangelio de Jesucristo.

Que Santa María Madre, Reina de los Ángeles, se convierta para vosotros en luz y guía de vuestro sacerdocio. Amén.

## Fiesta de Santa Clara

*Monasterio de Madres Clarisas Reparadoras de Vilar de Astrés, 11 de agosto de 2020*

*Como el Padre me ha amado, así os he amado yo; permaneced en mi amor. Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor (Jn 13, 9-10).*

Mis queridos hermanos en el sacerdocio.

Rvdma. Madre Abadesa y querida Comunidad de Monjas Clarisas Reparadoras de Vilar de Astrés.

Hermanos y hermanas en el Señor.

Celebrar la solemnidad litúrgica de Santa Clara en este monasterio es una ocasión propicia para dar gracias al Señor por los innumerables beneficios que hemos recibido de su gran bondad. Primero porque gracias a esta fiesta podemos vivir una experiencia de comunión con esta familia monástica a la que estamos unidos por vínculos espirituales y fraternales y, al mismo tiempo, porque tenemos la fortuna de encontrarnos para participar juntos en la Eucaristía que es y significa la unión íntima con Jesucristo y, gracias a ella se potencia y dinamiza el misterio de la comunión de la Iglesia, que se hace gesto elocuente en esta concelebración, en la participación activa de todos los que, no solo nos encontramos aquí reunidos físicamente, sino también en aquellos que han pasado a la eternidad, porque la Eucaristía es, también, una anticipación de la gloria celestial, ya que por medio de ella *nos unimos ya a la liturgia del cielo y anticipamos la vida eterna cuando Dios será todo en todos* (1 Co 15,18).

Una expresión de esa *gloria de Dios* la encontramos en sus santos, que constituyen el rostro más hermoso de la Iglesia, una presencia del cielo en la tierra, de la eternidad en el tiempo, esto lo podemos descubrir como ejemplo en esta virgen fundadora que es Santa Clara.

Una mujer que distante de nosotros en el tiempo, que nace en 1193, en el seno de la familia acomodada, la de Favarone y Hortolana ¿qué nos puede decir hoy a los que estamos aquí? ¡Mucho! porque *el amor es más fuerte que la muerte* (Cant 8,6-7) y ella, con su vida, y sobre todo con la entrega a su gran amor, el Eterno Viviente, Nuestro Señor Jesucristo, sigue siendo perennemente actual. Su amor ha traspasado las fronteras del tiempo y penetrando en la gloria de Dios se hace presente en la vida de los hombres y mujeres de todos los tiempos. La vida de vuestra Santa Madre Fundadora ha sido una existencia que sólo es comprensible desde su respuesta al Amor. Permitidme tan solo unas pinceladas de su biografía que, seguro, conocéis muy bien. Con solo diecisiete años, en 1210, nos dicen las crónicas de su tiempo, que asistió a una especie de charlas cuaresmales que predicó san Francisco en Asís; aquellas palabras *le hablaron al corazón* - como

dice la profecía de Oseas que acabamos de proclamar - y *en lo más íntimo de su propia intimidad* se desposó en fidelidad y justicia con su Señor, y lo hizo para siempre.

Desde el primer momento fue consciente de que ese tesoro - el tesoro del amor de Dios - lo llevaba en la pobreza de una vasija de barro, y fue descubriendo que cada día que esa fuerza extraordinaria y ese dinamismo que brotaban de ese amor de Dios, no provenía de ella misma sino que era puro don, pero tenía que custodiarlo, por eso en aquel Domingo de Ramos en la Pasión del Señor, año de 1212, marcha del hogar paterno, se aparta de las comodidades y de las riquezas de su ilustre linaje, lo deja todo, y se convierte en Dama de la Santa Pobreza.

Hermanas y hermanos míos ¡cuántas lecciones nos han dado, y siguen dando, los santos con los gestos significativos que acreditaron su existencia de verdaderos creyentes en el Amor, de ese amor que nos primerea siempre, que toma la iniciativa en nuestro querer y actuar, y que lo hace, como todavía recordamos, a través del *susurro de una brisa suave* (1 Re 19, 12); lo hace sin violencia, sin coartar la libertad de nadie, basta tan solo que sepamos abrir esa vida nuestra a esa energía vital y transformadora que es el Amor de Dios que con la fuerza del Espíritu quiere hacer morada en nosotros *para dar fruto*, como el sarmiento que está unido a la vid. ¡Cuántos jóvenes, y menos jóvenes, en la época de Francisco y Clara de Asís pudieron contemplar con sus propios ojos la belleza de tanta generosidad y entrega! La gran mayoría siguió caminando a su ritmo, desentendidos del querer de Dios que se hacía patente con tanta fuerza en aquel grupo de frágiles criaturas que se convirtieron en una bocanada de aire fresco en medio del pasotismo del ambiente, de la frivolidad y de tanta inercia estructural, también entre los eclesiásticos y los monjes de la época. Algo similar puede estar sucediéndonos hoy en medio de esta sociedad que, como aletargada por los medios de comunicación, y la fuerte ideologización de los grupos dominantes estamos asistiendo a un proceso en el parece que nos están quitando la tierra que pisamos y no nos damos cuenta. Pensemos, por un momento en todo lo que está aconteciendo en torno a esta pandemia que todavía no se ha ido; es más, sigue presente - ya son millones en el mundo los que han muerto a causa del Covid-19- ¡y la grave situación económica que ya está entre nosotros y algunos no son capaces de reconocerla! Podemos seguir instalados en nuestro mundo, incluso en nuestras inercias pastorales, pero el dedo de Dios está apuntando en otra dirección. ¡Como en los tiempos de Santa Clara!

Santa Clara estaba convencida - y no nos olvidemos que era una joven de su época - de que *en la medida en que se ama algo temporal, se pierde el fruto de ese amor*. Ojalá hiciéramos nuestra esta experiencia y nos planteásemos nuestra vida de una manera más radical, más entregada; es decir, situásemos nuestra vida de consagrados - la consagración radical es aquella que brota del bautismo - en la

perspectiva de la auténtica conversión. Como cristianos no podemos cruzarnos de brazos y esperar que pasen las circunstancias adversas y vengan tiempos mejores; no nos olvidemos de esa realidad que me gusta repetir con frecuencia, es un pensamiento de aquel gran eclesiástico del siglo II que fue san Ireneo, un intelectual que habiendo nacido en oriente termina siendo obispo en la Galias. ¡Qué bien se bien se expresa en este ejemplo la catolicidad de la Iglesia! Y esto no es algo que haya podido acontecer en siglos pasados de nuestra historia, lo podemos vivir también hoy, recordemos las palabras recientes del papa Francisco sobre los migrantes en medio de nosotros. Es verdad que este pensamiento habría que matizarlo y no es este el momento para hacerlo.

San Ireneo, al igual que mucho más tarde, Francisco, Clara, Maximiliano M<sup>a</sup> Kolbe, Edith Stein, Madre Teresa de Calcuta, los santos - los mejores hijos de la Iglesia, se dejaron penetrar por el *susurro de esa brisa suave*, se dejaron penetrar del Señor - como nos recuerda Oseas - y descubrieron que *la gloria de Dios es el hombre viviente y la vida del hombre es la visión de Dios* (Adversus Haereses, IV, 20). "*Gloria Dei, vivens homo*". Sí, hermanas y hermanos míos: La Gloria de Dios es el hombre viviente y la vida del hombre es la visión de Dios; de ahí que las palabras del apóstol Pablo que se han proclamado en esta liturgia de la solemnidad de la Santa Madre Clara de Asís, se convierten para vosotros y para mí en un programa de vida: *Llevamos este tesoro en vasijas de barro, para que se vea que una fuerza tan extraordinaria es de Dios y no proviene de nosotros. Atribulados en todo, más no aplastados; apurados, más no desesperados; perseguidos, pero no abandonados; derribados, más no aniquilados, llevando siempre y en todas partes la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo (...) la leve tribulación presente nos proporciona una inmensa e incalculable carga de gloria* (2 Cor 4, 7-10; 17-18); y esa gloria, de modo anticipada se nos manifiesta y refleja en el rostro de Cristo, el Crucificado-Resucitado, y un eco de este Cristo lo encontramos en la vida y en las obras de los santos.

Quisiera finalizar mis palabras con la bendición que Santa Clara ofrece a sus hermanas y que, seguro, nos puede servir a cada uno de nosotros: *Os bendigo en mi vida y después de mi muerte, en cuanto puedo y más aún de lo que puedo, con todas las bendiciones que con que el Padre de las misericordias bendijo a sus hijos e hijas y los bendecirá en el cielo y en la tierra. El Señor esté siempre con vosotros y vosotros estéis siempre con Él.* Este también es mi deseo, queridos hermanos y hermanas, y os ruego que, por caridad, hagáis lo mismo conmigo.

Que así sea.

## **Funeral por Mons. Camilo Lorenzo Iglesias, Obispo Emérito de Astorga**

*Parroquia de San Mamed da Canda -Lugar de Cotelas-, 14 de agosto de 2020*

*Rom 8, 31b-35.37-39*

*Mt 5, 1-12<sup>a</sup>*

Mis queridos hermanos sacerdotes concelebrantes.

Señores Alcaldes de Piñor, Cea y Villamarín.

Sr. Secretario de la Subdelegación do Gobierno en Ourense.

Hermanas y hermanos míos en el Señor:

En primer lugar quisiera hacerles llegar, una vez más, a los hermanos y demás familiares de Mons. Camilo Lorenzo Iglesias, obispo que fue de Astorga, mis sentimientos de pesar por el tránsito a la eternidad de este buen pastor que ha sido D. Camilo, y no son sólo míos sino también los de este Presbiterio Diocesano de Ourense en el que Mons. Lorenzo Iglesias nació y vivió su ministerio sacerdotal hasta que la divina provincia le llamó a prestar un servicio eclesial a la Diócesis hermana de Astorga.

En esta mañana nos hemos reunido en este lugar de Cotelas - dentro del concello de Piñor -, que ofrecido por los vecinos hoy se convierte en un templo muy singular; el cielo de esta tierra es la bóveda que nos cubre y, al mismo tiempo nos habla de esa dimensión de infinitud y de eternidad tan propio del espíritu humano que siempre está luchando y esforzándose por ir más allá, porque ¡nuestro corazón - nuestra vida- no tiene fronteras!; por otra parte, las paredes que configuran las naves de este templo son las casas en donde transcurre la vida cotidiana de los vecinos, muy cerca de aquí está el lugar de la escuela en donde estudió D. Camilo hasta que se fue al Seminario; en el horizonte nos encontramos con la naturaleza que da a este lugar una prestancia muy especial. Este lugar lo habéis convertido en una catedral lleno de una serie de resonancias que nos hacen más próximo, si cabe a nuestro hermano D. Camilo, y en este templo tan especial hemos escuchado una de las páginas más hermosas de la literatura religiosa de todos los tiempos, y, sin ninguna duda, uno de los capítulos más especiales y emblemáticos del Evangelio. Precisamente aquí se nos ha proclamado las Bienaventuranzas, quizás por primera vez en la historia de este lugar.

Cuantas más veces las escuchamos, tantas más se convierten en un mensaje lleno de una profunda novedad y, al mismo tiempo, constituyen un reclamo que quiere transformar nuestra vida, como en su día quedó transfigurada la vida de un hombre, vecino de esta tierra, que respondiendo a la llamada de Jesucristo le siguió, primero en el ministerio sacerdotal y, después, al ser elegido sucesor de los Apóstoles, ejerciendo el ministerio episcopal, a lo largo de veinte años, al frente de la antigua iglesia asturicense.

Hemos escuchado, una vez más, y con emoción: *Bienaventurados los pobres... los sufridos... los que lloran... los que tienen hambre y sed de la justicia... los misericordiosos... los limpios de corazón... los que trabajan por la paz... los perseguidos por causa de la justicia... Dichosos vosotros cuando os insulten y os persigan y os calumnien de cualquier modo por mi causa. Estad alegres y contentos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo (Mt 5, 1-12).*

Os recomiendo, sobre todo a los que habéis conocido y tratado a D. Camilo, de manera especial a lo largo de los **veintinueve años** en los que ejerció su ministerio sacerdotal en esta Diócesis; os ruego que os esforcéis por contemplar en la vida de nuestro hermano cada una de estas bienaventuranzas; me vais a permitir que os manifieste mis sentimientos, sin ninguna duda yo creo que hay una de estas bienaventuranzas en la que se puede reflejar muy bien la vida y el ejercicio de su ministerio, de este buen pastor: *Bienaventurados los que trabajan por la paz porque ellos se llamarán Hijos de Dios.*

He tenido la suerte de conocerle y tratarle muy de cerca desde mi llegada a Ourense, me consideraba su obispo por sentirse él muy de Ourense; esta humilde actitud, además de edificarme, me ayudaba a abrirle el corazón para que me orientase en los primeros momentos de mi singladura como pastor de esta Iglesia particular. El conocía muy bien al clero, había sido formador, profesor, rector y compañero de gran parte de los sacerdotes de nuestra querida Diócesis, había sido aquí miembro del Consejo Presbiteral y del Colegio de Consultores. Era un hombre constructor de paz, pero no era una paz cualquiera, como la de los cementerios, sino que su paz brotaba de un corazón abierto al querer de Dios que se le hacía patente a través de la contemplación de la Palabra del Señor y le impelía a contemplar el rostro de Dios en los hermanos, de manera especial en el de los necesitados, pensando en ellos impulsó una serie de obras de beneficencia y solidaridad. Sintió muy de cerca las necesidades de los sacerdotes y, de manera especial, se preocupó de la formación permanente y espiritual del clero, sabiendo que de ella dependía toda la labor eclesial. Ese fue, digámoslo de algún modo, su carisma particular hasta que apareció la enfermedad. En la familia, como seminarista, en la universidad compostelana, en la parroquia de Nuestra Señora de Fátima, en los Equipos de Nuestra Señora, en los dos Seminarios, Mayor y Menor, en donde el mismo manifestó que había sido muy feliz, y, sobre todo, a lo largo de sus veinte años como obispo de Astorga ¡Cuántos conflictos y enfrentamientos fueron solucionados con solo su presencia!

Bienaventurados los que trabajan por la paz... En esta Eucaristía no sólo nos hemos reunido para rezar por el eterno descanso de D. Camilo, a cuyo funeral de entierro en la hermosa catedral de Astorga, muchos de vosotros no habéis podido asistir por motivo de las normas protocolarias establecidas por las autoridades sanitarias para evitar la propagación de esta pandemia, de ahí que hoy nos

encontramos aquí, no sólo para rezar por él, sino que también pedimos los unos por los otros y, lo que es más importante, es una ocasión propicia para dejar que nuestra existencia se abra al testimonio de este buen pastor, y como agente de paz a lo largo de su ministerio sacerdotal y episcopal, se convierta en un reclamo para todos nosotros, de tal manera que con la fuerza de la Palabra de Dios y con la energía que brota del sacramento eucarístico, nos convirtamos en constructores de esa paz en medio de nuestra sociedad, una paz que nuestro mundo hoy tanto necesita: paz en los hogares, en medio del entramado social en el transcurre nuestro vivir cotidiano, entre los agentes sociales, los que nos gobiernan, los que forman a los niños y jóvenes. Apostemos por ser constructores de paz como nos pedía el santo Papa Juan XXIII.

Estamos viviendo momentos difícil en todos los ámbitos del quehacer humano, tanto familiar, como social, eclesial, político y económico. El Covid-19 nos está dejando muy tocados. Se están cambiando formas de actuar y de ser que no sabemos si volverán a vivirse como antes. Ante esta situación queremos dejar que se sienta con fuerza la proclamación de la carta de san Pablo a los fieles de la Iglesia de Roma y que nos ha ofrecido la liturgia que estamos celebrando, ¡es una Palabra dirigida a cada uno de nosotros!

*Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros? (...) Quién podrá apartarnos del amor de Cristo?: ¿la aflicción?, ¿la angustia?, ¿la persecución?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?, ¿el peligro?, ¿la espada? Pero en todo esto vencemos fácilmente por aquel que nos ha amado (Rom 8, 31b-35.37-39).*

A esta lista que nos presenta el Apóstol podemos añadir ¡el Covid-19! Sólo venceremos si dejamos llenar nuestras existencias del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, Señor Nuestro; porque sólo Él nos puede *primerear* en el amor, sólo Él ha tenido y sigue teniendo la iniciativa en nuestra vida que con la fuerza del Espíritu puede hacer nuevas todas las cosas. Sin embargo, no podemos olvidar que no basta con cruzarnos de brazos y esperar a que el mismo Dios o los otros solucionen los males y las dificultades que encontramos en el camino de la vida. Esos cielos nuevos y esa tierra nueva a los que nos dirigimos como peregrinos de la fe, fascinados por el amor misericordioso de Dios, nos lleva a luchar de tal modo que vivamos nuestra existencia creyente comprometiéndonos con la causa del Reino de Dios. En este sentido, qué aleccionador es poder repasar los hitos más destacados del pontificado de Mons. Camilo Lorenzo en la Diócesis de Astorga, que con ocasión de sus veinte años al frente de la iglesia asturicense y de la que ha sido publicada una hermosa monografía. Ha sido un signo de la ternura de Dios precisamente porque era consciente de que contando con la ayuda del amor de Dios se necesitaba muy poco para vivir: las personas que le acompañaron en su ministerio pastoral afirman que su tenor de vida fue siempre la de un hombre sencillo y humilde, en la profunda atención con que escuchaba a

sus interlocutores, en la facilidad que tenía para pasar desapercibido, en la sonrisa que nunca faltaba e su rostro.

Bajo la mirada de la Virgen de la Majestad, en una de las capillas del ábside de la catedral de Astorga reposan sus restos mortales. Con la antigua oración de la piedad cristiana dirigida a Santa María quisiera finalizar esta reflexión: Acuérdate, Virgen María, cuando estés cerca de Nuestro Señor de decirle cosas buenas a Dios de D. Camilo, padre y pastor de su pueblo. Y que se acuerde también de esta Iglesia ourensana a la que tanto amó Mons. Lorenzo Iglesias y de la que siempre se sintió como uno de nosotros.

¡Que sus obras le acompañen! Salid a su encuentro santos del Señor. Salid en su ayuda ángeles del Señor, recibidle y presentadle ante el Dios de la misericordia.

## Domingo XX del T.O., Fiesta de S. Roque

*Santa Iglesia Catedral de San Martín, 16 de agosto de 2020*

Sres. Capitulares.

Saludo a las autoridades; hermanas y hermanos; fieles devotos de San Roque:

En este día del Señor, Domingo del T.O. celebramos en esta Catedral la Fiesta de San Roque, día señalado, desde hace siglos, en el que la ciudad, cálida, noble y generosa de As Burgas y del Santo Cristo realiza y renueva el secular "Voto a San Roque" por medio de nuestras autoridades municipales, pidiendo por la *ciudad y sus ciudadanos*.

En todas las catedrales gallegas, en sus grandes templos monásticos, en las parroquias, santuarios y ermitas siempre nos encontramos con esa imagen de un joven peregrino (indumentaria de un peregrino) con un perrillo a sus pies, enseñando en una de sus piernas unas llagas... ¡Es la imagen de San Roque!

Ha sido invocado como protector de ciudades, villas y pueblos contra el *azote de la peste*. Con esta palabra se designa esa enfermedad contagiosa, provocada por una serie de causas y que en diferentes momentos de nuestra historia ha diezmando la población. Una de las más famosas ha sido la del siglo XIV (1347); se llegó a perder el 25% de la población europea.

En el siglo XVI fue endémica en toda Europa y, en ese siglo, hubo peste intermitente en Galicia. Dicen las crónicas que los miembros de la Real Audiencia de A Coruña escaparon en 1569 y se refugiaron en Ourense ciudad más sana: (termas, Miño, etc).

Va a ser, en este siglo, en donde la mayor parte de la ciudad haga votos a los santos, en especial, san Roque, san Lázaro y san Sebastián. Soy consciente de que mis palabras pueden ser mal interpretadas por algunos. Sin embargo, con ocasión de la memoria del voto a San Roque -más simbólico que afectivo y real- quisiera hacerme esta pregunta: ¿qué nos puede decir a nosotros, hombres y mujeres del siglo XXI, que vivimos en la época de la telemática y que somos ciudadanos de este mundo digital, un hombre joven, que vivió y murió en el siglo XIV, él mismo a consecuencia de la ingratitud humana, después de superar la peste?

Los Santos, para los hijos de la Iglesia, son el rostro más hermoso de Dios, de un Dios que se hace presente entre nosotros. Con su vida, la existencia de Jesucristo se hizo viva y eficaz en distintos momentos de la historia humana, de manera especial en las circunstancias críticas.

¿Por qué está presente el recuerdo de san Roque? Porque cuando brota la pandemia se pone a cuidar a los enfermos, poniendo en práctica los conocimientos médicos que había obtenido en la facultad de medicina de su villa natal.

A él, el pueblo con fe, acompañado por sus autoridades y los sacerdotes, en

momentos de dificultades graves, cuando humanamente no se encontraban las soluciones adecuadas, volvieron sus ojos y sus manos suplicantes hacia los santos, poderosos intercesores.

En una sociedad como la nuestra, en donde la filosofía del progreso ha calado en todos los estratos de la población, en la cual un progreso técnico que gracias a la inteligencia humana y a los medios técnicos disponibles, de manera especial en el ámbito sanitario y socioambiental, ha hecho desaparecer muchas de las enfermedades de antes, se nos manifiesta la figura de este joven peregrino de la fe en Jesucristo como modelo a imitar.

La oración colecta de la misa de este Domingo nos puede servir para concretar nuestros propósitos. Hemos dicho:

“Oh, Dios que has preparado bienes invisibles para los que te aman, infunde la ternura de tu amor en nuestros corazones -como lo has hecho con el joven san Roque-, para que amándote *en todo y sobre todas las cosas*, consigamos alcanzar tus promesas, que superan todo deseo.”

Como aquella mujer de la que nos habla el Evangelio de san MT:15,21, supliquémosle al Señor:

*¡Ten compasión de nosotros, Señor!*

¡Señor ayúdanos!

Le pedimos ayuda, sobre todo, ante el azote de esas “pestes” modernas, la pandemia que nos está afectando, otros virus que nos visitan procedentes de otras latitudes y que parece que quieren quedarse, la plaga de los suicidios -especialmente en la gente joven-, los incendios que arrasan la belleza y la vida de nuestro ecosistema, la violencia en el seno del hogar, el azote de una crisis económica cuyas consecuencias hoy son impredecibles...

Al igual que los santos -como san Roque-, la actitud cristiana no consiste en juntar las manos, cruzarse de brazos y mirar al cielo, en espera que de ahí vengan las soluciones, no es esa la actitud correcta de un cristiano. Todos debemos comprometernos, colaborando y apoyando a las autoridades y sus normas justas además para construir un mundo más pacífico y armónico. Más convencido de que necesitamos aunar fuerzas, independientemente de ideologías, credos políticos o de actitudes religiosas. No nos olvidemos nunca que todo lo que hagamos para lograr el bien del ser humano es siempre para gloria de Dios, porque “la gloria de Dios es el hombre viviente y la vida del Hombre es la visión de Dios”.

“Gloria Dei, vivens homo”.

Recibid a Santa María Madre y a San Roque.

## Misa de Acción de Gracias por la presencia en el Asilo de Carballiño de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados

*Iglesia de la Vera Cruz de O Carballiño, 19 de agosto de 2020*

*Col 3, 12-17*

*Sal 144, 2-3. 4-5. 6-7. 8-9. 10-1*

*Mt 25, 31-46*

Sr. Vicario General de la Diócesis de Ourense.

Mis queridos hermanos sacerdotes concelebrantes.

Sr. Alcalde y demás miembros de la Corporación Municipal de O Carballiño.

Rvdma. Madre María Jesús Carbajo. Provincial de la Hermanitas de los Ancianos Desamparados.

Saludo con cordial afecto a la Madre M<sup>a</sup> Teresa Iglesia López y a las queridas Hermanitas de esta Comunidad de O Carballiño.

Agradezco que a través de la Tv local de O Carballiño sea retransmitido este acto y aprovecho para saludar a todos los que nos sigue a través de este medio.

Hermanas y hermanos en el Señor.

Queridos amigos todos:

*Cantad a Dios, dadle gracias de corazón, con salmos, himnos y cánticos inspirados.*

*Y, todo lo que de palabra o de obra realicéis, sea todo en nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él ( Col 3,12-17).*

Con estas palabras del apóstol san Pablo, que hace un momento han resonando en este templo de la Vera Cruz, quisiera iniciar mi reflexión de acción de gracias en este día.

En Agosto del año pasado, 2019, de parte de la Madre General de las Hermanitas con sede en Valencia me comunicaron que iban a dejar la Casa de O Carballiño, *debido a la falta de vocaciones y del personal religioso necesario*, así como por *la edad avanzada de un buen número de Hermanas*, no sólo en O Carballiño, sino también en otras Casas regentadas por las Hermanitas. Aquella noticia me causó un gran dolor porque cada vez que a un Obispo le comunican el cierre de una Casa Religiosa se pierde una presencia de Evangelio y de gracia en medio de nuestra sociedad.

Hermana M<sup>a</sup> Teresa: desde aquel momento hemos pasado unos meses de tribulación y de lucha espiritual aceptando la voluntad de Dios que se hace presente a través de la determinación de los superiores. Hemos trabajado en silencio y sin hacer ruido, con toda prudencia y reserva realizando las gestiones necesarias para que esa determinación pudiera tener otro camino. Sé de su dolor y el de muchas de las Hermanitas, tanto de las que en este momento forman parte de su Comu-

nidad como de aquellas que han pasado por esta Casa-Asilo a lo largo de su ya centenaria historia. El pasado 22 de febrero, el Capítulo General de las Hermanitas ratificó el acuerdo según el cual las Hermanitas de esta Comunidad deben abandonar O Carballiño. Desde aquel momento la determinación estaba clara, sin embargo la presencia de la pandemia y el confinamiento hizo que se ralentizase un poco este proceso y gracias a la generosidad de Vuestra Madre General se aplazó hasta este mes de agosto, concediéndonos el tiempo oportuno para tratar de buscar a otra Congregación Religiosa que pudiera sustituir a las Hermanitas, tarea nada fácil; sin embargo, con la ayuda del Cielo, en las últimas semanas hemos podido establecer un convenio con las Siervas de Jesús de la Caridad, que en los próximos días vendrá para el Asilo de la Fundación Hermanos Prieto.

Mis queridas Hermanitas: durante estos últimos meses tanto Vds. como el Obispo, han tenido que experimentar juntos la tribulación de los buenos, - es decir, la de las personas cercanas - escuchando con dolor y sufriendo con silencio, todo aquello que tan certeramente ha sido diagnosticado por el papa Francisco - estas son sus palabras - *la crítica, con frecuencia la calumnia, los chismes, la maledicencia, son plagas en la Iglesia y pueden destruir a las personas*. Sin embargo, en medio de esta realidad habéis vivido aquella máxima evangélica procurando anegar el mal en abundancia de bien y cubriéndolo con vuestra vida orante. Gracias a Dios, nunca habéis buscado el aplauso, ni el reconocimiento de nadie; lo genuinamente vuestro ha sido siempre *rezar, trabajar y, en medio de dolores y lágrimas, sonreír y desaparecer, buscando qué solo el Buen Jesús se luzca*, a través de vuestra vida entregada, como os lo diría vuestra santa Madre Fundadora.

Este acto de justicia que estamos celebrando y que no queráis porque no forma parte de vuestro estilo de vida religiosa, lo habéis aceptado para no contrariar el deseo de muchas personas e instituciones que os quieren de verdad y valoran mucho vuestro trabajo que, gracias a Dios, sigue presente en la Residencias de San José de Rairo y en el Hogar Santa María de Verín. Tenemos que seguir dando gracias al Señor porque no todas las Diócesis en nuestro país cuenta con casas similares dirigidas por las Hermanitas, y nosotros hemos tenido hasta ahora tres. Estamos obligados más que nadie a rogar por Vds, y de manera especial pedir por las vocaciones de futuras Hermanitas ya que este es el motivo fundamental por el cual tienen que suprimir esta Comunidad. Es necesario decirlo alto y claro. Hace muchos años que no surge una vocación de Hermanita de los Ancianos en esta villa de O Carballiño, ni en su entorno, tampoco tenemos ninguna vocación para la vida consagrada en toda la Diócesis; la única postulante que tenemos en la actualidad en una familia religiosa que trabaja en esta Iglesia particular, proviene de la zona pastoral de Astorga. Nos duele la marcha de las Hermanitas pero también tienen que dolernos que, tal como nos dice la Madre General, las vocaciones en España son escasas y no son suficientes para atender tantas casas.

Hermanos y hermanas mías: A veces echamos en falta la atención que nos prestan las monjas y religiosas, o podemos protestar cuando no disponemos de un cura que nos atienda como antes, pero no podemos olvidar que tanto las monjas como los sacerdotes salen del pueblo, de un pueblo creyente y con valores cristianos y, cuando éstos desaparecen o no se valoran, no podemos lamentarnos cuando perdemos la presencia y la atención religiosa. Luchemos todos juntos por construir esa civilización de paz y de amor de la que nos habla tantas veces el papa Francisco; potenciemos y apoyemos matrimonios creyentes y familias estables y, además de conseguir buenos ciudadanos, seguro que el Señor nos bendecirá con abundantes vocaciones.

Con dolor tengo que decirles, mis queridas Hermanitas, que la providencia de Dios escribe su historia y queda reflejada en medio de luces y sombras, sin ahorrarse dificultades y dolores. Fue precisamente el 18 de agosto de 1901 - se cumplieron justo ayer 118 años - cuando un grupo de Hermanitas de los Ancianos Desamparados, - todavía vivía en esta tierra el Venerable D. Saturnino López Novoa, vuestro fundador -, cuando aquel grupo de religiosas jóvenes e ilusionadas, asumieron la gestión y dirección del Asilo de O Carballiño, pasaron calamidades y estrecheces, cultivaron ellas mismas la huerta, salieron por las calles de la villa y de las aldeas vecinas a pedir limosna para sacar adelante el Asilo y que no les faltase nada a los ancianos, todavía no se había constituido la Fundación. A lo largo de más de un siglo habéis plasmado el carisma esculpido por Dios Nuestro Señor en el corazón de aquella gran mujer que fue Santa Teresa de Jesús Journet e Ibars, vuestra Santa Madre fundadora, que fue proclamada por san Pablo VI, Patrona de la Ancianidad. Con su vida y con la vuestra hicisteis realidad aquellas palabras que han sido proclamadas en el Evangelio de hoy: *Os aseguro que cada vez que lo hicisteis con uno de éstos, mis humildes hermanos, conmigo lo hicisteis* (Mt 25, 31-46). Esta puede ser la síntesis de vuestra vida consagrada en la Iglesia al servicio de los necesitados y de los más vulnerables.

Quisiera deciros muchas más cosas, pero para no alargarme más, es necesario concluir estas palabras. Quisiera que volvierais la mirada a esa hermosa imagen que de Nuestra Señora de los Desamparados, que nos preside desde el retablo de la capilla del Asilo; a Ella le ruego que os colme de sus bienes y que transforme vuestra tripulación y dolores actuales en cauce de gracias operativas que os enriquezcan como elegidas de Dios, santas y amadas, y os vista de misericordia entrañable, bondad, humildad, dulzura y comprensión; que Santa María Madre os muestre el rostro de Jesús, fruto bendito de su vientre inmaculado, al que os habéis entregado en el día de vuestra consagración y os haga fieles.

Que así sea.

**Festividade de San Cibrao, patrono de O Carballiño**  
**Homenaxe de despedida ao Rvdo. D. José Benito Sieiro González,**  
**párroco emérito**

*Iglesia de la Veracruz de O Carballiño, 17 de septiembre de 2020*

Señores Vicarios para a Pastoral e para a Nova Evanxelización do Bispado de Ourense. Meus benqueridos sacerdotes concelebrantes.

Señor Presidente do Parlamento de Galicia.

Señor Alcalde e demais membros da Corporación Municipal do Carballiño. Grazas pola vosa presenza nesta celebración.

Membros da Vida Consagrada.

Benqueridos irmáns e irmás. Amigos todos.

Celebramos hoxe a festa de san Cibrao patrono e protector desta Comunidade parroquial. Este feito axúdanos a descubrir a antigüidade desta parroquia porque aquelas entidades eclesiásticas consagradas a Santísima Trindade, e baixo o patrocinio dun santo da Igrexa dos primeiros séculos, son mostra de que foron fundadas fai moitos anos. Este ano a nosa festa redúcese a este encontro litúrxico e con unha asistencia controlada por mor dos rebrotes do covid-19 que estamos a vivir e que nos afectan a todos, por iso, e por exquisita caridade cristiá, e non só por obediencia as normas protocolarias establecidas pola autoridade sanitaria competente que procura o ben dos cidadans, queremos gardar e rogamos a todos os fies que nos esmeremos por obedecer o establecido para salvaguardar ese ben tan preciado que é a nosa propia saúde e a dos demais, dun xeito especial, as das personas mais vulnerables como son os anciáns, os enfermos e os nenos. Son conscientes que para algunhas persoas - tamén católicos e eclesiásticos - manifestan que a ceptación destas normas pola Igrexa Católica no só en Ourense, nin na Conferencia Episcopal Española, senon en todo o mundo, son como una pleitesía as autoridades e un conculmaneto das liberdades de culto e de conciencia. ¡Nada diso! Estamos ante a presenza dun virus que ten unha forma de contaxiar que gardando as medidas establecidas temos algunha garantía de evitar contaxiarnos ou de ser cauce de contaxio para as personas que viven ou dependen de nos. Non nos esquecemos ¡a Caridade non pasa nunca!

Pola outra banda, a comunidade parroquial, coa colaboración de outros estamentos da sociedade civil de esta fermosa e acolledora Vila do Carballiño, aproveitando esta festa patronal queiram rendir un homaxe a D. José Benito Sieiro González con ocasión da súa xubilación ao fronte desta comunidade e desta bisbarra despois de vinteito anos de servicio pastoral vivido con afán de entrega e fidelidade ao santo pobo de Deus que peregrina por estas terras.

Queridos hermanos y hermanas:

Doy gracias a Dios por haber podido conocer y tratar a D. José Benito y por encontrar en él un sacerdote hermano, amigo, asesor fiel y solícito, preocupado del bien de sus compañeros sacerdotes y de todos los vecinos ya fuesen o no pertenecientes a la comunidad católica de O Carballiño. A lo largo de mis ocho años en el ejercicio de mi ministerio sacerdotal D. José Benito ha sido para mí y para el equipo de vicarios de esta Diócesis un sacerdote en el que hemos podido encontrar una verdadera y auténtica comunión eclesial, y en él hemos descubierto siempre una auténtica preocupación eclesial en la que se apoyaba nuestra confianza. Durante su servicio como arcipreste de esta zona pastoral, quizás una de las más extensa de la Diócesis, ha sabido realizar una espléndida labor de fraternidad y de entrega buscando la unión y el trabajo en común con todos los integrantes de este Arciprestazgo, tanto presbíteros como religiosas y laicos. Quisiera agradecerle el entusiasmo con el que supo mantener encendida la esperanza de los grupos bíblicos y, últimamente, de los grupos sinodales que, a pesar de su situación delicada de salud siempre estuvo presente con ánimo renovado y con auténtico espíritu de conversión pastoral. Conociendo el talante personal de D. José Benito y sabiendo que no desea que se le refieran alabanzas hacia su persona, pudiéramos decir que su máxima de vida ha sido y sigue siendo: ¡que sólo Jesucristo se luzca y sólo Él sea alabado! Y porque estoy seguro que otros realizaran, en su momento, una semblanza apropiada que comienza su despliegue pastoral como vicario parroquial en Santiago de As Caldas, en la ciudad de Ourense, pasando, poco después a Ribadavia, hasta que en 1969 se le nombró párroco de Santa Comba, viviendo al lado de aquella antiquísima iglesia visigótica, en donde realizó una obra de evangelización y de socialización que ha dejado huella, hasta que fue enviado a O Carballiño, en 1992. Sé que este no es el momento, ni lo desea este buen sacerdote, hombre de paz, por eso yo quisiera centrarme, unos momentos, en una reflexión centrada en la liturgia de hoy.

En la oración colecta de esta Misa le hemos pedido al Señor que ya que ha puesto al frente del pueblo santo, como abnegado pastor y mártir invencible a san Cipriano (210-258), nos conceda por su intercesión “*ser fortalecidos en la fe católica y en la constancia para trabajar con empeño por la unidad de la Iglesia*”. Aquel joven pastor que realizó su ministerio en la iglesia africana, siendo obispo de Cartago, y que por amor a la verdad y por servicio al pueblo de Dios murió mártir con sólo cuarenta y ocho años, sigue siendo para nosotros tanto pastores como laicos modelo de un auténtico estilo de vida cristiana. Qué nos puede decir a nosotros, hombres y mujeres de este siglo XXI, este joven cristiano cuya vida transcurrió en la primera mitad del siglo III.

Cipriano, con las mismas palabras del apóstol san Pablo que han sido proclamadas en la liturgia de hoy, nos dice: *Os recuerdo, hermanos, el evangelio que os anuncié y que vosotros aceptasteis, en el que además estáis fundados, y que os está*

*salvando (...) porque yo os transmití en primer lugar, lo que también he recibido:*

*Que Cristo murió por nuestros pecados según las escrituras;*

*Y que fue sepultado y que resucitó al tercer día según las Escrituras;*

*Y que se apareció a Pedro y más tarde a los Doce;*

*Después de apareció a más de quinientos hermanos juntos, la mayoría vive todavía, otros han muerto;*

*Después se apareció a Santiago, más tarde a todos los apóstoles;*

*Por último, se me apareció también a mí (...) que no soy digno de llamarme apóstol (1 Cor 15, 1-11).*

Los santos, por perfectos orantes han sabido encarnar la fe en Jesucristo resucitado y vivo, el eternamente viviente. Los pastores, viviendo con fidelidad su vocación de servicio han transmitido esa fe en el *Dios con nosotros*, en Jesucristo. Siendo Él la clave de toda existencia creyente. La gran pasión de san Cipriano ha sido anunciar al Cristo vivo, cabeza de la Iglesia una y católica, constructor, con la fuerza y dinamismo del Espíritu, de la comunión entre aquellos que creen en el que es principio y fin, el eternamente viviente. Sólo una fe vivida de este modo, en la comunión de la *Católica*, como afirma alguno de los grandes pastores y maestros de la fe de los primeros siglos, sólo así seremos testigos vivos del Evangelio vivo que es el mismo Jesucristo; porque *el Evangelio es la fuerza de salvación para todo el que cree* (Rm 1,16). Bien sabemos que esta hermosa y a la vez comprometida tarea es superior a nuestras fuerzas, por eso la Iglesia, como madre y maestra, nos ofrece las ayudas necesarias, a todos sus hijos e hijas para ser, al mismo tiempo, pastores y fieles. Pastores porque nuestra misión es unir y perfumar con el buen olor de Cristo todo aquello que hacemos y hablamos; es decir, todas nuestras acciones y pensamientos deben estar impregnados por el Evangelio de Jesús. Eso esperan nuestros conciudadanos. Pero, además de sentirnos pastores y responsables los unos de los otros, de acuerdo con la vocación y la misión que desempeñamos en este mundo, también debemos sentirnos fieles que necesitamos ser reevangelizados constantemente para vivir esa tensión espiritual que nos ayuda a descubrir de forma renovada nuestra vocación de hijos de Dios y, por consiguiente, hermanos de los hermanos. Esta dinámica de gracia que nos lleva siempre a luchar por ser esos constructores de un cielo nuevo y de una tierra nueva ya aquí mientras somos peregrinos fascinados por ese amor de Dios que nos acerca el perdón y la misericordia, tal como fue bellamente expresado en el Evangelio de hoy que nos muestra a aquella persona pecadora a la que se le perdonan sus muchos pecados porque ha amado mucho. Por qué será hermanos míos que el perdón siempre se entiende desde la perspectiva del amor. De ahí que las personas que aman tienen capacidad para pedir perdón y para sentirse perdonadas. Hagamos cada uno de nosotros esa experiencia y seguro que no quedaremos defraudados: donde no hay amor, no hay perdón. Y no nos olvidemos

aquello que se lee en la Sagrada Escritura: *El amor es paciente, afable: no tiene envidia; no presume ni se engríe; no es mal educado ni egoísta; no se irrita, no lleva cuentas del mal; no se alegra de la injusticia, sino que goza con la verdad. Disculpa sin límites, cree sin límites, espera sin límites, aguanta sin límites. El amor no pasa nunca* (1 Cor 13, 4-8).

La contemplación de estas palabras, y sobre todo la vivencia de las mismas le llevaron a san Cipriano a luchar por vivir su fe en Cristo y su fidelidad al ministerio del Obispo de Roma, y esto en momentos de grave dificultad y división entre los mismos creyentes. Como buen cristiano y auténtico pastor hizo suyas aquellas palabras de san Pablo: *Como elegidos de Dios, santos y humildes, vestíos de la misericordia entrañable, bondad, humildad, dulzura, comprensión. Sobrellevaos mutuamente y perdonaos, cuando alguno tenga quejas contra otro. El señor os ha perdonado; haced vosotros lo mismo* (Col 3, 12-13).

Y no sólo eso, sino que este santo patrono ha vivido una experiencia semejante a la que estamos sufriendo en nuestra sociedad: la presencia de una peste y la consiguiente hambre. En aquella situación dramática, como buen cristiano y pastor celoso, se puso al frente de los cristianos de su Diócesis - no se había oficializado todavía la institución de Cáritas -, pero su generosidad y entrega sirvió para hacer más viva la presencia de la Iglesia en medio de las personas más necesitadas y en un ambiente hostil al cristianismo que, poco después le llevaría al martirio con apenas cincuenta años.

Los santos siguen siendo perenemente actuales para todos. En ellos descubrimos el rostro de los mejores hijos de la Iglesia en los que se transfigura de forma auténtica la faz del Resucitado.

Os invito, mis queridos hermanos y amigos, a que volváis la mirada a vuestro santo patrono y protector y que por medio de Santa María, Reina de todos los Santos, aprendamos a descubrir, *como elegidos de Dios* que el verdadero camino, que es Jesucristo, se debe traducir en el ejercicio de la caridad y de la misericordia, desterrando *todo aquello que nos estorba y el pecado que nos ata, y corramos en la carrera que nos toca, sin retirarnos, fijos los ojos en el que inició y completa nuestra fe: Nuestro Señor Jesucristo* (cf. Hb 12, 1) y así seremos esos testigos misioneros que la Iglesia hoy necesita de nosotros.

Que así sea.

## DISCURSOS

**Intervención en la Toma de posesión de su canonjía por parte de los Muy Ilustres Sres. D. Luis Manuel Cuña Ramos y D. Isaac Pereiro Pereiro**

*Capilla Mayor de la Santa Iglesia Catedral de San Martín, 19 de septiembre de 2020*

Excmo. Cabildo Catedralicio.

Queridos hermanos sacerdotes.

Miembros de la Vida Consagrada.

Excmas. e Ilustrísimas autoridades aquí presentes.

Familiares y amigos de los nuevos canónigos. Seminaristas.

Mis queridos Hermanos y hermanas. Queridos amigos todos.

La existencia de este Capítulo de la “Casa del Señor San Martín” - como a mí me gusta denominarla - hunde sus raíces en el momento histórico de la implantación de la Iglesia Católica en Ourense. Son muchos los siglos de historia que avalan vuestra institución y son impagables los servicios que el Cabildo ha prestado a esta Iglesia en Ourense y a sus obispos a lo largo de su historia. Incontables son las obras de mecenazgo que han patrocinado tanto en el interior del templo catedralicio como fuera de él; algunas de ellas siguen siendo patrimonio silente de una gran historia que estuvo vinculada desde el principio con el desarrollo y esplendor de la ciudad del Santo Cristo. Conociendo vuestra historia y los servicios realizados por vuestra Corporación, desde el primer momento de mi llegada a esta Diócesis y, en la medida de mis posibilidades, he procurado dar respuesta a las necesidades pastorales que me habéis solicitado.

Soy consciente de que el Obispo debe ejercer el ministerio de santificación en toda la Iglesia particular que tiene su corazón y su centro en la Iglesia Catedral, que es como la “Iglesia Madre” y punto de referencia de todas las comunidades de la Diócesis. Es en esta Iglesia en donde el Obispo tiene su Cátedra desde la cual ejerce el *munus docendi* y en la que preside las principales celebraciones litúrgicas. En este sentido, sería mi deseo celebrar la Eucaristía dominical y festiva en esta hermosa y antigua *Iglesia*, pero la preocupación y la obligatoria presencia en las otras comunidades cristiana a las que como pastor y guía debo visitar, me impiden realizar este deseo de hacerme presente más a menudo entre vosotros.

A pesar de todo ello, debo preocuparme de que las celebraciones litúrgicas de la Catedral se desarrollen con decoro y con solemnidad, sin descuidar el aspecto catequético, ya que una celebración dignamente celebrada es una expresión icónica, plástica, de la fe que vivimos. De ahí que el Obispo, al no poder estar presente de forma constante en la *Iglesia Madre de las iglesias* de la Diócesis, lo hace

a través de *un colegio de presbíteros - los canónigos - al que corresponde celebrar las funciones litúrgicas más solemnes en la iglesia catedral; compete además al Cabildo catedralicio cumplir aquellos oficios que el derecho o el Obispo diocesano le encomienden*<sup>1</sup>. He aquí vuestro actual sentido: hacer presente el ministerio del Obispo en esta Catedral-Basílica, y hacerlo con la conciencia clara de que sois el rostro del Obispo de esta Iglesia que peregrina por las antiquísimas tierra ourensanas de hondas raíces cristianas. Sois sus ojos, sus labios, sus manos, en definitiva, participáis como sacerdotes, y de manera especial como *colegio de presbíteros*, de una de las misiones que os honra y es motivo de gozo para la comunidad creyente. Y esa misión, a pesar de las dificultades con las que nos encontramos para cubrir las necesidades de tantas parroquias, sigue siendo una institución que posee su sentido y significado en el hoy de nuestra Iglesia local.

Ya desde el inicio de mi ministerio pastoral os he expresado mi profundo deseo de revitalizar, en la medida de mis posibilidades, las celebraciones en esta Catedral y, al mismo tiempo, potenciar el hecho de la *diocesanidad* del Cabildo de esta Catedral-Basílica que bien sé que estáis muy empeñados, no sólo en conseguirla, sino en vivirla. En estos momentos estáis procediendo a la revisión y actualización de vuestros Estatutos Capitulares y lo hacéis en el horizonte del *Sínodo Diocesano de Ourense 2016-2020*, en el que participáis de pleno derecho<sup>2</sup>. Este acontecimiento eclesial de gracia y de misericordia para con nuestra Iglesia, que debido al impacto del covid-19 nos hemos visto obligados a cambiar su ritmo de trabajo, os tiene que ayudar a configurar este marco estatutario dentro de las coordenadas de una verdadera sinodalidad. Quisiera manifestaros mi satisfacción y agrado al comprobar que en el articulado de los actuales Estatutos, aprobados por Mons. Osoro Sierra (1997-2002), en el año 1999, ya afirmabais que los Capitulares pueden prestar, a requerimiento del Obispo, una labor pastoral *en otras iglesias, incluso fuera de la Catedral*<sup>3</sup>. Cosa que en estos momentos ya estáis haciendo, ya sea prestando servicios pastorales puntuales, como ejerciendo la administración parroquial de algunas comunidades cristianas. En los Estatutos actuales, recogiendo el espíritu sinodal en el que nos movemos, y conscientes de que la sinodalidad ha de ser la clave distintiva de toda la comunidad eclesial en todos y en cada uno de sus miembros, porque estamos convencidos de que *el camino de la sinodalidad es el camino que Dios espera de la Iglesia del tercer milenio y que lo que el Señor nos pide, en cierto sentido, es caminar juntos -laicos, religiosos, pastores y obispo - esto es fácil de expresar con palabras, pero no lo es tanto el ponerlo*

---

1 Cfr. CIC, 503.

2 Cfr. CIC, can. 463 § 3º.

3 *Estatutos del Cabildo de la S.I. Catedral-Basílica de Ourense*, 1999.

en práctica<sup>4</sup>. Esta sinodalidad sigue siendo un hermoso deseo y una apuesta o un reto de cara al futuro, y una fascinante utopía<sup>5</sup>.

Recientemente habéis manifestado vuestra sensibilidad eclesial de buenos pastores y de auténticos hombres de Iglesia al ofrecer una parte de vuestros bienes, en un momento de crisis económica en nuestra Iglesia particular, para llevar a cabo un proyecto pastoral que sin vuestra ayuda sería imposible realizar. También he sido testigo de cómo habéis acogido *la aplicación y desarrollo de la Programación Diocesana de Pastoral*.<sup>6</sup> Con esta manera de actuar os abris a lo que con una palabra se dice todo: **diocesaneidad**.<sup>7</sup>

En esta ocasión al darle colación canónica a un **Vicepenitenciario**, soy consciente de que este ministerio es uno de los más importantes que debe desempeñar el Capítulo de nuestra Iglesia-Catedral porque hoy, más que nunca, es muy necesario para el buen servicio pastoral de esta que es la *Iglesia Madre* de la Diócesis, potenciar el ministerio de la escucha, del perdón y del discernimiento espiritual de los fieles que buscan el consuelo de Dios.

En esta Catedral existen realidades que muchos de nuestros fieles no conocen y, sin embargo, son de una gran importancia. En este templo el culto y la cultura se encuentran íntimamente unidos, de ahí que uno de los ministerios que como Colegio de presbíteros venís realizando con atención y cuidado es el de ser custodios de la memoria de nuestra Iglesia en Ourense, misión que podéis llevar a cabo por medio del Canónigo Archivero-Bibliotecario. La importancia de la documentación de nuestro Archivo Catedralicio queda acreditada por el reconocimiento de la Unesco al inscribir en el *Registro Internacional de la Memoria del Mundo* el “Mandato de Alfonso IX, rey de León, remitiendo a Alfonso, Obispo de Orense, copia de los textos legales de las Constituciones de las curias regias de 1188 y 1194 para su cumplimiento como legislación general del reino” (Signatura Privilegios I nº 51). En este mismo sentido, el Ministerio de Educación y Cultura también ha agradecido a este Cabildo las facilidades concedidas para lograr esta prestigiosa incorporación de un documento que se custodia en nuestro Archivo Catedralicio de Ourense y que es clave en la historia de las Instituciones parlamentarias del mundo. Esto quiere decir que conservamos el documento más antiguo en donde consta la existencia de un sistema parlamentario bajo el reinado de Alfonso IX de León (1171-1230) que fue padre de Fernando III el Santo.

Además de los valiosos pergaminos y de otra documentación de grandísima

4 FRANCISCO, *Alocución a los Padres Sinodales con motivo del 50 Aniversario de la Institución del Sínodo de los Obispos*, 16 de octubre de 2015.

5 Carta pastoral *Iglesia en camino “a lo esencial”*. Con motivo de la apertura del Sínodo Diocesano de la Iglesia particular de Ourense (2016), p. 47.

6 *Estatutos del Cabildo de la Catedral-Basilica de San Martiño*. Ourense 2020, Art. 2 § 2.

7 Cfr. *Estatutos 2020*, Art. 5 § 3.

importancia, nuestro Archivo Capitular posee una biblioteca auxiliar en donde se recoge la bibliografía más importante acerca de la historia de la Iglesia en Ourense, de esta provincia y de la Galicia cristiana. Una buena parte de este material bibliográfico ha sido donación del Muy Ilustre Sr. D. Miguel Ángel González García, anterior Canónigo Archivero, al que este Cabildo le está muy agradecido.

Para ocupar este ministerio que estaba vacante por renuncia al mismo de su anterior poseedor, hemos nombrado a Mons. Luis Manuel Cuña Ramos, sacerdote de esta Diócesis, que hasta el pasado 31 de julio del año en curso, desempeñó el cargo de Archivero Histórico de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos, en la Ciudad del Vaticano, servicio que ocupó durante veinticuatro años.

Aunque en vuestros Estatutos actuales sólo se recoge el cargo estable de Archivero, he decidido que, de ahora en adelante, Mons. Cuña Ramos sea **Canónigo Archivero-Bibliotecario** de esta Catedral, encomendándole vivamente que no sólo se cuiden y custodien convenientemente los valiosos documentos que actualmente poseemos, sino que la Biblioteca de nuestra Catedral siga creciendo no tanto en número de volúmenes, cuanto en la calidad de los mismos, manteniendo una estrecha colaboración con la Biblioteca del Instituto Teológico “Divino Maestro” - antigua Biblioteca del Seminario Mayor Diocesano - y con los demás entes bibliotecarios de la provincia y de Galicia.

Tanto a los nuevos capitulares como a los que ya venís ejerciendo este oficio os ruego que viváis con la mayor ilusión y exigencia espiritual vuestro cometido; que desempeñéis las cargas capitulares con la conciencia clara de que todo lo que hagáis será siempre para gloria de Dios. Sé de vuestras dificultades, así como de los problemas que os afectan, pero no piensen que esta situación es diferente a otras realidades eclesiales similares a la vuestra. Podéis tener la certeza de que el Obispo, cabeza del colegio de presbíteros que formáis como Cabildo, os estará cercano y será muy sensible a las necesidades de esta Catedral-Basílica de San Martín.

Queridos y estimados Sres. Canónigos de esta Catedral: en la atención a las celebraciones liturgias que aquí se viven, toda la Diócesis, y en cierto sentido, toda la Iglesia que vive su fe en Ourense, ora a través de vuestros labios y se hace presente en la alabanza a la Santísima Trinidad. Es una presencia antigua y siempre nueva; a pesar de la falta de sacerdotes en activo que cada vez son menos numerosos, vuestra presencia en esta *Casa del Señor San Martín y de Santa María Madre* es necesaria para el bien de esta Iglesia y de sus hijos e hijas que se confían a vuestras oraciones. No se olviden de que aquella comunidad que no expresa la unidad de su fe y no la celebra solemnemente, pierde su vitalidad y termina desapareciendo. ¡Tened confianza! nuestros criterios y tiempos, nuestra forma de pensar, no son los de Dios ni los de su Providencia. Él tiene sus planes

---

que se hacen tangibles en nuestra historia concreta; debemos sentirnos eslabones de una cadena de fidelidades. Tantos sacerdotes, con sus obispos respectivos, nos han precedido; tanta santidad de vida nos interpela y nos exige, amorosamente, para que seamos más fieles en nuestra entrega. Tanta belleza y piedad hecha arte, que se percibe cuando uno entra con el corazón de un verdadero peregrino por el Pórtico del Paraíso, son prueba evidente de que este templo es una realidad viva.

A los Sres. Capitules enfermos, ancianos o eméritos les ruego que se sientan muy activos y operativos, mediante el dinamismo de la gracia que como esa energía divina hace nuevas todas las cosas (Cfr. Ap 21,5). A ellos se les invita a que participen en las diferentes actividades de esta Catedral-Basílica; no nos olvidemos que si es verdad que nadie es imprescindible, no es menos cierto que todos somos necesarios. Sólo nos puede jubilar definitivamente la muerte, y ni siquiera ella, porque para los que luchamos por vivir nuestra fe en el Resucitado, ésta es la puerta de la Vida. Ruego a todos que nos ayudemos en el ejercicio de nuestro ministerio. Les pido que se ilusionen en esta tarea pastoral en y desde la Catedral.

Que San Martín de Tours, Santa María Nai y sobre todo el Santo Cristo, nos ayuden y nos alienten en este camino de esperanza.

## EN LA REVISTA DIOCESANA COMUNIDADE

**Julio***Un tiempo para el descanso*

Muchas personas aunque sigan manteniendo sus ocupaciones ordinarias dedican, en la medida de sus posibilidades, un tiempo para el descanso. Este curso ha sido especialmente intenso para todos, como consecuencia de la pandemia, y los procesos de vacunación no exentos de cierta tensión, sin olvidarnos de las graves situaciones sufridas por muchas familias a causa de la falta de trabajo o de su pérdida, por motivos de la pandemia. También los niños, tanto los adolescentes como los más jóvenes, han experimentado ciertas tensiones, impensables en el curso pasado, que les ha llevado al uso continuado de la mascarilla en el aula y el exigente ritual del uso de los geles hidroalcohólicos. Sesiones incómodas pero que han sido observadas con fidelidad, incluso por los más pequeños, y por ello merecen nuestro aplauso y reconocimiento. Yo mismo he sido testigo de los grupos de jóvenes que han recibido la Confirmación en las últimas semanas del curso y lo responsables que han sido.

Los meses de julio y agosto traen un espacio vital diferente en donde al disfrutar de la naturaleza se le ha sumado que ciertas normas anticovid hayan dejado de ser tan estrictas. Sin embargo, a la covid-19 parece que le ha sucedido ese otro virus que casi nos está llevando a usar otro tipo de pantallas protectoras porque la hermosa naturaleza, que hace todavía unas semanas nos había obsequiado con su verde frescura, ahora una vez más parece intoxicar nuestra atmósfera con el humo de los incendios.

No podemos permanecer impasibles ante este gravísimo fenómeno. Quien quema la naturaleza comete un grave atentado contra el ser humano y, todo aquello que daña al hombre y a la mujer de nuestros pueblos, constituye un gravísimo pecado contra Dios que es su Creador.

No solo se queman nuestros montes y lo que antes parecía un hermoso tapiz de infinidad de colores, en el que habitaban las más variopintas de nuestras faunas, se convierte en momentos en un "infierno en la tierra". Porque donde hay muerte, aunque sea del ser más pequeño, casi imperceptible, se proyectan las sombras de lo peor que habita en un ser humano. no existe justificación alguna para provocar un incendio, ni hay intereses que, por "muy nobles" que pudieran ser considerados, mitiguen por momentos un crimen contra la naturaleza.

Los que profesamos la fe en el Dios de Jesucristo, un Dios de vivos y no de muertos, ¡un Dios vivo!, debemos comprometernos más seriamente en la defensa del medio ambiente, en su limpieza, su cuidado y, si fuese necesario, llevar a cabo acciones propositivas que ayuden a las autoridades competentes a conseguir que

la naturaleza y su entorno constituya la "casa común" en la que todos podemos vivir y todos, desde los niños a los ancianos, debemos proteger y cuidar.

Esta sana ecología sigue siendo una asignatura pendiente de la que en este mes todos podemos examinarnos y todos debemos convertirnos en esos defensores de la vida, de todo tipo de vida, porque haciéndolo así damos Gloria al Dios de la vida.

## **Agosto**

### ***¡Estamos de fiestas!***

El mes de agosto es un tiempo que, en nuestra Diócesis, se convierte en una ocasión propicia para las fiestas patronales. En muchas de nuestras parroquias el día del patrón o patrona viene precedido de un novenario. Durante esos días, los sacerdotes responsables de cada comunidad cristiana, ya sean parroquias grandes o pequeñas, preparan a los fieles para vivir mejor la fiesta del santo titular. Son ocho días en los que se celebra la Eucaristía, hay una predicación más cuidada de lo habitual, procurando que tenga un lenguaje adaptado tanto a la mentalidad de nuestras gentes como a la situación de nuestros pueblos; se pide, además, que se refieran a las lecturas proclamadas en la Liturgia de la Palabra y así, la Palabra de Dios sea aplicada a la vida cotidiana. Se reza el Rosario en comunidad y también se ofrecen oportunidades para recibir el sacramento de la Penitencia. En líneas generales, esa viene a ser la dinámica de las novenas.

Sin embargo, entre las proposiciones del Sínodo Diocesano en el que nos encontramos inmersos, se nos invita y, en ocasiones, se nos recuerda con insistencia, que no podemos quedar solo en un puro cumplimiento de una serie de tradiciones y costumbres propias de la realidad rural gallega. Si bien es cierto que la Misa dominical está experimentando un fuerte retroceso, y mucho más en medio de esta pandemia, en cambio las romerías, los novenarios y las peregrinaciones siempre congregaron a un gran número de fieles de todas las edades, incluso niños y jóvenes. De hecho, las fiestas patronales de la mayor parte de nuestras parroquias, también en las más pequeñas, siguen reuniendo a un buen número de vecinos, muchos de ellos ya no viven en esos lugares y regresan a ellas con motivo de las vacaciones o con ocasión de las fiestas patronales, de un entierro o de algún acto general de difuntos o de cualquier otro acto significativo.

Las fiestas bien preparadas se convierten en un medio singular para la inculturación de la fe cristiana en el corazón de nuestros pueblos. No podemos caer en la tentación de claudicar ante algunas manifestaciones durante las fiestas patronales que cayeron en manos de instituciones culturales públicas, conscientes de que son ocasiones propicias en las que se lleva a cabo una intensa socialización natural

de villas, pueblos y aldeas.

La Iglesia, siguiendo el mandato de Jesucristo, tiene que "lanzar las redes" sin miedo aprovechando estas ocasiones lúdico-festivas para llevar a cabo un proceso de evangelización que puede llegar, no solo a los fieles habituales que acuden al templo, sino también a los "practicantes ocasionales" y, como no, también a aquellos que están viviendo un momento de distanciamiento de la institución eclesial. Una predicación bien preparada, una liturgia dignamente celebrada, con los cantos y la música oportuna, con los ministros y los acólitos necesariamente ensayados, toda esta experiencia eclesial se puede aprovechar como un cauce evangelizador, como un particular "atrio de los gentiles" en donde el mensaje central del misterio cristiano se anuncie con suficiente claridad.

En este sentido, una de las proposiciones de las sesiones sinodales nos dice que se deben renovar los ejercicios y expresiones de la piedad popular para que se celebren con sentido bíblico y litúrgico, evitando toda chabacanería y liberándolos de cualquier signo de superstición y de comercialización de lo sagrado. Además de todo ello, los participantes en las sesiones sinodales nos han dejado alguna proposición en donde se nos pide que aprovechemos las celebraciones de piedad popular como los rosarios, romerías, procesiones y novenas para revitalizar la vida litúrgica de nuestras gentes y convertirlas en ocasión propicia para que los fieles puedan acercarse a los sacramentos de "curación".

Aprovechemos estas fiestas, participemos en ellas y de ellas para que "la alegría del Evangelio llene el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús".

Os bendice y se encomienda a vuestras oraciones.

## Septiembre

### *¡Levantemos el corazón!*

Así reza una frase del diálogo habitual con el que iniciamos el canto o rezo del "prefacio" en toda Eucaristía. Esta invitación, repetida constantemente, tiene que ayudarnos a descubrir que la vida cristiana debe estar recorrida toda ella por este dinamismo que nos ayuda a reaccionar contra todo tipo de inercias. En este sentido, los miembros del Consejo de Pastoral Diocesana, reunidos en el Santuario de los Milagros, para elaborar las líneas fundamentales que deben orientar toda la programación pastoral diocesana durante este trienio 2021-2024, han escogido, de forma elocuente y, al mismo tiempo, exigente, el texto del Evangelio de Lucas: "Y levantándose en aquel momento, se volvieron a Jerusalén" (Lc 24, 33). Como bien sabéis, corresponde al relato de "los discípulos de Emaús".

El cristianismo es más que una religión, es una vida, en ella queremos hacer realidad, en carne propia, el proyecto existencial presentado por el Crucificado-

Resucitado. Como en los tiempos de Jesús, también nosotros estamos llenos de dificultades; nos rodean por todas partes una serie de realidades que pueden aplastar nuestra vivencia de la fe: la pandemia, la inercia, el relativismo cultural, el neopaganismo existente, las fuertes ideologizaciones que pretenden apagar el dinamismo del espíritu, y tantas otras cosas que, si no tenemos bien fundada nuestra fe sobre la roca que es Jesucristo vivo, será imposible caminar correctamente por la vía adecuada, sino que corremos el riesgo de dirigir nuestros pasos en otra dirección. Podemos emprender una “fuga” hacia los diferentes “Emaús” que nos podemos construir como si fuesen seguridades que nos pueden salvar. Al aceptar la invitación de levantar el corazón, lo que estamos haciendo es apostar por el encuentro con Jesucristo, resucitado y eternamente vivo. El Dios vivo que camina a nuestro lado, está en nosotros, vive en nosotros y sufre en nosotros.

He ahí la clave de toda programación pastoral, como lo está siendo de nuestro Sínodo Diocesano que sigue las pautas trazadas por el papa Francisco: "La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús" (EG, nº1).

Porque si el lema para el trienio nos invita a no caer en la inercia y luchar por levantarnos siempre, aquél que nos hemos fijado para este curso 2021-2022 es "Jesús se acercó y tocándolos les dijo: levantaos, no temáis" (Mt 17, 7). Somos conscientes de que en ese proceso de “levantarse” la iniciativa la tiene el mismo Dios para con nosotros.

Él es aquél que sale a nuestro encuentro, se nos acerca y nos toca, porque aquello que define a nuestro Dios es la “cercanía”, no es un ser lejano que se desentiende de nosotros (cf 1 Re 18, 27). La acción pastoral de la Iglesia está llamada a dar el paso de una pastoral de conservación de la fe y de la práctica religiosa, tantas veces epidérmica y poco comprometida con la vida, a una pastoral más misionera. Para ello es necesario plantearse una “conversión personal” para que se haga efectiva esa "pastoral misionera que no puede dejar las cosas como están" (EG, nº 25).

Esta urgencia a la que nos llama la nueva tarea evangelizadora es uno de los grandes objetivos de nuestro Sínodo Diocesano. Esa realidad evangelizadora es la tarea emprendida por la Iglesia desde el principio, sin embargo, se hizo especialmente operativa con el Vaticano II y con el magisterio de Pablo VI, él ha sido quién ha afirmado que la tarea de la evangelización de todos los hombres "constituye la misión esencial de la Iglesia (...) Ella existe para evangelizar, es decir, para predicar y enseñar" (EN, nº 14). Y si la tarea de toda la Iglesia es evangelizadora, la Iglesia en Ourense, al concretar su Programación Diocesana de Pastoral 2021-2022, ha reflexionado, rezado y contemplado su realidad –dejándose interpelar por el Evangelio- y ha concretado una serie de acciones encaminadas a acompañar las diversas comunidades cristianas para que, confrontándose con

Jesucristo, se conviertan en comunidades de discípulos misioneros. Este proceso quiere lograrlo mediante el encuentro con la Palabra de Dios, a través de todos los medios a su alcance, de manera especial potenciando los “grupos bíblicos”. Nadie que se acerque a la lectura creyente de la Palabra permanece indiferente a toda la conversión pastoral. Junto con la Palabra, están las celebraciones litúrgicas y de todo ello brota, sin querer, el ejercicio de una caridad creativa.

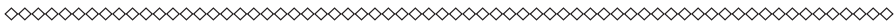
Encontrarse vivencialmente con el Resucitado nos lleva a levantarnos de nuestras tibiezas, de las posturas pastorales que han quedado cristalizadas y situarnos en la dinámica de una Iglesia misionera que es aquella que ha optado por el camino de la conversión. Un camino que nos invita a descubrir lo importante que es dejarse “primerear” por Jesucristo, es decir, dejarle que tome la iniciativa. Un camino que nos lleva a “involucrarnos” en el corazón de nuestros pueblos y de sus gentes, de sus ilusiones y proyectos, de sus problemas y dificultades.

Y, por último, una Iglesia que se deja evangelizar se convierte en una comunidad que “celebra” y festeja porque se convierte en una realidad viva que conjuga, perfectamente, evangelización y liturgia, porque se esfuerza por unir la vida con las obras y, cuando hay vida y obras fecundas, se celebra fiesta y se realiza la gran “acción de gracias” en donde se sintetizan esas profundas realidades divinas y humanas, en el horizonte supratemporal de la Iglesia Santa.

Os bendice y se encomienda a vuestras oraciones.



# IGLESIA DIOCESANA





## SECRETARÍA GENERAL

### NOMBRAMIENTOS

Con fecha 1 de julio de 2020, el Sr. Obispo tuvo a bien realizar los siguientes nombramientos:

- **Rvdo. Sr. D. Álvaro Fernández Fidalgo**, Moderador de la UaP de Parada do Sil.
- **Rvdo. Sr. D. José Luis Fernández Meleiro**, párroco de Santa Cruz de Teroso, Administrador parroquial de Santa Mariña de Flor de Rei Vello y de San Xoán de Enxames.
- **Rvdo. Sr. D. Luis Pérez Pérez** Administrador parroquial de Santa María de Vilarello da Cota y de Santa Baia de Arzádegos.
- **Rvdo. Sr. D. Jesús Nsué Ndemesogo Obono**, Administrador parroquial de San Miguel de Vilardevós, de Santa María de Moialde, de San Bartolomé de Berrande, de Santa María de Sotochao, de Santa María de Vilardevós, de San Pedro de Osoño y de San Vicente de Vilardeciervos.

Con fecha 2 de julio de 2020:

- **D. David Muñoz Quintáns**, *Delegado Episcopal de la Juventud y para la Universidad.*

Con fecha 3 de julio de 2020:

- **Rvdo. Sr. D. José Manuel Salgado Pérez**, *Miembro del equipo de Formadores del Seminario Mayor, Moderador de la Etapa Propedéutica de los Seminarios y Delegado Episcopal del Seminario.*

Con fecha 6 de agosto de 2020:

- **Monseñor Luis Manuel Cuña Ramos**, *Canónigo Archivero-Bibliotecario.*
- **Rvdo. Sr. D. Isaac Pereiro Pereir**, *Canónigo Vicepenitenciario.*

Con fecha 14 de agosto de 2020 el Sr. Obispo realizó los siguientes nombramientos que entrarán en vigor a partir del día 1 de septiembre:

- **Rvdo. Sr. D. Jorge Eugenio Estévez Álvarez**, Administrador parroquial de San Pedro de Sabucedo de Montes y de Santa María de Couxil.
- **Rvdo. Sr. D. Miguel Blanco Grande**, Administrador parroquial de Santiago de Pardavedra, de San Andrés de Zarracós, de Santa María de Olás, de Santa María de Entrambosríos, de Santa María de Pontefechas, de Ntra.

- Sra. de Lourdes de A Manchica y de Santa Baia de Parderrubias.
- **Rvdo. Sr. D. Julio Grande Seara**, Administrador parroquial de Santa María de Vilar de Paio Muñiz, de San Salvador de Rabal, de Santo Tomé de Barxa, de San Andrés de Proente, de Santa María de Pereira de Montes y de San Xés de Faramontaos.
  - En la Unidad de Atención Pastoral de ALLARIZ, se nombra al siguiente Equipo Sacerdotal: **Rvdo. Sr. D. Néstor Álvarez Rodríguez** (moderador), y **Rvdo. Sr. D. Adrián Rodríguez Iglesias**.
  - **Rvdo. Sr. D. Serafín Fernández Rodríguez**, Administrador parroquial de San Andrés de Abelenda das Penas y de Santa María de Vilar de Condes.
  - Constituye la **Unidad de Atención Parroquial de BALTAR**, formada por las parroquias: *San Bartolomé de Baltar, San Paio de Abades, Santiago de Garabelos, San Lorenzo de Niñodagua, Santiago de Rubiás dos Mixtos, Santa María de Texós, San Lorenzo de Tosende y Santa María de Vilamaior da Boullosa*. Nombra Moderador de la UAP al sacerdote: **Rvdo. Sr. D. Lely Hildebrando Gaviria Rincón**.
  - **Rvdo. Sr. D. Manuel Rodicio Pozo**, Párroco de la Asunción de Nuestra Señora.
  - **Rvdo. Sr. D. Álvaro Fernández Fidalgo**, Delegado episcopal para la Causa de los Santos.
  - **P. Francisco Javier López Monrobé C.M.**, Rector del Santuario de Os Milagros y Moderador de la UAP de OS MILAGROS.
  - En la Unidad de Atención Pastoral de O CARBALLIÑO, nombra al siguiente Equipo Sacerdotal: **Rvdo. Sr. D. Jorge Juan Pérez Gallego** (moderador), **Rvdo. Sr. D. Francisco López Gómez** y **Rvdo. Sr. D. Emmanuel Cipriano Álvarez Lara**.
  - **Rvdo. Sr. D. José Ramón Jorge Janeiro**, Administrador parroquial de San Miguel de Taboadela, de Santa María de Torán, de San Xurxo de Touza y de San Vitorio de A Mezquita.
  - Constituye la **Unidad de Atención Parroquial de ENTRIMO-LOBIOS**, formada por las parroquias: *Santa María A Real de Entrimo, San Félix de Galez, San Lourenzo de Illa, Santa María de Olelas, San Facundo de Pereira, Santo Tomé de Venceás, San Salvador de Manín, San Martiño de Arauxo, San Miguel de Lobios, Santa María de Val de Riocaldo y Nosa Señora de Fátima de Regada*. Nombra Moderador de la UAP al sacerdote: **Rvdo. Sr. D. Ramiro Willy López Quispe**.

## DEFUNCIONES

*Como Cristo que, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más, así ellos también, liberados de la corrupción, no conocerán ya la muerte y participarán de la resurrección de Cristo, como Cristo participó de nuestra muerte.*

(S. ATANASIO DE ANTIOQUÍA, *Sobre la Resurrección de Cristo*, Sermón 5)

+ El día 13 de julio fallecía el **Excmo. y Rvdmo. Mons. Camilo Lorenzo Iglesias**, Obispo emérito de Astorga (natural de Piñor de Cea, Ourense).

+ **Rvdo. Sr. D. Emilio Lorenzo Rodríguez**, Párroco emérito de Santa Eufemia la Real del Norte (Santo Domingo), fallecía 17 de julio de 2020, a los 93 años de edad. Había nacido en Santa Baia de Anfeoz el 26 de noviembre de 1926. Recibió el Sacramento del Orden en Ourense el 3 de junio de 1950. Ejerció el ministerio sacerdotal en los siguientes destinos, entre 1950 y 1953 destinado como ecónomo en la parroquia de Ntra. Sra. del Pilar de Os Peares; del 1953 a 1955 fue coadjutor en la parroquia de Santa Eufemia del Centro. En 1955 pasó a la parroquia de San Francisco de Regis y Nuestra Señora del Rosario de Fátima como coadjutor permaneciendo en la misma hasta 1962, año en el que fue nombrado párroco de Santa Eufemia la Real del Norte, parroquia en la que permaneció hasta su jubilación el año 2001. Entre 1953 y 1962 fue consiliario diocesano de los jóvenes de Acción Católica. Los últimos años residía en la ciudad de Vigo lugar de su fallecimiento.

+ El jueves 13 de agosto de 2020 fallecía la **M. María Saladina García Muñoz**, Esclava del Santísimo Sacramento y de la Inmaculada.





# CRÓNICA DIOCESANA





## CRÓNICA DIOCESANA

**JULIO**

- 
- Día 1 El Sr. Obispo asistió a la Jornada de Programación Diocesana de Pastoral celebrada en Laias y presidió la reunión de la Comisión permanente del Consejo de Pastoral Diocesano.
- Día 2 El Sr. Obispo recibió en su despacho a varios sacerdotes.
- Día 3 El Sr. Obispo se reunió con D. Lois Babarro, director del Seminario Menor.
- Día 5 Se celebra la Jornada de la Responsabilidad en el Tráfico.
- Días 6 y 7 El Sr. Obispo asistió en Madrid a la reunión de la Comisión Permanente de la CEE. El lunes día 6 participó en la celebración por las víctimas de la Covid-19 en la Catedral de la Almudena de Madrid.
- Día 8 El Sr. Obispo se reunió con los Vicarios.
- Día 10 Jornada de encuentro y formación del Instituto da Familia.  
El Sr. Obispo se desplazó hasta la villa de Allariz para reunirse con los sacerdotes de la UaP y para visitar las obras que se están realizando en el Real Monasterio de Santa Clara, de las HH. Clarisas.
- Día 13 El Sr. Obispo mantuvo en su despacho una reunión con el Sr. Delegado de Economía.
- Día 14 El Sr. Obispo se reúne con la Superiora provincial de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados.
- Día 15 El Sr. Obispo se desplazó hasta Astorga para asistir al funeral por el Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Camilo Lorenzo Iglesias, Obispo emérito de Astorga y natural de la Diócesis de Ourense.
- Día 16 El Sr. Obispo presidió en el convento de San José y Santa María Madre de las Carmelitas Descalzas en Vistahermosa, la Santa Misa de la Bienaventurada Virgen del Carmen.
- Día 17 El Sr. Obispo se reunió con la Junta de Gobierno del Instituto para el Sustento del Clero.

- Reunión del Consejo Episcopal presidido por el Sr. Obispo.
- Día 18 El Sr. Obispo asistió en Astorga a la Toma de Posesión del Nuevo Obispo.
- Día 19 Día del misionero diocesano.
- Días 19 a 24 Ejercicios Espirituales para sacerdotes en el santuario de Los Milagros, con la participación del Sr. Obispo de Ourense y 25 sacerdotes de la Diócesis, dirigidos por Monseñor Juan Carlos Elizalde, Obispo de Vitoria.
- Día 25 El Sr. Obispo se desplazó a Santiago de Compostela para la celebración del día del Apóstol Santiago.
- Día 26 El Sr. Obispo presidió en la parroquia de Santiago de las Caldas la celebración de San Joaquín y Santa Ana, patronos de los ancianos. Jornada por los afectados por la pandemia.
- Día 27 El Sr. Obispo se reunió en su despacho con varios sacerdotes y con los catequistas del Camino Neocatecumenal.
- Día 28 El Sr. Obispo recibió en su despacho al Ilmo. Sr. Fumega, Alcalde de O Carballiño y patrono de la Fundación Hermanos Prieto, de la que es presidente el Sr. Obispo.
- Día 30 El Sr. Obispo participó en el homenaje del Liceo Orensano al Ilmo. Sr. D. Serafín Marqués, Deán Honorario del Cabildo de la S. I. Catedral de San Martín de Ourense.
- Día 31 El Sr. Obispo se reunió con los rectores de los Seminarios Mayor del Divino Maestro, Menor de la Inmaculada y Redemptoris Mater.

## AGOSTO

---

- Día 2 El Sr. Obispo ordenó dos nuevos sacerdotes en la iglesia del Seminario Mayor: D. Adrián Rodríguez Iglesias y D. Francisco López Gómez. Su ordenación estaba prevista para el mes de marzo y tuvo que ser aplazada para poder celebrarla con todas las garantías de seguridad.
- Día 3 El Sr. Obispo se reunió en su despacho, durante la mañana, con el Sr. Ecónomo, con los miembros del Patronato de la

- Fundación Amigos de la Barrera y con el Sr. Deán de la S. I. Catedral.
- Día 4 El Sr. Obispo se reunió con el Sr. Rector del Seminario Menor de la Inmaculada, Rvdo. Sr. D. Segundo Fernández Movilla.
- Día 5 Reunión de trabajo del Sr. Obispo con los Vicarios Episcopales.
- Día 7 Reunión del Sr. Obispo con el Ilmo. Sr. Vicario General.
- Día 8 El Sr. Obispo asistió a la inauguración de las obras de restauración de la Iglesia de San Antonio de Feás.
- Día 9 El Sr. Obispo celebró la Santa Misa de 12 en la S. I. Catedral.
- Día 11 El Sr. Obispo presidió la celebración de Santa Clara en el Monasterio de San José de Vilar de Astrés de la Hermanas Pobres de Santa Clara (Clarisas Reparadoras).
- Día 14 El Sr. Obispo celebró una Misa de funeral por el Excmo. y Rvdmo. D. Camilo Lorenzo Iglesias, obispo emérito de Astorga, en San Mamede de A Canda parroquia natal de D. Camilo.
- Día 15 Solemnidad de la Asunción de Nuestra Señora.
- Día 16 El Sr. Obispo celebró la Santa Misa en la S. I. Catedral.
- Día 17 El Sr. Obispo nombró para la Catedral de Ourense a dos nuevos canónigos: Monseñor Luis Manuel Cuña Ramos (licenciado en Historia de la Iglesia y diplomado en Archivística y Teología Espiritual) asumirá, tras 24 años como director del Archivo Histórico de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos, la dirección del Archivo Histórico de la Catedral como Canónigo Archivero-Bibliotecario; y Don Isaac Pereiro Pereiro (licenciado en Derecho Canónico) es nombrado Canónigo Vicepenitenciario.
- Día 18 Reunión de trabajo del Sr. Obispo con los Vicarios Episcopales.
- Día 19 El Sr. Obispo presidió, en la iglesia de A Veracruz, la Misa de Acción de Gracias por la presencia de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados durante los últimos 120 años en la residencia Hermanos Prieto de O Carballiño.
- Día 21 El Sr. Obispo dirigió el Retiro espiritual de los Seminaristas

Mayores.

- Día 23 El Sr. Obispo celebró la Santa Misa en la S. I. Catedral.
- Día 28 El Sr. Obispo presidió, por la mañana, la reunión del patronato de la Fundación Hermanos Prieto.
- Por la tarde, presidió en la Iglesia de Santa Eufemia la Real del Norte el funeral por D. Emilio Lorenzo Rodríguez, párroco emérito de la misma.
- Día 30 El Sr. Obispo celebró la Santa Misa en la S. I. Catedral.
- Comienzan distintas novenas en honor a la Virgen en la Diócesis (Los Milagros, Los Remedios...).

## **SEPTIEMBRE**

---

Hasta el 25 de septiembre: Exposición, en el Instituto da Familia, sobre el drama y la indiferencia hacia las personas que han sufrido situaciones de trata.

- Día 2 El Sr. Obispo se reunió con el P. Buján OFM, Provincial de los PP. Franciscanos.
- Día 6 El Sr. Obispo presidió la celebración de la Eucaristía en el Santuario de los Milagros dentro de la novena de la Santísima Virgen.
- Día 7 En el Santuario de los Milagros tuvo lugar el Rosario y la Procesión de Antorchas en la que participó el Sr. Obispo.
- Día 8 Natividad de la Virgen María. Culminan distintas novenas en honor a la Virgen en la Diócesis. El Sr. Obispo celebró la Santa Misa en el Santuario de Nuestra Señora del Portal, en Ribadavia.
- Día 9 El Sr. Obispo participó en la reunión de la Comisión ejecutiva de la CEE que se realizó online.
- Por la tarde, celebró la Eucaristía en el Santuario de Nuestra Señora de A Armada en la parroquia de Rabal.
- Día 11 En la parroquia de Cristo Rey en la ciudad, el Sr. Obispo presidió la celebración de la Eucaristía en honor de la Virgen de Coromoto, patrona de Venezuela, junto con la colonia vенеzo-

---

lana residente en la ciudad de Ourense.

- Día 15 Por la mañana, el Sr. Obispo celebró la Eucaristía en el Santuario de Nuestra Señora del Cristal en Vilanova dos Infantes. Por la tarde, se desplazó a Madrid para reunirse con el presidente de la CEE, Mons. Omella.
- Día 17 El Sr. Obispo presidió la celebración de la Santa Misa en la fiesta de San Cibrao en O Carballiño. Durante la misma, la comunidad parroquial rindió un homenaje de despedida a D. José Benito Sieiro González, quien durante 28 años fue párroco de O Carballiño.
- El Sr. Obispo visitó la parroquia de Santo Estevo de Ribas de Sil.
- Día 18 El Sr. Obispo se reunió con el Sr. Vicario General y con el Sr. Canciller-Secretario. Por la tarde, realizó una visita a la Casa Diocesana de Ejercicios.
- Día 19 Comienza la preparación de adultos para el sacramento de la Confirmación.
- El Sr. Obispo presidió la toma de posesión de sus canonjías de los nuevos canónigos de la S. I. Catedral de Ourense, Mons. Luis Manuel Cuña Ramos, canónigo Archivero y el M. I. Sr. D. Isaac Pereiro Pereiro, canónigo vicepenitenciario.
- Más tarde, presidió, en la parroquia de Cristo Rey, la Misa por la Familias en la fiesta de Virgen de Torreciudad, cuya réplica se encuentra en dicha parroquia.
- Por la tarde, se desplazó hasta el barrio de Covadonga, en la parroquia de Santa Teresita, en donde inauguró el centro pastoral encomendado al Camino Neocatecumenal dentro de la parroquia de Santa Teresita.
- Día 20 El Sr. Obispo celebró la Santa Misa en la S. I. Catedral.
- Del 20 al 25 Los seminaristas mayores de la Diócesis de Ourense, tanto del Seminario "Redemptoris Mater" como del Seminario "Divino Maestro" realizaron sus Ejercicios Espirituales en la Casa Diocesana de Ejercicios.
- Día 22 El Sr. Obispo asistió a la reunión de los obispos de la provincia eclesiástica, que se celebró online.

- Día 23 El Sr. Obispo se reunió con los catequistas del Camino Neocatecumenal.  
Reunión del Sr. Obispo con los Vicarios y los sacerdotes ordenados en los últimos años.
- Día 24 El Sr. Obispo se desplazó hasta la cárcel de Pereiro de Aguiar para la celebración de Nuestra Señora de la Merced, patrona de las instituciones penitenciarias y para celebrar la Santa Misa.
- Día 25 El Sr. Obispo asistió a la Jornada de formación de catequistas, en el Seminario Mayor, y presidió la Celebración de envío de los educadores en la fe.
- Día 27 El Sr. Obispo celebró la Santa Misa en la S. I. Catedral.
- Días 28 y 29 El Sr. Obispo participó en la última reunión de este año de la Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal Española (CEE) en la que se definieron las líneas de acción pastoral de la misma para el quinquenio 2021-2025 y se trabajó en un borrador de la “Instrucción pastoral sobre el acompañamiento en la muerte y el duelo. Anuncio de la Vida eterna. La celebración de exequias e inhumaciones”, redactado por la Comisión Episcopal para la Doctrina de la Fe.
- Día 30 Presentación de la Programación diocesana de Pastoral en el Seminario Mayor para los arciprestazgos de Ourense Norte, Sur, Este, Oeste y Allariz.

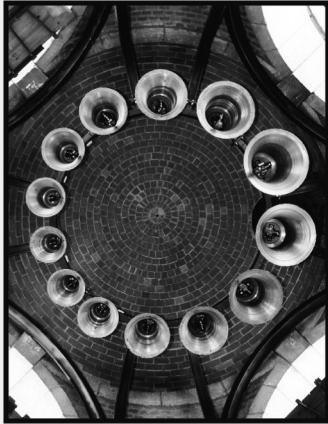
# Librería

# BETEL

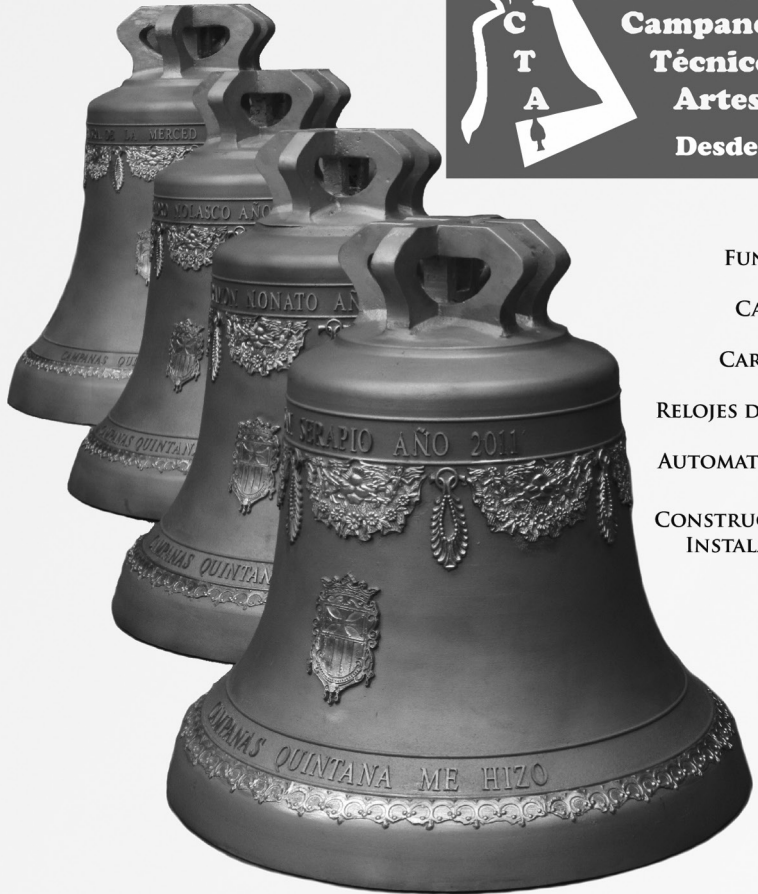


## Libros y artículos religiosos

Betel Librería Religiosa  
Diócesis de Ourense  
Calle Lamas Carvajal nº 9  
32005 - Ourense  
Teléfono y Fax : 988 22 62 41




**Campaneros  
Técnicos  
Artesanos**  
Desde 1637



- FUNDICIÓN
- CAMPANAS
- CARILLONES
- RELOJES DE TORRE
- AUTOMATIZACIÓN
- CONSTRUCCIONES
- INSTALACIONES

## CAMPANAS QUINTANA S.A.

Tfno: (+34) 979 89 25 06 - Fax: (+34) 979 89 10 08

[www.campanasquintana.es](http://www.campanasquintana.es)  
Correo-e: [quintana@campanasquintana.es](mailto:quintana@campanasquintana.es)

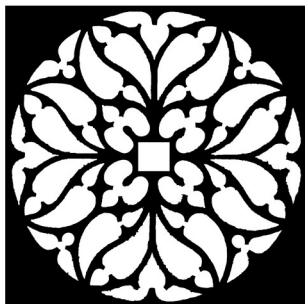
Polígono Industrial Parc. 32-33-34.  
34100 SALDAÑA - Palencia - España





## **CONSERVACIÓN Y RESTAURACIÓN DE IMÁGENES, RETABLOS Y OTROS ELEMENTOS ECLESIAÍSTICOS**

- \* Seguimiento de criterios reconocidos*
- \* Desplazamientos y presupuestos sin compromiso*
- \* Realización de proyectos e informes*
- \* Solicitud de permisos y autorizaciones*
- \* Trabajos para promotores privados , públicos  
y parroquias*
- \* Creación de obra nueva: Escultura (madera,  
piedra...), ebanistería, dorados en oro de ley  
y policromados diversos*



### **RESTAURACIONES GARRIDO**

Cuatro generaciones al servicio de la obra de arte

**JOSÉ LUIS GARRIDO**

TALLISTA - ESCULTOR

DORADOR - POLICROMADOR

608 18 58 00

**LUCÍA GARRIDO**

CONSERVADORA-RESTAURADORA

DIRECCIÓN DE PROYECTOS

619 18 96 05

[restauracionegarrido.es](http://restauracionegarrido.es) - [info@restauracionegarrido.es](mailto:info@restauracionegarrido.es)

# Imprenta

ARiGRAF

Artes Gráficas

●●●● Noroeste Gráfico Impresor, S.L.

- Diseño y maquetación
- Preimpresión
- Impresión offset y digital
- Edición de libros y revistas
- Impresión publicitaria
- Encuadernación y acabados
- Manipulación de envíos

Tfno.: 981 54 96 00

[arigraf@arigraf.es](mailto:arigraf@arigraf.es)

[www.arigraf.es](http://www.arigraf.es)

Tras da Estivada, 3 - Montouto  
15894 Teo (A Coruña)





DIÓCESIS  
DE OURENSE

---